

TERESA SANCHIS ARGENT

TERESA SANCHIS ARGENT

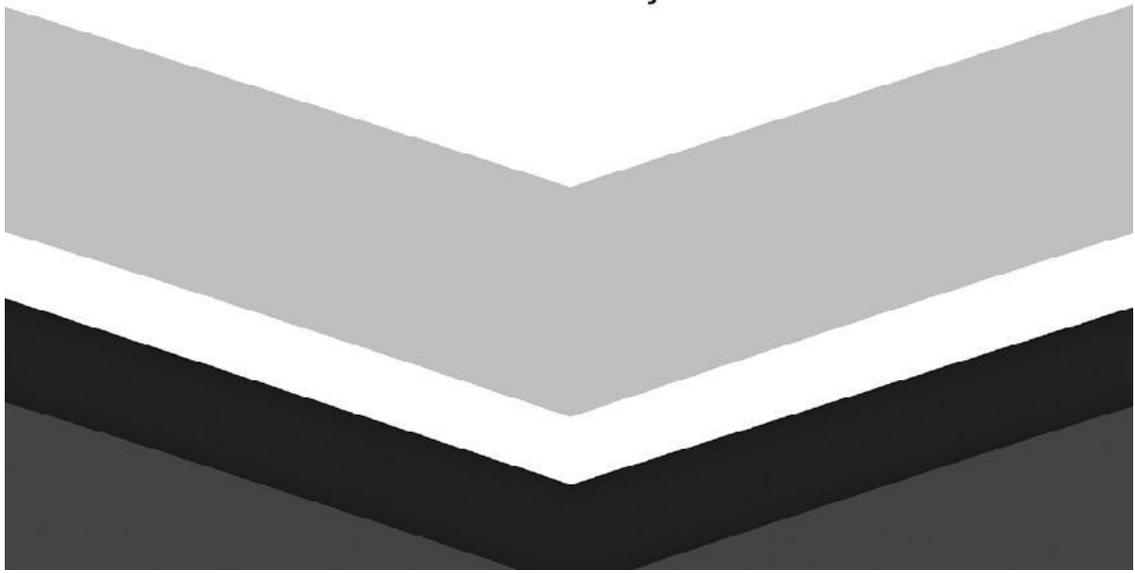
# MÁS ALLÁ DE LAS HIGHLANDS

MÁS ALLÁ DE LAS HIGHLANDS





Círculo Rojo



**Más allá  
de las Highlands**

# Más allá de las Highlands

Teresa Sanchis Argent



Primera edición: febrero 2017

Depósito legal: AL 46-2017

ISBN: 978-84-9160-397-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Teresa Sanchis Argent

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Fotolia

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*A mis padres y mis hermanos.  
Y a Mariado, Guillermo y Teresa, inspiración y sueño.*

## Preámbulo

El otoño de 2015 fue sencillamente espectacular. Tras conseguir cuadrar nuestras repletas agendas, decidimos viajar a Edimburgo para festejar el incorruptible Samhain, el fin del verano y el antiguo Hallowe'en celta, en una noche donde los difuntos vagaban en libertad entre el mundo de los vivos.

Tomamos un avión el viernes 30 de octubre y planificamos un viaje de contrastes entre el mundo antiguo y el mundo moderno que tanto nos entusiasmaban a partes iguales. De este modo, decidimos asistir ese mismo viernes al concierto de The Shout, el grupo escocés con más proyección del momento, y dejar el sábado para la inmersión en el pasado más mágico.

Con un clima que solía ser agradable para estas fechas, teniendo en cuenta el frío norteño, decidimos combinar el desenfreno propio de un concierto y la siniestralidad inherente al Año Nuevo Celta en un lugar tan especial y terrorífico en estas fechas como era Edimburgo, pues tras esa fachada de ciudad de cuento de hadas que atrapa a cualquier turista, alberga en su Historia un rosario de macabros incidentes que van desde la quema de brujas por orden del rey Jacobo VI hasta asesinatos, torturas y aislamientos.

Este último punto era el más escalofriante para las tres, así que acordamos realizar la noche del 31 un recorrido fantasmagórico por los principales puntos de interés de la ciudad. Empezaríamos por la mítica y terrorífica calle Mary King's Close, situada en la avenida Royal Mile, que comunica el Castillo de Edimburgo con el Palacio Holyroodhouse. Esta calle fue testigo en 1644 del asedio de miles de ciudadanos debido a la epidemia de peste que asoló la ciudad. Sus altos muros permitieron a las autoridades encerrar allí a todos los contagiados, quienes fueron incapaces de huir y no les quedó otro destino que una muerte lenta y abominable entre piedras longevas. La leyenda dice que sus almas, incluida la de la pequeña Annie –que falleció allí y lloró desconsolada por su muñeca perdida–, siguen vagando a día de hoy por este lugar. Dicen que se oyen sus llantos. Y, nosotras, como buenas seguidoras de mitos y fenómenos paranormales, habíamos traído un peluche para dejarlo en una de las habitaciones de Mary King's Close, en un intento de calmar el llanto de la preciosa criatura; costumbre que, por otro lado, era habitual entre los visitantes. Porque, ¿quién iba a ser capaz de no consolar a una niña?

Después, visitaríamos el Palacio Holyroodhouse, por si acaso algún fantasma quería hacer su aparición estelar y dejarnos paranoicas de por vida, y, si el cuerpo nos daba para más acción, terminaríamos la noche en el Cementerio de Greyfriars, para unirnos a todos los curiosos que se acercaban hasta el camposanto a la espera de pastorear historias escalofriantes, mientras se albergaba la esperanza de visualizar un alma exánime. Esa era la idea inicial, pero también podíamos apuntarnos a cualquier *tour* interesante de Mercat Tours; un negocio del turismo fundado por un grupo de profesores de Historia interesados en contar la verdad sobre el pasado edimburgués. En realidad, lo que anhelábamos era pasar una noche de miedo en esta preciosa ciudad medieval. En mi caso, sólo un poco, porque de miedos ya iba bien surtida.

El viernes fue un día de lo más ajetreado. Llegamos a Edimburgo a las 9:00 horas de la mañana y, tras apapachar a nuestros abuelos y tíos y desarmar el equipaje, decidimos dedicar la mañana a ir de compras y prepararnos para el concierto de la tarde. Hacía seis meses que habíamos comprado las entradas y no veíamos el momento de ver salir en escena, en el Corn Exchange Edinburg, a Brian MacLeod, el cantante y guitarrista del grupo, con su rostro hermoso y aristocrático y su aterciopelada voz que hacía llorar de emoción a más de una fan. No es que sus compañeros, Kyle, Matthew y Robin, no fueran imponentes y sexis, sobre todo en su teclado, su batería y su guitarra electroacústica, respectivamente, pero Brian era el líder, la imagen, la voz.

Loreena había traído un estupendo y estudiado repertorio de conjuntos, a cada cual más bonito, pero Mairéad y yo, habíamos optado por unos vaqueros y camisetas unicolor para poder combinar con facilidad con nuestros gorros y bufandas. Loreena nos convenció de que nuestro vestuario no podía ser más desabrido e insustancial para un concierto de este nivel, así que decidió ser nuestra *coach* estilística y, con unas pocas libras esterlinas y una sesión de peluquería y maquillaje, quedamos irreconocibles.

—¡Labios rojos y al *casting!*, le dije a Mairéad. ¡Que no hay nada que no arregle una buena raya negra en los ojos y ese par de taconazos que te has agenciado!

—Ay, nena, ¡qué pesadita estás con esto de los hombres! ¿No ves que no me apetece en absoluto saber nada de ellos?, inquirió. Soy feliz tal como estoy, disfrutando de mi libertad y de mi soledad, argumentó saltando, bailando y dando vueltas. ¿Tanto os cuesta entenderlo?, sonrió extendiendo sus manos en horizontal, en un intento de evidenciar la libertad que sentía.

—Bueno, que ya sé que no quieres pareja, que los hombres sólo traen problemas, que bla, bla, bla... Pero, mujer, a nadie le amarga un dulce. ¡Y anda que no hay escoceses e irlandeses por aquí, *icegirl!*, respondí sarcástica y distorsionando mi voz de brujilla mientras cerraba la puerta de casa y veía a mi hermana parar un

taxi.

—Sí, eso estaría bien, pero dudo que pudiera tener algo serio con alguien, así en plan pareja. Estoy tan desencantada que hasta creo que no merezco ser querida.

—¡Por ahí sí que no paso!, farfullé en plan psicóloga ocasional. Te lo mereces tanto como cualquier otra persona. Y estoy convencida de que cambiarás de opinión cuando llegue la persona correcta, afirmé abrazándola. Anda, sube al taxi que no veo el momento de llegar y desbarrar como una quinceañera, sonreí exaltada y mirando el reloj que ya apuntaba a las 19:00 horas. «¿Es que nunca podíamos llegar puntuales a ningún sitio?», cavilé.

Tal y como presentíamos, The Shout no defraudó. Bailamos y cantamos como adolescentes cada una de sus canciones, en un juego de destellos de luces y de colores propios del recinto. Y hasta nos olvidamos de los andamios que calzaban nuestros pies y del cansancio acumulado tras un día tan agotador. Éramos tres unicornios, en pleno éxtasis, a punto de vomitar arcoíris de colores gracias a la mezcla de cervezas y whisky escocés.

Al acabar el concierto, decidimos pasar por el aseo para retocar nuestro maquillaje, pues la noche era joven y esto no había hecho más que empezar. De camino al lavabo, entre la marabunta, Mairéad tropezó con sus tacones y se dio de bruces contra el suelo. «¡Ya la hemos liado!», pensé yo. Entonces, como si hubiese salido de la nada, se acercó nuestro héroe *number one*, o sea, Brian, y ayudó a Mairéad a levantarse. Loreena y yo nos quedamos estupefactas, sobre todo, cuando vimos la gravedad de la situación: Mairéad tenía el pie hinchado y no podía caminar y, como en un acto natural, Brian la estaba sujetando como sujeta de verdad un hombre a una mujer.

—¡Que me pinchen que no sangro!, le susurré a mi hermana. ¿Pero has visto cómo la agarra? ¡Pero si es su ídolo!

—¡Madre del amor hermoso!, ¿es que no podemos ir a los sitios y no montarla?, musitó Loreena que andaba abstraída en cómo resolver cabalmente este embrollo.

—Mairéad, ¿estás bien?, pregunté. ¿Quieres que vayamos al médico?, musité medio ebria en un intento de no transformarme en un unicornio real.

—No chicas, no hace falta, atinó a decir agarrada del imponente Brian. Pero creo que la noche ha terminado para mí. Me duele horrores el pie y prefiero irme a casa y descansar.

—Vale, pedimos un taxi y te llevamos a Urgencias, señaló la resolutiva de mi hermana. Eso te lo tendrá que ver un médico, digo yo. Y no te vas a ir sola, ¡obvio!

—De eso nada, contestó tajante Brian. Yo ya me iba al hotel e intuía que sabéis que Kyle es médico también, así que voy a decirle que le eche un vistazo y la

acerco yo con el coche a casa, si es que quieres, claro, se dirigió a Mairéad.

—Ay, no, de verdad, que cojo un taxi y llego en cinco minutos al médico y a casa, afirmó sonrojada. De verdad, de verdad.

—¿De verdad? Si no hubiese salido raudo y veloz del camerino tras mi discusión con el terco de Matthew no te habrías caído, así que, andando, que el responsable del accidente soy yo y yo me voy a encargar de llevarte a casa sin un tropezón de más, apuntó Brian con una correcta exhibición de cortesía.

—Bueno, *I don't know what to say* (yo no sé qué decir), señaló sonrojada como los tomates maduros.

—Loreena, ¡ahora sí que ya ni sangro ni soy persona!, dije turbada mientras buscaba mi teléfono móvil e inmortalizaba el momento, para la posteridad, con una foto de los dos un tanto ladeada.

—Calla, contestó, que yo no doy crédito y estoy alucinando con fulgores de neón, pero me da que aquí ya sobramos. Disimula y nos vamos cual lagartija escurridiza.

—*You girls* (vosotras, chicas), apuntó Brian guiñándonos un ojo, *have fun!* (¡pasadlo muy bien!). ¡Por Samhain!

—¡Por Samhain!, reímos las dos, mientras yo le decía a Mairéad, por señas y en voz baja, que me mandase un WhatsApp diciéndome si nos necesitaba y/o que estaba todo *Ok*.

Tras este caprichoso encuentro del destino, nos marchamos sin preguntarle a Mairéad si le parecía bien dejarla con Brian y Kyle, pero es que su cara de felicidad lo decía todo. Y, bueno, siempre tenía el teléfono móvil para llamarnos si es que no lo perdíamos entre *selfies* (autofotos) y *shots* (chupitos).

—Definitivamente, está en buenas manos, me dijo Loreena sabiendo que ambas estábamos pensando en lo mismo. Brian y Kyle sólo le pueden hacer bien. Y rió a carcajadas la muy zalamera.

—En las mejores diría yo, *sestra*<sup>1</sup>, porque Brian... Punto número uno: es un hombre y ya es hora de que la niña pasara un rato a solas con alguno. Y punto numero dos: se ha comportado como tal. ¡Mañana la someto a un tercer grado!

—¡Eso será si la resaca te deja, *bonnie wee lassie* (bonita muchachita)!, aseguró jovial la ebria de mi hermana.

Ya de copas, o de más copas debería subrayar, Loreena y yo no dábamos crédito a lo que había ocurrido y no parábamos de fantasear sobre qué más podría estar pasando con estos dos, al tiempo que bailábamos solas y acompañadas del montón de escoceses, europeos y entusiastas viajeros que habían abarrotado los *pubs* edimburgueses.

De vuelta a casa, descalzadas y tiradas como sacos de harina en el asiento

---

<sup>1</sup> Variante de sister (hermana).

trasero del taxi, retomamos la rocambolesca historia de Mairéad entre los velos del sueño, el alcohol y la lejanía de la certeza a la que te acerca el mundo onírico. En verdad, pese a que no había podido disfrutar con nosotras de esta formidable noche de chicas, nos alegramos inmensamente de pensar que, para Mairéad, ésta podría haber sido la aventura épica por excelencia jamás imaginada. Sin embargo, cuando el taxista paró en casa de nuestra abuela y pisamos el húmedo asfalto, volvimos de sopetón al objetivismo y a la ecuanimidad del mundo real: Mairéad no quería ni oír hablar de hombres y Brian era alguien inalcanzable.

# 1

## La noticia del año

Las alegrías y las penas viajan en paralelo. Es una cuestión de suerte o del destino que en tus días se crucen unas u otras. O ambas a la vez. Las últimas dos semanas han sido agotadoras. Exámenes para corregir, notas que asignar, reuniones de padres, niños y niñas corriendo por los pasillos del centro, exaltación generalizada y, como colofón, espectáculo de Navidad y baile improvisado que me ha tocado montar a última hora con ese coqueto *burrito sabanero* de Juanes. Así es la vida de los colegios y la mía, Miss Tréasa Melville Fuster, maestra de inglés de Educación Primaria y tutora de la clase de 5º A en un colegio público de Valencia. La *teacher*, como me suelen llamar. Del estrés a la calma en cuestión de minutos o segundos. De la autoridad suave, pero con guante de hierro, al cariño y respeto máximos que siento por mis alumnos. Por ello, correspondo muy bien a lo que la creencia social ha definido como maestra de escuela: rara vez antipática, siempre cortés y transmisora de conocimientos, valores y rutinas, pero –añado– abrumada porque no me dan las horas; algo que voy a remediar en estas dos semanas de vacaciones escolares.

La merienda de despedida en la Sala de Profesores ha sido realmente entrañable. Todos y todas hemos traído algo de comida para compartir y algo de bebida con la que brindar por el trabajo realizado, por el que está por venir y por los buenos propósitos para el año que asoma. Mis compañeros Roc y Nicolás, maestros de Valenciano y de Educación Física, respectivamente, que a la vez son dos de mis tres mejores amigos en el centro junto con Paula, han mostrado, públicamente y sin tapujos, ese agudo sentido del humor que suele pasar inadvertido para quien no los conoce. Incluso la propia Paula, maestra de Música, y yo hemos amenizado el encuentro cantando y tocando, ella a la guitarra y yo al piano, nuestra canción favorita: *Let her go*, de Passenger, imitando muy *sui generis* la bella versión y aterciopelada voz de Jasmine Thompson. Creo que hemos estado a la altura porque alguna que otra lágrima hemos extraído, sin querer, de los ojos vidriosos de los presentes. Aunque el toque maestro lo ha dado Roc, que es cantante y ha revolucionado la sala tocando uno de los temas que más nos gustan: *No tingues por* (No tengas miedo), de la archiconocida banda desaparecida Obrint Pas, cuyos miembros espero que, más pronto que tarde, se vuelvan a reunir.

Somos un gran y prestigioso equipo docente, aunque el prestigio es algo muy volátil. Al menos así lo percibo yo, que acostumbro a tener buenas relaciones amistosas porque la vida me ha enseñado a no enfadarme por tonterías y a apreciar lo que cada persona puede sumar a mi cotidianeidad. Ahí radica uno de los tantos secretos de la felicidad: en eliminar lo tóxico y en no esperar nada de nadie o, simplemente, en esperar lo que cada uno puede aportar. Y, quizás, tal vez, en saber escuchar para comprender y no para contestar; para poner en valor las virtudes frente a los defectos, que tan humanos nos hacen.

Afortunadamente, nadie es perfecto, pero en este colegio nos coordinamos bastante bien, por no decir muy bien, pese a las constantes reformas educativas y cambios de horario que más de una reyerta han ocasionado. Es enriquecedor compartir mis horas como maestra con gente tan maravillosa y creativa, que siempre está dispuesta a dar lo mejor de sí en cada proyecto.

En estos pensamientos ando yo, recostada en el sofá del Starbucks, nuestro punto de encuentro, al tiempo que admiro con mi sonrisa *medio-qué* y acaricio con la yema de los dedos el precioso bolso de Bimba & Lola que me han regalado hoy los papás de mis alumnos. Rojo burdeos. El color de moda y el de la Navidad.

A mi lado está Mairéad Dornan, mi amiga del alma, totalmente abstraída. En su mundo. Algo natural en ella, pero que hoy me está empezando a impacientar porque, en esta tarde de invierno fría, no puede estar más parca en palabras ni más exagerada en sonrisas involuntarias.

—¿Piensas estar así de ausente y distraída toda la tarde?, mascullo, porque ya son las ocho... ¡Tú verás!, alerto.

—Bueno, podemos disertar sobre Foucault si quieres, replica risueña.

—Sabes que no me importaría en absoluto conversar sobre este activista político, pero, por favor, ¿me puedes decir qué es eso tan importante que nos tienes que anunciar?

—No. Lo siento. Falta una. ¡La tardona!

—Mairéad, no etiquetes. No me gustan las etiquetas, constato, al tiempo que suspiro clamando al cielo: ¡Mi hermana es la antítesis de los relojes suizos!

—¿Lo ves?, objeta Mairéad mientras saca de su bolso unos textos que tiene que revisar y mandar a la Universidad de Saint Andrews. Eso sí, sin despegarse de sus ajados guantes verdes.

—Pues a mí no me hace gracia, digo irritada. ¡Que mi tiempo vale oro! Y aún tengo que poner la lavadora, hacer la cena, preparar el pastel de Nochebuena... ¡Y ver Frozen con Lucy, que se lo prometí ayer!

—Para, para, para.... Que cuando te arrancas no hay quien te frene. Lo que no puedas hacer hoy, pues lo dejas para mañana. Fíjate, me indica señalando sus escritos, yo corrijo cuando puedo y, sobre todo, cuando estoy de buen humor. Estoy segura de que a tu precioso vestido verde botella le da igual estar un día más

en la cesta. Y a Lucy no le hace falta el uniforme hasta el día 7 de enero, puntualiza riéndose.

—Sí, supongo que tienes razón, Mairéad. Como siempre. ¡Qué haría yo sin ti!

—¡Pues lo mismo que yo sin ti!

—¡Ser un desastre total!, gritamos las dos a la vez mientras nuestras sonrisas nos despeinan y nos reconfortan.

—Bueno —le digo—, pues esperaremos. Pero, andando, pido yo que necesito mi *Vainilla Frappuccino* ¡ya! Tú lo de siempre, ¿no?

—Sí, por favor. Muero por un *Frappuccino* de té de frambuesa y frutos del bosque. Anda, corre, *please* (por favor) y me enseña los dientes mientras mueve la cabeza de un lado a otro repetidamente.

—¡Perfecto, nena! Pero quita esa cara de Laura Ingalls en *La Casa de la Pradera*, que voy a acabar pensando que te has enamorado, advierto al tiempo que me marcho meditabunda.

Mientras espero en la cola que, por cierto, es quilométrica como en todos los sitios en estas fechas, miro de reojo a Mairéad y me pongo a pensar en ella. Es una chica muy especial y una filósofa de reconocimiento mundial. Aunque nadie lo diría por su candoroso aspecto. Jamás se despega de sus vaqueros y de sus gorros de lana que combina con bufandas y guantes de lo más variopintos. Y, por supuesto, de sus zapatillas Converse. No quiere otras. En contraste a este apego, no se ata a nada ni a nadie, excepto a su hijo Jamie, nacido de una relación fallida. Es la «soltera de oro», como le decimos Loreena y yo cada vez que tocamos el tema. Porque valer, vale millones.

En cualquier caso, le pasa que, como a Loreena, mi hermana mayor o mismo estilo de mujer pero con un intervalo de seis años de diferencia, lo mejor de ella está en su corazón y en su cabeza. Y quizás, hoy, en sus ojos, que brillan de una manera especial. Algo muy importante va a tener que soltar por esa boquita que, por cierto, tan callada ha estado en las últimas semanas. A mí no me engaña la pelirroja. Podría incluso intuir que... ¿está enamorada? No, me sorprende diciéndolo en voz alta. Mairéad está cerrada en banda al amor desde hace tiempo.

Siento que me agarran por el brazo y me giro sobresaltada.

—*Excuse me, can you help me?* (Disculpa, ¿puedes ayudarme?), me dice un extranjero, a juzgar, norirlandés por el acento. «Para algo soy maestra de inglés», me enorgullezco.

—*Of course* (Por supuesto), le digo. *What can I do?* (¿Qué puedo hacer?).

—*Can you order a Caramel Macchiato for me? I can't speak Spanish and this sounds Italian.* (¿Puedes pedirme un *Caramel Macchiato* para mí? No sé hablar español y esto sueña italiano).

—*Oh, don't worry!* (Oh, ¡no te preocupes!), sonrío amablemente. *I'll do it for*

*you but you can speak English here. You don't have to care about it. Anyway, stay by my side.* (Lo haré por ti, pero puedes hablar inglés aquí. No tienes que preocuparte por eso. En cualquier caso, quédate a mi lado).

— *What's your name?* (¿Cómo te llamas?).

— *Oh, sorry, I'm Niall.* (Oh, disculpa, me llamo Niall).

— *I'm Tréasa* (Soy Tréasa), respondo mientras apretamos nuestras manos y nos decimos, cortésmente, lo encantados que estamos de conocernos.

— *Are you here for Christmas Holidays?* (¿Estás aquí para las fiestas de Navidad?), le pregunto intentando entablar conversación y reafirmando mi carácter social y extrovertido.

— *That may be one reason but, actually, I'm hunting women* (Esa podría ser una razón pero, en realidad, estoy cazando mujeres).

— *Sorry, that sounds creepy* (Disculpa, eso suena espeluznante).

— *Ha ha!*, sonrío. *Valencian women are really intelligent and lovely, you know* (Las mujeres valencianas sois realmente inteligentes y encantadoras, ya sabes).

— *Well, that reassures me. Hunting is not the right word to describe a courtship. Trust me* (Bueno, eso me tranquiliza. Cacería no es la palabra correcta para describir un cortejo. Créeme).

— *Sorry if I have offended you* (Disculpa si te he ofendido).

— *Oh, don't worry. I'm married. My friend Mairéad would have sent you to hell* (Oh, no te preocupes. Estoy casada. Mi amiga Mairéad te habría mandado al infierno), sonrío mientras apunto con el dedo hacia el sofá donde está recostada y él la mira y la remira.

— *Thank you very much, pretty girl, for your help and for your advice* (Muchas gracias, chica guapa, por tu ayuda y por tu consejo).

— *You're welcome!* (¡De nada!) accedo halagada, a sabiendas de que es consciente de que todo en él me parece raro, pero risueña porque me ha dicho que estoy guapa y me regodeo en mi honda suficiencia femenina.

En fin. Yo sigo mirando y pensando en Mairéad. Es apasionante escucharla hablar, con ampulosa determinación, sobre las reformas a acometer en el Parlamento, asistir a sus conferencias en las Universidades de medio mundo o ver cómo cuida, en ocasiones, a Lucy cuando enferma y el trabajo me impide estar con ella. Disfruta con su cometido, creciendo como profesional y como persona y realizando sus aptitudes en cada estación. En calma, sin la farándula que lleva implícito el *postureo* intelectual y sin la necesidad de justificar cada una de sus acciones. Y, al mismo tiempo, es bonito conocer su faceta más íntima. Saber que asiste a clases de ballet dos veces por semana y que se relaja tocando la guitarra, componiendo temas nuevos y reviviendo grandes clásicos o, incluso, escuchando música celta que recuerda a dioses ancestrales y héroes legendarios. «Es lo que tiene el paganismo», dice siempre. «Nunca muere por completo».

A Loreena, a Mairéad y a mí nos unen muchos temas. El primero es nuestros hijos: Jamie, el ojito derecho de Mairéad, Lucy, mi muñeca, y la adolescente Elsbeth, que tan de cabeza lleva últimamente a mi hermana con sus salidas de tono, sus amores juveniles, sus flirteos con las motos, los ensayos y los pseudoconciertos de su incipiente grupo de música, así como su filia por ataviar su esbelta figura de acuerdo con la tribu urbana del momento. Es un volcán en plena erupción que, en sus treguas, deja entrever una personalidad fuerte y emocional y un comportamiento correcto y muy educado. Adoro su espontaneidad y, al fin y al cabo, como siempre le digo a mi hermana, la adolescencia se pasa y los grandes cambios físicos, emocionales y mentales propios del momento, bien dirigidos por parte de los padres, desembocarán seguro en una versión mejorada de esta criatura.

Ahora bien, nuestra conexión especial es Irlanda y Escocia. Tenemos la inmensa suerte de compartir ascendencia irlandesa y escocesa, de manera individual y viceversa.

El padre de Mairéad es hijo de un norirlandés, Arthur Dornan, que llegó a España para combatir en la XV Brigada Internacional, defendiendo el bando republicano frente a los sublevados en la Guerra Civil Española. Cavó trincheras, curó enfermos en la retaguardia conforme pudo, pasó hambre y penurias viendo bajas y más bajas a su alrededor, y demostró su valentía en las principales batallas de la contienda, como la del Jarama o la del Ebro, que supuso su retirada por una grave herida en la pierna derecha; lesión que le ha obligado desde entonces a usar bastón, lo que, por otra parte, no deja de darle un aire de *Sir*. La cuestión es que, en su retiro a la Frontera Francesa, conoció a María, una aguerrida aragonesa republicana que decidió escapar de la barbarie franquista y que resultó ser una entusiasta de la cultura de las Highlands; pasión que acabó por llevarlos a vivir a Stirling, en su huida de una España sumida en el horror.

Ese ardor norteño fue heredado por las siguientes generaciones de la familia. Así, el padre de Mairéad, Conor Dornan, decidió venir a vivir a España para estudiar lo acontecido, convirtiéndose de este modo en un aclamado profesor de Historia en la Universidad de Valencia; lugar donde conoció al amor de su vida, Blanca, una historiadora valenciana insaciable y madre de sus tres preciosas criaturas. Mairéad, la hermana mayor filósofa y las gemelas Caitlin y Cara, que empezaron hace poco a ejercer, como residentes, en el Hospital La Fe de Valencia, en disciplinas médicas tan reputadas como la Psiquiatría y la Ginecología.

Nuestras raíces escocesas, en cambio, vienen de la mano de mi abuela materna, Mary Margaret Hamilton –María para los españoles—. La dama en cuestión emigró desde su Edimburgo natal a Valencia por amor a un inmigrante español y valenciano, Rafael Fuster, que vivió allí unos años porque nada quería saber de la España que estaba erigiendo el régimen dictatorial. La misma a la que

volvieron cuando todo pasó porque mi abuelo tenía un don para los negocios de la construcción y le fue muy bien a su regreso.

En cualquier caso, para nosotras, nuestra abuela era y es simplemente «abu» o «la jacobita»; apodo que se ganó con los años porque siempre defendió una Escocia católica e independiente. *Alba gu bràth*, solía decirnos en gaélico escocés siempre que hablaba de su «país». O lo que es lo mismo, «Escocia por siempre»; lugar al que regresó tras su jubilación y la de mi abuelo, dejando aquí a nuestra madre, Meribeth, y a nuestro padre escocés y hermano mediano, Daniel Melville y David, respectivamente, a la espera de contemplar que, ese sueño jacobita que borró de un plumazo la Batalla de Culloden de 1746, se haga realidad.

Si bien Culloden arrancó como el intento de restaurar la Casa de Estuardo y el catolicismo en el trono británico, con un joven pretendiente, Bonnie Prince Charles, más francés que escocés, el trasfondo de la batalla fue siempre defender la manera de vivir y las costumbres escocesas. Así, la crueldad inglesa posterior a la ofensiva fue muy severa: se erradicó el sistema feudal de clanes en Escocia, se prohibieron las gaitas y el uso de los *kilts*, vestimenta tradicional, fue declarado ilegal. Por todo ello, ahí está nuestra abuela jacobita y católica: en pie de guerra. Como un soldado en la trinchera. A la espera de una Escocia independiente.

Ambas familias eran y son amigas inseparables desde que se conocieran, hace muchos años, en un encuentro de españoles en Edimburgo sobre los efectos de la Guerra Civil en España. Y, así, con tanta conexión intrínseca y tanto parentesco biológico y genealógico ficticio, todos nos consideramos miembros de la misma.

A las tres o, más bien, a las cinco chicas –dejando a un lado a nuestro hermano, que tiene otras aficiones–, nos encantan las leyendas, la poesía del Premio Nobel Yeats y la magia de cada festividad, que celebramos como solían hacerlo antaño, especialmente Samhain. Y las tres, no las cinco porque, o los estudios o el hospital no dan tregua a las gemelas, reservamos siempre una semana al año para ir a ver a los nuestros y llevar el calor mediterráneo a las Highlands y a Princess Street, una de las calles principales de Edimburgo y, para nosotras, la más bonita. Antigua y empedrada. La que recorreremos en nuestras bicicletas con cesta; ésa que llenamos con flores que recolectamos en los jardines adyacentes cuando nadie nos ve, antes de bajar el promontorio.

Todavía recuerdo cuando nuestra tía Siobhán, la hermana de mi abuela, nos explicó que el lugar donde están ubicados hoy esos jardines fue durante siglos el lago más importante de la ciudad de Edimburgo: el *Nor Loch* o Lago Norte. «¡Cómo si no hubiese suficientes lagos!», dijo Loreena mientras nosotras no podíamos parar de reír por la ocurrencia. Porque si algo hay en Escocia son lagos y riachuelos: auténticos vestigios de la naturaleza que ya querrían muchas ciudades europeas para sí.

Pero no quiero olvidarme de los castillos. Tantos y tan bonitos. Nos gusta sentarnos en un banquillo de Princess Street para observar el imponente Castillo de Edimburgo; una antigua fortaleza de lo más visitada, que se alza sobre la colina de Castle Hill y que ofrece al espectador las mejores vistas de la ciudad.

Aunque podríamos hacerlo cualquier otro día, siempre lo hacemos los jueves a la una del mediodía, momento en el que el General de Artillería acude a disparar un moderno cañón, siguiendo la tradición establecida en 1861.

—Disculpa la espera, ¿qué querría?, me pregunta la camarera del Starbucks.

—Pues un *Frappuccino* de té de frambuesa y frutos del bosque, un *Vainilla Frappuccino* y —alargo la consonante mientras veo entrar a mi hermana en el local— un *Cappuccino*. Su favorito.

Acto seguido, le indico mi nombre a la camarera, pago el encargo y ayudo al extranjero, que ya sin duda alguna sé que es norirlandés, mientras siento que me mira como queriendo encontrarme. «¿O serán cosas mías?», medito.

Cinco minutos después, recojo el pedido y me dirijo a nuestro sofá favorito. El que da a la Calle de la Sangre y tiene un ventanal gigante donde perdernos en nuestros momentos de silencio. Mientras acomodo la bandeja, escucho como de fondo las disculpas reiteradas de Loreena.

—¡Lo siento, chicas! No sabéis cómo estamos de trabajo. La central es un no parar y no he podido salir hasta que no he comprobado que todos los Dress me up, Valentino, Ellie Saab y Armani estaban embalados y listos para mandar a nuestras clientas, comenta compungida.

—No pasa nada, lo entendemos, la tranquilizo. Menos mal que te apasiona la moda porque llevas un ritmo de vida excesivamente estresante, remarco afligida.

—Claro, dice Mairéad. Y, además, hoy, día previo a Nochebuena. Buff, ¡menudo infierno habrá sido el *atelier*!

Loreena Melville Fuster es la propietaria, Jefa de Producto, Responsable de Compras, *Brand Manager* —y podría seguir citando puestos de responsabilidad porque se los atribuye todos— de una lujosa tienda de moda en la capital del Turia: Dress me up! Las mujeres sueñan con vestir alguno de sus diseños o cualquier vestido de las marcas que representa y que posee en exclusiva. Un trabajo que la exprime al máximo y que ha acabado por dejarle una cintura de avispa, una importante y constante migraña en la cabeza, fruto del estrés, y una reducida vida familiar.

Mi *sestra* viaja mucho, sobre todo, en época de desfiles y compras de telas, y me hace echarla mucho de menos. Aunque Aiden, su esposo, y Elsbeth, su hija, imagino que más. Es muy exigente absolutamente para todo y se rige en base a sus propios esquemas. Pero es práctica y resolutiva y eso es pura caridad para las otras dos patas de este trío, pues ayuda mucho a equilibrar mi ecosistema emocional y el

de Mairéad, que se niega rotundamente a hablar de cualquier cuestión emocional con su hermana Caitlin, la psiquiatra. Pese a adorarla, tanto a ella como a Cara, los diez años de diferencia que las separan, siempre la han abocado a actuar más como hermana protectora que como amiga íntima. Y, además, como bien dice: «Yo ya soy su hermana. Y nadie puede tener ese honor».

—Por cierto, me ha pasado un caso que ahora os cuento. He conocido a un norirlandés en la cola y me ha dicho que ha venido de cacería mujeriega. Supongo que es lo que hacen muchos, pero por sus maneras, me ha dejado el cuerpo descompuesto, les digo. No sé. Y no para de mirarnos.

—¡Anda ya!, responde Mairéad soltando la goma que sujeta su pelo. Los norirlandeses son adorables, suspira. ¡Fíjate en lo guapo que es mi padre!, bromea. Y normal que te mire. ¡Eres un pibonazo!

—Si tú lo dices... ¿Qué era eso que tenías que contarnos, Mairéad?, propongo yo para cambiar de tema e ir agilizando el encuentro.

—Ah, pero ¿tiene algo que contarnos?, apunta Loreena frunciendo el entrecejo. Venga, no te hagas la interesante, señala mientras se desprende de su abrigo de piel y el bolso color camel de Liu Jo que espero heredar en cuanto se canse de él.

—No sé por dónde empezar, titubea.

Loreena y yo nos miramos asustadas y ambas, cruzadas de manos y de piernas, empezamos a mover el pie apoyado en el suelo incrementando así la tensión del momento. Cosas de los genes.

—Pues por el principio, Mairéad Dornan. ¡Si todo empieza por el principio!, apunta Loreena que hoy no está para esperas.

—Venga, desembucha, le digo, mientras vuelvo a notar que el norirlandés nos mira fijamente, como escrutándonos en busca de algo. «Serán cosas mías», insisto mentalmente.

—Vale, chicas, ¿estáis preparadas?, nos pregunta mientras tuerce la sonrisa.

—Ay, ay, ay, que esto se pone interesante, decimos a la vez las hermanas Melville Fuster.

—Ahí voy, dice Mairéad.

Me mira, la mira, nos miramos, se detiene el tiempo. Está a punto de darnos un síncope cuando, así, como quien no quiere la cosa, se quita los guantes y nos enseña su anular de la mano derecha —decorado con una alianza de oro blanco, con el típico entrelazado escocés y con un diamante en forma de cardo jacobita— y nos dice: «¡Me caso!».

Salto del sofá, aplaudo mientras juego a abrazarla y a besarla y le grito un enhorabuena que hace girarse a medio Starbucks, al tiempo que la estupefacta de mi hermana arquea las cejas, abriendo los ojos un poco más, y dice con sutileza psicológica: «pero, ¿con quién?»

—¿Con quién?, digo yo también. El romanticismo me puede y no me había fijado en ese detalle.

—Con un *highlander* espectacular, que se llama Brian y que conocisteis en Samhain.

—¿Cómo que lo conocimos?, ¿no será Brian el de The Shout?, apunto incrédula mientras rebusco en mi móvil la foto que les hice en Samhain y se la enseño a ambas.

—¿El que conocimos en el concierto de hace dos meses?, pregunta Loreena, quitándome el Bq Aquarius M5 que me regaló Liam las pasadas Navidades.

—El mismo, dice Mairéad, haciendo risitas y gesticulando como una ratita presumida. Ha sido todo muy rápido y muy secreto, constata.

—¡Y tan secreto!, contestamos patidifusas las dos.

—¡Pues sí que debía tener yo resaca al día siguiente porque lo de someterte a un tercer grado se me pasó por completo!, sonrío alegre dándome golpecitos con la mano en la frente. ¡Y el caso es que no vino a dormir a casa!, exclamo sorprendida.

—Pero, Mairéad, ¡que lo conoces de dos meses!, ¡que para estos tipos, las mujeres sois como los *kleenex*!, apunta mi alterada *sestra* a la que le dan igual todas mis acotaciones.

—Loreena, ¡no me seas carca, por favor! ¿qué más da el tiempo?, ¿o es que acaso no ves la de parejas de toda la vida que deciden casarse y duran dos telediarios?, replico enojada con ella. Nena, agarro a Mairéad de una mano, ¡cuéntanoslo todo, por favor! Y mi hermana imita mi gesto con la otra mano.

—Por favor, hazlo, rectifica. ¡Y con todo lujo de detalles!

—Nenas, lo primero, perdonad que no os haya dicho nada. Lo siento de verdad. Quería hacer las cosas bien por una vez y no anunciar a bombo y platillo un nuevo ligue que no sabía dónde iba a ir a parar ni si iba a ser un vodevil teatral donde yo podía ser un equívoco más.

—¿Y qué pasa si hubiese sido un ligue más?, ¡que hay que ver mundo, nenita!

—¡Qué mona eres!, me dice. Bueno, sigo, nos hemos estado viendo desde entonces. Ha venido a Valencia y lo he visitado en Glasgow prácticamente cada dos fines de semana y ha resultado ser algo tangible. Lo más real, amorosamente hablando, que he vivido hasta la fecha, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, por Jamie, quería tener las cosas muy claras antes de dar este paso.

—¡La madre que la trajo!, dice Loreena. ¿Que ha venido a Valencia?, interpela incrédula. Ya puedes empezar a explayarte, le advierte, porque lo de ocultar esa clandestina información durante ¡dos meses! a tus dos extensiones corporales tiene que tener un argumento de peso.

—Eso, eso. Porque de aquí no salgo hasta tener todos los detalles, reafirmo

yo, que sigo sin dar crédito a todo lo que estoy escuchando.

—Ay, a ver, entre las evaluaciones de una y la campaña de Navidad de otra, tampoco es que me hayáis dedicado mucho tiempo, nos reprende. Pero, bien, estoy feliz y os lo cuento ahora. ¿Recordáis que la semana pasada estuve en Glasgow?

—Sí, tenías una conferencia en la Universidad y querías aprovechar para ver a tu amiga Edwin, repaso.

—Bueno, el caso es que la conferencia fue estupenda. Brian vino a verme por sorpresa porque vive allí, ya sabéis, a Edwin le surgió un viaje de trabajo y, al final, me lié.

—¿Pero cómo que te liaste?, suelta Loreena.

—Pues que me dejé llevar, chicas. Brian me invitó a cenar al Gamba Seafood Restaurant y, por primera vez desde lo de Leith —el activista norirlandés que dedicó el 2013 a desequilibrarla emocionalmente un poco más tras lo de Marc—, bajé la guardia en cuanto a lo de aceptar algo más serio.

—Nooo, la paro yo. ¿De verdad?, pregunto incrédula, a sabiendas de que el Gamba Seafood Restaurant es uno de los mejores restaurantes de la ciudad y pasando por alto, eso sí, lo de bajar la guardia y la espantosa y espeluznante historia de Leith que prefiero no evocar.

—De verdad, Tréasa. Fue una cena excelente, no sólo por los platos que estaban riquísimos, sino también por el contenido. ¿Sabéis? Tiene planes. El grupo va a sacar un disco nuevo en septiembre del año que viene y, para entonces, tendrá que dedicarse de lleno a la promoción y a la gira europea que va a tener y lo que lo va a traer... ¡a Valencia!

—¡Aaaaah!, gritamos Loreena y yo. Sigue, sigue, la animamos boquiabiertas.

—Por cierto, interrumpo, ¿Edwin sabe algo de esto?

—Bueno, lo que os voy a contar no, pero sí sabe cosas. A ver, sabe bastante, sonrío. ¡Es que ha sido mi tapadera, chicas!, aclara dichosa.

—¡Ya te vale!, contesta Loreena un tanto mosqueada pero alegre por la satisfacción que refleja la cara de nuestra amiga.

—Bueno, me da igual quién lo sepa primero. Cuéntanos más cosas de esa cena, por favor. ¿Qué pasó?, ¿qué te dijo?

—Bien, explica intentando ordenar los hechos, me dijo que quería algo más serio conmigo. También, que sólo habían pasado dos meses desde que estábamos juntos, pero que estaba convencido de que era la mujer de su vida. Que la distancia no iba a ser un problema. Que podríamos vivir en Glasgow, porque ya sabéis que eso no es un impedimento para mí. Incluso sabéis la ilusión que tengo por vivir en mi Norte. Y, sobre todo, que adora a Jamie y que valía la pena intentarlo.

—¿Y tú cómo te quedaste?, dice Loreena, porque yo a estas alturas ya ni hablo. Parezco el pequeño Olaf de Frozen, ojiplática y aturdida.

—Pues pasmada o alelada es poco. No obstante, no quiero pasarme la vida

lamentándome por todo lo que me ha pasado y creo que tengo que escuchar a la niña que llevo dentro y que pide sanar a gritos.

—Sabes que esto te pasa porque tienes que perdonarte, ¿verdad?, le hago memoria con afecto.

—Sí, lo sé, señala.

—Siempre has dado lo mejor de ti en cada relación y eso hay que ponerlo en valor. Salieron mal las últimas y estuviste años y años tratando de sobreponerte a Marc, el traficante de culpa que sólo buscaba someterte, y a Leith y a todo el entramado político en el que te metiste y que casi te cuesta la cárcel. ¿Qué le vamos a hacer? Pero la vida sigue y no puedes cargar con ese peso. A veces nos equivocamos y aceptamos parejas perjudiciales en las que experimentamos todo el abanico de emociones menos la felicidad. Y no pasa nada. Eres un alma repleta de bondad y no tienes que sentirte culpable por nada de lo que pasó, subrayo.

—Ay, gracias, Tréasa. Me hace mucho bien que me digas eso. De política norirlandesa prefiero no hablar. Pero sabéis que los entiendo.

—Sí, pero prometiste no involucrarte nunca más. ¿No lo habrás hecho, verdad?

—¡Preguntona!, responde irónica dejándome el cuerpo intranquilo.

—Eres luz, y lo sabes, puntualizo. No más flirteos con la oscuridad, querida Darth Vader.

—Totalmente de acuerdo, señala Loreena. Pero, venga, cuéntanos cosas bonitas, que la política me aburre hasta extremos insospechados. ¿Qué pasó después?

—Sí, porque ahí no acabó la cosa. Tras cenar y devorarnos a besos, entre plato y plato y calle y esquina, me llevó hasta la Blessed John Duns Scotus RC Church (La Iglesia del Bienaventurado San Juan Duns Scoto).

—Nooo, suelto yo con mi acento dulce y sibilante.

—¿Qué tiene de especial?, me pregunta Loreena alzando una ceja. O las dos.

—¿Que qué tiene? Que es la iglesia donde se supone que reposan los restos de San Valentín. ¡Es que este Brian no puede ser más romántico!, exclamo cual adolescente.

—¡Justo! Apunta Mairéad. Y, además, ¡es que Juan Duns Scoto fue uno de los primeros filósofos escolásticos escoceses!, señaló radiante. Pero sigo, pues allí, rodilla en tierra, mi corpulento *highlander* me entregó este pedazo de anillo que, si os fijáis, tiene el entrelazado escocés y un cardo jacobita...

—¡Y un pedazo de brillante, Mairéad!, certifico yo.

—Jo, pero ya sabéis que, para mí, eso es lo de menos. Pero sí, fue precioso.

—Bueno, ¡sigue!, disponemos las hermanas.

—Y allí, en ese paraje tan sencillo y extraordinario a la vez, me preguntó: *Will you marry me?* (¿Te quieres casar conmigo?) Yo, absorta por la situación, pues

todo me parecía surreal, por cómo había ido todo, por cómo me iba a cambiar la vida, porque me sentía plenamente feliz desde hacía mucho tiempo... empecé a llorar y, con el dedo índice, recogí las lágrimas de mi rostro y escribí en la pared de la Iglesia: *Yes (Sí)*.

—Mairéaaaaaad, balbuceamos las Melville Fuster mientras sorbemos los fluidos nasales y gimoteamos como niñas.

—Así, no tuve palabras, susurra. El resto ya os lo podéis imaginar. Besos y más besos, caricias desconocidas, deseo irrefrenable, corazones encendidos y una noche de descontrol absoluta en el Hotel Sherbrooke Castle. ¡Mi *highlander* es insaciable!, sonrío con despreocupada dicha.

—A decir verdad, tampoco me extraña tanto. Algo intuía con tanta escapada y tantas excusas para poder quedar con nosotras. Ya sabes, señala Loreena.

—Sí, remarco yo, revolcándome mentalmente todavía en una nube de algodón de azúcar. No voy a cuestionar ni lo más mínimo tu acusada vertiente detectivesca —pues siempre he estado convencida de que es la Hércules Poirot de su querida Agatha Christie. Quizás sea por leerla tanto, pero tiene un sexto sentido irrefutable—. ¿Y para cuándo?, detalle que necesito urgentemente conocer.

—Eso, indica mi hermana. Porque huelga decir que del vestuario me voy a encargar yo. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, contaba con ello Loreena. Pues para el 10 de julio, chicas. ¡Tenemos seis meses y medio para organizar todo!

Tras ello, empiezo a sentir una suerte de fascinación, de «ay, que me falta el aire», de «por favor, no puede ser más hermoso», de «decid algo más o me da un espasmo» y, revolviéndome cual ratón en mi sillón, me agarran fuerte Loreena y Mairéad y mis ojos se cruzan con sus miradas felinas.

Y entonces, todo pasa, nos volvemos a mirar las tres con ternura y lloramos. Lloramos de emoción porque no podemos estar más felices por ella. Mairéad, que tan mal lo ha pasado por amor, que ha rechazado relaciones y ha utilizado a los hombres a su antojo desde la última traición amorosa. La misma mujer de armas tomar que juró que nunca se casaría hasta que la Ley de Matrimonio Homosexual estuviese universalizada. Ella, la misteriosa, la siempre combativa, la activista política aquí y allá, la dama de hierro, se casa. Y con un *highlander*. Por fin va a conseguir su sueño: encontrar la estabilidad y el amor en Irlanda o en Escocia.

No sé si será la Navidad, las luces de colores que traspasan el cristal o el *Time after time* de Cyndi Lauper que suena y resuena en el ambiente y en mi cabeza, pero, a estas alturas, ya no me importan ni las lavadoras ni la cena ni el pastel que tengo que preparar. Y, dicho sea de paso, tampoco el norirlandés que sigue explorándonos con su mirada. Tengo una corazonada nada buena con este chico. No sé. Serán cosas mías.

Hoy puedo decir que ha sido un gran día. El amor y la alegría por fin se han

cruzado en el camino de nuestra adorada amiga. Y, ahora empieza una aventura colectiva. Porque así somos nosotras. Lo vivimos todo juntas.

## 2

### Vida familiar

Al despedirnos del local, cada una vuelve a sus obligaciones y a su casa, donde nos espera lo mejor. La vida familiar. Porque no hay nada que otorgue más alegría y estabilidad que llegar a casa y que te reciban con amor las manitas indelebles de ésa niña o de ése niño que te coge la carita para combatir fantasmas y reafirmar su seguridad mientras te dice: mami, te quiero. Porque no hay nada como que tu otra mitad te mire embelesado y baste una mirada para constatar el porqué seguimos luchando juntos cada día. Porque hay comunicación, entendimiento, afecto mutuo, atención, educación, psicología práctica, empatía y amor. La familia y, subrayo, la familia es el verdadero hogar. No importa donde vayas. Ellos siempre serán tus raíces.

Nosotras, las tres amigas inseparables, que también hemos tejido lazos enérgicos como los propios de una familia, hemos quedado en vernos pasado mañana, el Día de Navidad, para compartir una tarde de palomitas y cine con nuestros retoños. Vamos a intentar que, por una vez, elijan la misma película los tres y no empiecen las llantinas recurrentes y las promesas venideras a la puerta del cine. Resulta que Elsbeth ya va de mayor, pero, en el fondo, adora los dibujos animados... Bah, en realidad, todas lo hacemos.

Me paro en un escaparate de artículos de decoración y, empiezo a pensar en todas las cosas que habrá que organizar para que el viaje y la boda sean perfectos. Así actúo yo, como una máquina preparada para mantener el orden y la previsión sin perturbaciones eventuales. Quizás, para esconder el desorden de mi naturaleza, pero no me va mal. Quien me conoce, lo censura, pero luego lo halaga. Porque en el orden se funciona mejor.

De camino a casa, me coloco los cascos y escucho en modo aleatorio el repertorio que he acumulado en mi *smartphone*. Hay de todo y muy variado. Desde Bob Dylan, Lou Reed, Oasis o Coldplay hasta U2, The Cranberries, Jasmine Thompson, Bruno Mars, Andrés Calamaro, Alejandro Sanz, Rosana o Los Secretos. Alguien me dijo una vez que la música que escuchas es como tu propia declaración de principios. Ahora suena *One*, de Johny Cash. No está mal, siseo mientras dibujo una sonrisa y confirmo la multitud de matices que atesora mi personalidad.

La vida familiar es hermosa, pero también tiene sus momentos de estrés, de

exceso de presente. Y, en nuestro caso, suele ser por la noche. Como si estuviéramos en el minúsculo planeta del farolero de *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, donde sólo había espacio para una farola y donde los días y las noches se alternaban en cosa de un minuto, todo son prisas: duchas, pijamas que poner, cena que preparar, ropa que lavar, ropa que secar, lavaplatos que enchufar, vestuario que combinar para la mañana siguiente, series que visionar, libros que leer. Al llegar a casa por la noche la tensión se apodera de cada habitación, pero hoy estoy feliz y Liam y Lucy Campbell, mi marido y mi hija respectivamente, así realizan mi lectura facial. Mi cara es cristalina para lo bueno y para lo malo.

—¿Algo que decirnos?, pregunta Liam con un movimiento insólito de cabeza cuando me ve entrar exultante por la puerta que comunica con el salón.

—Sí, mamá. ¿Algo que decirnos?, remarca Lucy, que actúa como cualquier policía experta del FBI o de la CIA.

—¡La tía Mairéad se casa!, anuncio pletórica.

—Venga, ya, Tréasa, replica Liam. ¡Eso sería lo más loco que podría esperar de ella!, apunta confuso.

—Síiiii, aplaude correteando Lucy, a quien le encantan los vestidos de princesa y las películas que terminan en boda y final feliz.

—Pues así es, familia. Se casa. Y lo va a hacer con otro *highlander* como tú, le digo casquivana a mi marido mientras lo abrazo por el cuello y nos devoramos con la mirada. Así que... Ya podemos ir preparando las maletas porque, en julio, ¡nos vamos a Escocia!

—Cariño, no te aceleres, me frena Liam en ambos sentidos. Para empezar, todo esto me parece una locura que vas a tener que explicarme más detalladamente. Y, para continuar, ya sabes que tendré que mirar en el trabajo si puedo tomarme las vacaciones para entonces. Ni yo ni David ni Aiden —el marido inglés de mi hermana; el *sassenach* para nosotras— podemos desaparecer así sin más, apunta Liam mientras entra en un juego peligroso de caricias. Y, tal vez, para entonces, Mairéad haya cambiado de opinión.

—De eso nada, respondo tajante. Que esta vez la cosa va muy en serio. ¡Te lo prometo!, ¡no me lo creo ni yo! Y, vamos, amor, que vosotros y mi hermano sois los jefes y podéis tomaros una semana sin problemas, le comento caprichosa mientras acerco más mi cuerpo al suyo. Y, además, para entonces ya estarán todos los pedidos servidos de vuestra querida multinacional dermocosmética Hidratess. Pero, bueno, haced lo que creáis y lo que queráis. Es Mairéad y, vengáis o no, nosotras nos vamos, respondo categórica al tiempo que me deshago de sus abrazos y sus halagos táctiles que tan de buen grado había aceptado minutos antes.

—¡De eso ni hablar!, replica Liam mientras me vuelve a amarrar un poco

más fuerte y sonrío antojadizo. ¿Pero quién es ese *highlander, poppet*<sup>2</sup>?

—Uf, es una historia rocambolesca que no te vas a creer, pero prefiero contártela cuando nos sentemos a cenar tranquilos.

—Ok. Está claro que no hay escapatoria, ¿verdad? Hablaré con Aiden y con tu hermano David y ¡nos vamos a Escocia!, apunta gozoso. La verdad es que tengo unas ganas increíbles de ir ya con mi *lassie* (chica) y mi *princess* (princesa) a mi tierra, apunta mientras nos abraza y besa deliciosamente el rojo de mis labios.

—¡Bieeeeeen!, aplaudimos Lucy y yo segundos después, mientras yo tarareo y ella balbucea *This is the life*, de Amy Mc Donald: *And you're singing the songs, thinking this is the life. And you wake up in the morning and your head feels twice de size, where you gonna go* –canturreo yo—*where you gonna go* –entona mi pequeña—*where you gonna sleep tonight?*<sup>3</sup>, cantamos juntas y nos reímos, y nos tiramos al sofá y ya no importa nada más.

Tras una cena light, ya que mejor dejar el estómago preparado para el día grande que es mañana, y entretenida en tanto en cuanto pongo a Liam al corriente de esta preciosa historia de amor entre Mairéad y Brian y mi maridito no da crédito a todo lo que le estoy narrando, acuesto a Lucy en su cama y nosotros nos vamos a la nuestra.

Mi escocés favorito ve por duodécima vez la película *The Butterfly Effect* (El efecto mariposa), una suerte de lección sobre la vida y el destino que, por doloroso que sea, no se puede cambiar sin alterar algo al intentarlo.

Yo, por mi parte, visiono con estrabismo cuidadoso el largometraje al tiempo que, con un auricular, escucho y veo en mi Ipad una de mis series revelación de la temporada otoñal: *Blindspot*. Y todo eso, antes de leer un nuevo capítulo de *Regreso a tu piel*, de Luz Gabás. Es curioso encontrar una novela romántica que hable de la ansiedad y de las posibles causas que detonan este trastorno tan propio y tan arraigado en los países occidentales. Es incluso agradable que alguien dé notoriedad literaria y, de algún modo, protección mediática a una enfermedad que no goza de estos privilegios.

Y, así, entre imágenes que se van tornando borrosas, y no sólo para los protagonistas de tanta historia, nos vence el sueño y las ganas de descansar, entrelazando nuestros cuerpos en nuestro lecho de amor.

---

<sup>2</sup> Apelativo cariñoso inglés.

<sup>3</sup> Y cantas las canciones, pensando que esto sí que es vida. Y te levantas por la mañana y sientes que tu cabeza es el doble de su tamaño, ¿a dónde vas?, ¿a dónde vas?, ¿a dónde vas a dormir esta noche?

### 3

## Navidad

Voy a echar mucho de menos a Mairéad, pienso mientras visto a Lucy con su precioso pantalón bombacho rojo burdeos y su camisa a juego con bodoques. Esta tarde, como cualquier otra, está preciosa. Y hoy, más ilusionada que nunca, porque viene Papá Noel y, por ello, ha elegido ese conjunto. Para andar combinados, apunta ella. Su pasión por la moda no deja de sorprenderme. A sus casi cuatro años ya es capaz de armonizar estilismos y defenderlos con actitud. Mi hermana tiene mucho que ver en ello, me convenzo. A Lucy le encanta perderse en el taller de costura de Dress me Up!, entre sedas y linos con los que se disfraza como la princesa que es.

La Navidad nunca me ha dejado de sorprender, le digo a Liam mientras envuelvo en papel film los panecillos en forma de estrella que he preparado para esta velada de Nochebuena. Porque lo del pastel ha quedado descartado. Las horas se han esfumado y la abulia me ha ganado la batalla.

Después, mientras mi marido y mi hija colocan las galletas y la leche debajo del árbol de Navidad para saciar la sed y el hambre de Santa Claus y de sus renos, yo los miro embelesada desde la ventana del salón.

A la espera de los invitados familiares, que serán los verdaderos cocineros de la noche porque vendrán con platos preparados, aprovecho para tomar algo y observar las ráfagas de viento y la oscuridad que hacen que esta noche valenciana y habitual sea perfecta. Pues aquí rara vez llueve y mucho menos nieva, pero el viento –marino, quizás–, siempre está presente. Acaso, como en ese poema de José de Espronceda, *La canción del pirata*, que resuena en estos momentos en mi cabeza y que marcó, entre otros, el Romanticismo literario español del siglo XIX. Y así, recostada sobre el piano de cola que me regalaron mis padres tras mi graduación, entono a *sotto voce* mientras me tomo un vermut:

*Con diez cañones por banda,  
viento en popa, a toda vela,  
no corta el mar, sino vuela,  
un velero bergantín.  
Bajel pirata que llaman*

*por su bravura, el Temido  
en todo el mar conocido  
del uno al otro confín.*

Tras ello, me siento en el piano y empiezo a acariciar teclas de manera aleatoria y me descubro tocando *Para Elisa*, de Beethoven. Y me abstraigo porque vuelvo a mi infancia. Y sin darme apenas cuenta, soy consciente de que la Navidad es realmente mágica.

La Navidad es tiempo de recogimiento, de rezumar paz y solidaridad, de montar el Belén y el Árbol y hasta de liarla con las luces, de estar y disfrutar en familia, de tocar o escuchar villancicos o discos instrumentales de los Beatles creados para tal ocasión, de ir a la Iglesia, de crear nuevos propósitos para el año que asoma, de engalanar casas, mesas y cuerpos para sentirse más especiales, de ver películas míticas como *Love Actually* –aunque en mi infancia no faltaba *El coloso en llamas* en casa de mi abuela Mary Margaret–, así como programas de humor que nunca igualarán a los incombustibles *Martes y trece* de los años 90. Tiempo de preparar grandes manjares y chocar copas al brindar por bonitos deseos, de contar historias y reírse hasta no parar, de cumplir con tradiciones, de comprar regalos para los más pequeños y para los que no lo son tanto y de vivir con ilusión y alegría la posibilidad de volver a ser niños.

Son tus seres queridos quienes te han enseñado a vivirla, y así mismo lo debes hacer tú con tus hijos; unos niños y niñas que, por cierto, llevan semanas descontando días del calendario, visitando las capillas de sus colegios o sus parroquias, viendo dibujos animados que representan estas fechas y haciendo manualidades, como botas y estrellas de purpurina, a la espera de abrir sus regalos los días más significativos e iluminar cualquier estancia con su sonrisa.

La Navidad es esto y mucho más. Porque, en esta ocasión, también nos trae un preciado regalo: el compromiso y la boda de Mairéad, que combinan a la perfección con el regalo astral que nos deja el 2015. Hoy, día de Nochebuena, tendremos luna llena –algo que no ocurría desde 1977, año en que nació Mairéad–, para lucir con su máximo esplendor en una noche mágica donde sería bonito comprometemos a no perder el sentido religioso por el sentido comercial. Un noche en la que *el triplete celta*, como nos gusta llamarnos, disfrutaremos como niñas con nuestras respectivas familias, que hemos conseguido reunir como cada año.

La Navidad es hermosa, pese a las circunstancias de tantas personas. Las ciudades, mi Valencia, se llenan de luces, pesebres y espectáculos teatrales y musicales. Es bonito escuchar sonidos dulces allá por donde vas y ver ilusión en la mirada de la gente que corre apresurada por el supermercado y por las tiendas de decoración para que todo esté perfecto. Algo así debería poder enfrascarse y

conservarse durante todo el año. Y yo tengo la suerte de mantener siempre viva esa ilusión en mi corazón y en los ojos de mi niña. Porque no necesito nada. Me basta con ser feliz rodeada de amor y de todos los que están.

## 4

### Preparativos

El Día de Navidad vamos al cine, tal como habíamos acordado. Al fin, Jamie, Elsbeth y Lucy eligen, por unanimidad, Zootrópolis; un largometraje ambientado en una ciudad donde viven todo tipo de animales. «Vaya, que podría ser como la nuestra, pero, al menos, esta es más divertida», ha ironizado Elsbeth, quien después ha quedado con su grupo para tocar y cantar en la calle villancicos y ganarse unas monedas regalando alegría a los transeúntes.

Sentadas en nuestras butacas y con nuestros retoños en la fila de delante, cuchicheamos sobre la noche anterior, la cantidad de jamón y queso que comimos gracias a mis padres y a mis abuelos, las gambas y las croquetas que engullimos gracias a los de Mairéad, los brindis celebrados entre todos y las sobras que guardamos para lo que queda de semana. Hoy hemos comido con nuestras familias también en mi casa, pero el ágape estaba más comedido y nos hemos escapado pronto para venir a la sesión infantil. Venir más tarde sería tirar el dinero porque los niños se duermen. Y, claro está, Elsbeth tiene planes.

Mientras van apareciendo diferentes animales en la grandísima pantalla de los Cines ABC Park de la calle Roger de Lauria de Valencia, Mairéad, Loreena y yo, empezamos a comentar todos los preparativos que hay que definir para que no falte de nada en la que, sin duda, será la boda del año. El largometraje es lo de menos. De momento. Yo, para que conste, ya me he comprado una libreta para tenerlo todo bien anotado.

Mairéad Dornan, harta de vestir de etiqueta debido a sus clases en la Universidad de Filosofía de Valencia y a sus conferencias de carácter internacional, quiere algo sencillo, como sus vaqueros y sus camisetas. Loreena, en contraste, algo extravagante. Y yo, que me encuentro en medio de dos océanos de armas tomar, decido erigirme en la *wedding planner* u organizadora oficial del evento y aseguro a las dos que tendrán su ración de sencillez y extravagancia en su justa medida, aderezadas con la elegancia natural por la que siento especial inclinación.

Compruebo que he apaciguado a estas dos fieras indomables, que por fin están devorando sus palomitas y sus bebidas gaseosas, al tiempo que siguen apareciendo animales en la pantalla, a los que presto el mínimo interés porque bastante tengo ya con la que me ha caído. Y es que yo soy así. Así de líder y de

autosaboteadora. «¿No podré estar calladita y dejar que otros hagan las cosas?», recapacito. Pues no. Siempre acabo alzando la voz y acaparando tareas extra. Porque por experiencia docente sé que, cuando se trata de trabajar en equipo, o todos reman a la vez en la misma dirección o el barco naufraga. Y con el ritmo de vida de estas dos, dejando a un lado el mío, y sus opiniones tan contrapuestas, prefiero hacer las cosas a mi manera y de acuerdo con mis tiempos. Pensar en lo que tendría que esperar para ir cerrando cada cuestión puede desatar mucha impaciencia contenida. Puede destapar una cólera inaudita. Y, para calmar el conato de arrebató, empiezo a escribir.

De momento, ya tengo clara la Iglesia. Será la de Glasgow, la Iglesia del Bienaventurado San Juan Duns Scoto, donde Brian le pidió matrimonio, y en la ciudad en la que ambos se van a instalar. No se me ocurre nada mejor. Espero que para la fecha el clima nos sea propicio y podamos decorarla con flores frescas y silvestres y ramas de olivo, la conexión del cielo con la tierra, según la teología católica.

Si algo tenemos claro los escoceses es que en Escocia o *Alba*, como preferimos llamarla nosotras en gaélico escocés, puedes experimentar las cuatro estaciones del año en un mismo día. De este modo, no sólo tendré que pensar en un enlace estival sino que también tendré que prever las posibles inclemencias climatológicas. «¿En qué berenjenal me he metido?», reflexiono. Y, bueno, sigo deliberando, tendré que llamar al templo y coordinarme con el capellán para que todo sea perfecto. Ay, no. Tendré que viajar, me doy cuenta. Y pronto.

Tras unos minutos barruntado ideas y dando rienda suelta a mi creatividad, observo que mi libreta está repleta de anotaciones, garabatos y flechas, y que los niños ríen con las ocurrencias de estos personajes a los que ya he decidido prestar atención. Constató, divertida, que tienen mucho mejor comportamiento que el de los becerros con los que me cruzo por la calle a diario. Darwin nos enseñó que descendemos de los animales. Pero yo cada día tengo más claro que unos lo hacen más que otros.

## 5

# Viajar

Mark Twain señaló con acierto que viajar es un ejercicio con consecuencias fatales para los prejuicios, la intolerancia y la estrechez de mente. No puedo estar más de acuerdo. Viajar y, sobre todo, hacerlo por placer es algo así como atreverse, cambiarle la piel al alma, saltar al vacío y enamorarse perdidamente, como la primera vez, de lugares desconocidos, culturas heterogéneas o, incluso exóticas, y lenguas contrastivas. Y repetir la experiencia es como refrendar ese estado de enamoramiento inicial cada vez que corres con tu equipaje maltrecho por un aeropuerto o pisas sobresaltada la entrada en el avión, el tren o el barco de turno; ésa brecha espacio-temporal que atraviesas para dirigirte a territorios inexplorados y recónditos. Las agencias de viajes no dejan de glosar sobre este tema.

Cosquilleo, ilusión, soñar despierta, abrirse al mundo, derrocar barreras, encontrar la libertad, ver las cosas con la perspectiva que otorga la distancia y descubrir la belleza que hay en ello cuando regresas a casa y reposas ladeada la cabeza en el costado favorito del sofá. Sí, estas serían algunas de las características más notables que podría señalar sobre el hecho en sí de iniciar una partida.

Porque viajar es algo más que trasladar un cuerpo de una calle a otra, de un sillón a otro. Y, si no, que se lo pregunten a Mairéad. Es ese desplazarse en movimiento hacia algo que te desestructura pero que te ilusiona. En su caso, es cerrar un círculo para abrir otro nuevo porque la vida son etapas. Es iniciar un nuevo capítulo en su o tu historia; ésa que, por otro lado, ni ella ni tú mismo sabes cómo enderezar y que la gente trata de obstaculizar a toda costa. Y es que siempre ocurre lo mismo con los proyectos personales a los que más apego tiene uno. Sin embargo, ahí está ella y ahí estás tú para demostrar al mundo cuán equivocado está y para ayudar a extirpar los males de esta sociedad enferma de estereotipos y creencias desatinadas.

El viaje a Escocia para la boda va a ser, en principio, uno de los más felices que vamos a hacer juntas. Porque tras más de 30 años de amistad, al fin vamos a festejar el amor como siempre una de las tres ha soñado. Porque aquí, cada una ha tenido sus nupcias a su manera. Mi hermana, a los 27, en una Iglesia católica; yo, a los 28, por lo civil y en un castillo de origen íbero, romano, árabe y cristiano; y Mairéad, a los 38 en la tierra donde sus padres vivieron su amor en libertad, en los

bosques donde se perdía de pequeña y rodeada de flores agrestes que amarrar a su preciosa cabellera.

¿Pero quién sabe si esta aventura va a sacudir también nuestra existencia? Equivocadamente, se cree que nacemos una única vez en la vida. En mi opinión, esto es pura leyenda urbana. Nacemos dos veces: cuando somos paridos por nuestra madre, con dolores incluidos, y cuando despertamos a la conciencia, con dolores incluidos también en la mayoría de los casos, aunque estas heridas no requieran puntos físicos visuales. Esto último es algo más profundo. Muchas veces, para que te ocurra, requiere de un bofetón de realidad o de alguna que otra experiencia iniciática que haga tambalear tu mundo, tus ideas y tu existencia.

Curiosamente, yo viví la mía personal en un viaje. En concreto, cuando visité París y conocí a mi marido en la ciudad que siempre les quedará a Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. La ciudad de las mesas apretujadas en plena calle y el refugio exclusivo de amantes furtivos y amores inmortales. La ciudad del amor y nunca del horror, pese a los atentados recientes del mes de noviembre en la Sala Bataclan, el templo del rock. En ése viaje elevé mi espíritu y mi psique. Mudé pensamientos, crecí emocionalmente y me di cuenta de que, en realidad, no quería hacer otra cosa que no fuera amar a un *highlander* y ser maestra.

—*Maybe, shall we dance?* (Quizás, ¿bailamos?), fue la primera frase que Liam me lanzó en el Musée d'Orsay, mientras contemplaba prendada y con la cabeza inclinada las bailarinas de Degas, las auténticas para mí en sentido estético y pictórico, sin menospreciar en absoluto las de carne y hueso que amenizan el Moulin Rouge o que envuelven de magia, constancia y belleza cualquier escuela de baile en cualquier barrio del mundo. Como en la de Mairéad, por ejemplo.

—*It depends* (Depende), contesté abstraída y coqueta.

—*I'm Liam Campbell. What's your name?* (Soy Liam Campbell. ¿Cómo te llamas?), preguntó.

En ese momento me giré y lo vi y me perdí en el azul de su mirada. Y supe, con meridiana claridad, que Liam iba a estar en mi vida.

—*Tréasa, Spanish and Scottish, and a very very fan of this painter* (Tréasa, española y escocesa y muy, muy admiradora de este pintor).

—*Shall we dance tonight, stunning blonde?* (¿Bailamos esta noche, rubia imponente?), insistió.

Y así empezó todo. Con una cena, un paseo por el Puente de las Artes, horas de conversación con baile incluido e improvisado en la puerta de Notre Dame y un beso tímido en el portal del hotel donde me alojaba con mis padres y mis hermanos, cerca de la Plaza Víctor Hugo, con quienes había realizado este viaje veraniego de 2005.

Liam, el atractivo y minucioso escocés, estaba cursando una beca Erasmus en la Universidad de La Sorbona de París para mejorar su pronunciación francesa,

ya de por sí perfecta. Sólo bastaron unas pocas horas para descubrir en él un distintivo personal único. Liam no sólo era un rostro hermoso sino también una mente prodigiosa y un ser emocional como yo. Y la idea de imaginarlo haciendo vida académica en el lugar donde estudiaron Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir o René Descartes, entre otros, me sedujo y mucho.

De hecho, sólo bastó una semana de vacaciones para confirmar que lo nuestro no iba a ser algo pasajero. Que el sentimiento había sido enérgico y mutuo y que ambos íbamos a intentar empezar algo bonito. Tan bonito como todo lo que nos ha pasado hasta el día de hoy.

Espero que esta vez el destino tenga muchas sorpresas preparadas para las tres, pero, en especial, para Mairéad y para Loreena, a quien desconectar de su ajetreada vida laboral le permitirá reconectar con sus raíces escocesas. Porque, de las tres, es la que menos tiempo le dedica al tema, la que más horas trabaja, la que más conexión o reconexión con su amado Aiden necesita y la que más sensaciones de libertad precisa.

## 6

### Brian

El concierto en Edimburgo la noche de Samhain de 2015 dio mucho de sí. Brian MacLeod llevó a Mairéad al camerino para que Kyle comprobase que su tobillo estaba bien y, tras un poco de hielo y una recomendación de reposo, el cantante del momento la llevó a casa. No obstante, el trayecto se alargó más de lo normal, pues ambos sintieron una atracción mutua difícil de explicar que los condujo a la puerta y a la habitación del hotel donde se hospedaba Brian. Tras acomodar a Mairéad en uno de los sofás de la *suite* cerca del ventanal que, generosamente, ofrecía unas vistas edimburguesas únicas y, después de comprobar que su tobillo estaba más que sano, Brian, con su talante gentil, cubrió a su nueva conquista con una manta de sedalina suave; una manta destinada, sin duda alguna, a abrigar no sólo el frío sino también la dulzura y el desenfreno que ambos veían venir.

Tras una serie de conversaciones circunspectas al principio y poco contenidas conforme avanzaba la noche sobre música, política escocesa y cuestiones diversas, Brian improvisó, con la ayuda del minibar, unas copas con una botella de whisky. Tras un primer beso robado que destrabó el retraimiento contenido, las caricias, nuevos besos, los susurros y el calor de los cuerpos prolongaron la velada, para gusto de los dos, hasta altas horas de la madrugada. Y, así, entre sonidos celtas que regalaba un disco que había elegido Brian para una cita espontánea que se le antojaba triunfal, ambos acabaron embriagados en una suerte de cópula lícita entre las sombras de una noche oscura, donde las estrellas se escondieron tras las nubes para que una luna llena iluminara el momento hasta que asomaran los primeros indicios de la aurora.

De este encuentro fortuito ya habían pasado tres meses. Unos 90 días con sus respectivas noches en los que Brian y Mairéad mantuvieron en secreto una relación que se inició como algo puntual pero que iba a acabar en boda. Porque aunque Brian estuviese acostumbrado por su fama a estos escenarios amorosos, la realidad fue que ambos cayeron prendados el uno del otro. Así, pese al trabajo de los dos y la crianza de Jamie, habían descubierto un ritmo de vida en común que les había aportado paz, frescura y renovación de identidades. Mairéad había recuperado la ilusión por el amor y Brian había perdido el mínimo interés por

cualquier otra mujer; algo impropio de un cantante que arrasaba en cada recital y podía decantarse por la inmadurez amorosa. A su manera, uno y otro se habían ido acoplando como las obras escultóricas que se moldean de a poco.

De este modo, la vida con Brian en Valencia y en Glasgow, su ciudad de residencia, se había erigido en toda una revelación para los dos. Ahora se preparaban mutuamente desayunos matutinos, se reían de las cosas más absurdas y Brian y Mariéad, ensamblaban sus agendas para alojarse en Valencia o en Glasgow, coordinando siempre la asistencia al colegio por parte de Jamie; un niño al que Brian amó como propio en el mismo instante en que lo conoció. Y así, alternando abrazos y despedidas en aeropuertos cada domingo que daba por concluido el fin de semana, fueron forjando una historia que parecía no tener fin. En verdad, no paraban de buscarse: por teléfono, por Skype, por las redes sociales y por cualquier espacio, incluso cuando estaban a un metro de distancia.

Sus sesiones amorosas eran constantes y agitadas porque la intrépida Mairéad, tan osada, tan feminista, tan rebelde, solía tomar la iniciativa invitándolo, conquistándolo y haciéndole perder el control al dejarlo quieto y asombrado, mientras ella exploraba mil y una formas de dar y recibir placer. Una y otra vez. Y, cuando sus cuerpos se abrazaban, cansados y abatidos tras la embestida carnal, erótica, dulce y suave, ninguno de los dos podía imaginar la existencia de algo superior a esa felicidad.

Verla a través del cristal, en el jardín, atusándose el pelo, repasando los ya aprendidos textos de sus presentaciones, frotándose los ojos por el cansancio, caminando sin rumbo alguno, estirando músculos y rotando el cuello, mirando al cielo pero sin mirarlo, haciendo de la oratoria la quintaesencia del arte, siendo ella en su condición... Ése era uno de los placeres preferidos de Brian, quien, además, aprovechaba esos pequeños instantes de quietud para rescatar del olvido las mejores palabras con las que componer sus temas.

Aquel frío día de febrero, recostado en el sofá, con la única compañía de su codiciada Martín, la guitarra que lo acompañaba desde que ganó el primer sueldo decente como cantante en los bares y recintos con música en vivo de Glasgow y de media Escocia, la miraba absorto. Era toda una consagración religiosa pararse a observarla, a recordar el olor de su reciente abrazo y el sabor de su candente beso. A sentir aquí y ahora, a imaginarla en mil y una situaciones y hallarla en todas bella, a agradecer al mundo que estuviese en su vida y que le hubiese dicho que sí a una vida excéntrica, pero sólida y estable. A la vida que Brian quería para los tres en *Glaschu*, Glasgow en gaélico escocés; el lugar al que regresar cada vez que sus repletas agendas se desorientaran; el lugar donde no hacían falta muebles de diseño ni grandes objetos de decoración ni cuadros de arte naif –el preferido de los dos– porque sólo su presencia bastaba. Sólo ella y Jamie llenaban con sus risas cada rincón de las distintas estancias. Bueno, ellos y la música de Brian y de bandas

legendarias escocesas como Oasis, Belle and Sebastian, Franz Ferdinand, Simple Minds o The Jesus and Mary Chain.

Punto neurálgico de comercios e industria, Glasgow era, en cuanto a población se refiere, la mayor ciudad de Escocia y la tercera del Reino Unido, tras Londres y Birmingham. Situada a la orilla del río Clyde en las Tierras Bajas de Escocia, la ciudad era ruidosa y cosmopolita, pero Brian había encontrado el equilibrio entre la algarabía urbana y el sosiego provincial al comprar una antigua villa de estilo victoriano, cerca de Bellahouston Park, con una gran cantidad de elementos de época, en una tranquila área residencial, a tan sólo cinco minutos del centro urbano gracias a la fantástica red de transporte público. El «castillo de mis sueños», como solía llamarla su amor. Porque si Mairéad tenía un filósofo favorito, ése era Foucault, el mismo que habló sobre la invención de las habitaciones como espacio de intimidad en la época victoriana. Y, dado el aspecto de la casa, no podía existir en el mundo mejor lugar para los tres. De hecho, todas sus ambiciones materiales se reducían a esa casa. A esa habitación matrimonial abuhardillada que invitaba constantemente a soñar.

Y, por otro lado, en Glasgow estaba Edwin, la amiga de Mairéad, y muy cerca, en Stirling, sus abuelos Arthur y María Dornan, lo cual completaba sin fisuras su puzle emocional. Ahora iba a poder disfrutar de su compañía y de su sabiduría mucho más.

Mairéad había asumido en soledad la crianza del revoltoso y risueño Jamie; algo que no había resultado tarea fácil, pues el padre biológico de la criatura, era un poeta trasnochado que, durante años, se dedicó a entrar y salir de su vida a su antojo y con soltura. Marc, que así se llamaba el espécimen del anti-hombre, la había desestabilizado emocionalmente. Como si se hubiese estudiado todas las biografías de los Beatles, a veces le recitaba unos versos con los que intentaba ganarse su cada vez más deteriorada confianza; otras, le dejaba botellas de cerveza con flores en la puerta de su casa o tuiteaba poemas escritos con alevosa intencionalidad; y, en cambio, en ocasiones, cerraba la puerta de su casa tras un «te quiero» quimérico y artificial, que dejaba en el aire la posibilidad de reencontrarse alguna que otra vez en la vida; la ínfima eventualidad de volver a ver a Jamie.

Y pasaron demasiados años hasta que, en 2010, Mairéad cortó todo tipo de relación y decidió erigirse en padre, madre y faro de luz de su adorado hijo de 2 años. Porque, por mucho que una se empeñe en vivir el día a día sin pensar demasiado, los niños requieren de orden, de rutinas y de referentes. Y Marc nunca le iba a dar nada de eso. Tal vez, sencillamente, no podía. Por inmadurez, por falta de amor, por yo qué sé. No podía o no quería. Suerte que Mairéad se diera cuenta a tiempo.

Brian sabía de su dolor y de su resiliencia para sobreponerse a esta etapa adversa de su existencia y a la posterior que le siguió, a cada cual peor, llena de

escándalos políticos por su defensa acérrima del sentir norirlandés, motivada por la relación con un chico de Belfast llamado Leith que le buscó más problemas que soluciones. Una historia surgida dos años después de su gran desengaño amoroso y que Mairéad le había asegurado que estaba zanjada, pese a ser una cuestión recurrente porque sus creencias políticas seguían intactas. Y esto preocupaba en exceso a Brian.

En cualquier caso, de lo que estaba seguro era de que la maternidad y la paternidad eran un trabajo conjunto y complejo, que fortalecía el músculo de cada corazón familiar y que llenaba de alegría el hogar donde se instalaba. Jamie era el ejemplo. Y así esperaba que continuase siendo año tras año. Y quién sabe si con alguna que otra criatura más. De eso todavía no habían hablado y, por otro lado, era consciente de que era una de las cosas que uno debe de dialogar antes de emprender un proyecto de futuro como es el matrimonio. Pronto le preguntaría porque quería un pelirrojo o una pelirroja en su vida, el color del cabello de ella y de él. O dos. ¿Quién sabría?

Distraído en sus pensamientos andaba Brian cuando Mairéad entró, agotada después del ejercicio de memorización que acostumbraba a realizar antes de cada conferencia, cuando pensó que era un buen momento para comunicarle algo no muy agradable.

—Mairéad, *sweetheart* (amor), tengo algo que decirte, tanteó Brian.

—En Valencia y en Glasgow eso no implica nada bueno, contestó Mairéad. Tú dirás, sondeó cortante.

—Bueno, es sobre la gira. Te comenté que en septiembre empezaría el *tour* por Europa, pero han surgido más compromisos. La discográfica confía mucho en este último trabajo y nos han organizado una ruta por los Estados Unidos para finales de julio y parte del mes de agosto.

—Brian, nos casamos el 10 de julio. ¿Me estás diciendo que no vamos a tener luna de miel?, preguntó airada Mairéad. ¿Me estás diciendo que te vas a casar conmigo y en tres días te vas a marchar durante dos meses y no vamos a darnos la oportunidad de empezar una nueva etapa con orden narrativo?

—No, *honey* (cariño), nunca te privaría ni me privaría de unas semanas a solas contigo ni de sentirme tu esposo las 24 horas del día. Sólo te estoy intentando decir que tendremos que aplazar el viaje a las Sheychelles. Tal vez para Navidad. Y esto no va a afectar a nuestra relación.

—¿Que no?, preguntó retóricamente Mairéad. ¿Tú dónde has visto que un matrimonio funcione si al tercer día el marido desaparece?, ¿qué empresa se mantiene en pie si su dueño se larga a la primera de cambio? Lo siento, Brian, pero me acabas de cabrear y mucho. ¡Porque yo para eso no me caso!

—*Ginger* (pelirroja), no saques las cosas de quicio. Sólo van a ser tres semanas, no dos meses. Jamie y tú podéis venir conmigo.

—No, Brian. Eso no es lo que me has dicho y, para que conste, apuntó enfurecida, yo no soy el perrito faldero de nadie ni este va a ser el remiendo de tu fallida decisión. Y mucho menos voy a arrastrar a Jamie de hotel en hotel, viendo como su recién estrenado *daddy* (papi) es acosado por multitud de fans alocadas lanzándole ropa interior. Y comprenderás que tampoco lo voy a exponer a la opinión pública.

—Mairéad, es mi oportunidad de lanzar la carrera al otro lado del charco. Si funciona, nos permitirá vivir mejor a los tres.

—Brian, eso ya lo ibas a hacer después de la gira europea. Y no me vengas con historias de macho alfa ricachón. Ni a mí ni a Jamie nos hace falta tu dinero. Pero, vale, lo entiendo. ¿Es eso lo que quieres que te diga, no? replicó Mairéad marchándose de nuevo al jardín con lágrimas en los ojos.

Brian, que acababa de darse cuenta del daño que le había causado, corrió tras ella y la abrazó bien fuerte para recomponer sus piezas rotas y sanar sus tiritas emocionales.

—Te quiero, *superwoman* (súper mujer). Te quiero más que a nada en el mundo y sabes muy bien que valoro tu trabajo. Si te he dicho lo del dinero es porque quiero lo mejor para esta familia, de la misma manera que sabes que haría cualquier cosa por evitar estos compromisos.

—Pues hazlo, Brian, rebatió sollozando pero recia. Porque estoy cansada de esperar a que las cosas salgan bien. Porque necesito ser lo primero para alguien que no sea sólo Jamie. Porque el amor debe ser más fácil. Debe fluir. Porque yo no antepondría nada a ese mes que ya es nuestro. De hecho, he cancelado mis obligaciones como profesora en la Facultad y mis conferencias en La Sorbona. Y porque sabes muy bien que no me lo merezco, tras lo cual se dirigió enfadada al dormitorio. Necesitaba estar sola.

Brian se dio cuenta de lo estúpido que había sido. Efectivamente, no lo podía haber hecho peor: devolverle la ilusión por el amor a su media mitad, convencerla para casarse con él y, después, estropearle el sueño. Tras meditar lo ocurrido, decidió que hablaría con sus compañeros Kyle, Matthew y Robin, y con la discográfica. Cancelaría sus conciertos en Norteamérica o los pospondría. Mairéad estaba por encima de todo. Y, por supuesto, su *mánager* y los *United States of America* (Estados Unidos de América) podían esperar. La boda y el mes de julio iban a ser memorables y nada ni nadie iba a interponerse.

Andando decidido hacia el dormitorio, abrió la puerta y escuchó el sonido de la ducha. No quería sobrepasar el espacio de proximidad de su novia en momentos tormentosos. Era todo un torbellino. Pero tenía que hacerlo antes de que volviera Jamie de sus clases de fútbol, así que, sin pensarlo dos veces, se descalzó y entró con ella.

Mairéad, con los ojos hinchados y sin comprender nada, lo invitó a

marcharse con palabras y con gestos, pero Brian la agarró de las manos y la pegó a la pared, bajo el chorro de agua.

—No vas a quedarte sin luna de miel y sin marido. ¿Lo sabes, verdad?, arguyó. Cancelaré todos los conciertos y haré que el mes de julio de 2016 sea el más bonito de tu vida.

—¿Y por qué los hombres siempre rectificáis cuando el daño ya está hecho?, titubeó Mairéad. No voy a consentir que nadie más me maneje a su antojo, ¿queda claro? ¡Nunca más!

—Más claro que el agua que me está empapando, ironizó Brian mientras ambos se reían. Y, ahora, ven aquí, dijo Brian al tiempo que la abrazaba fuerte, como a ella le gustaba, y se la comía a besos.

## Marzo

La vida para nosotras era un ir y venir constante. Enero y febrero pasaron por delante de nuestros ojos casi sin darnos tiempo a pestañear. Mairéad, a quien la perspectiva de la boda la abrumaba y se desahogaba en sus clases de ballet, había aceptado el acto en sí, pero, si fuera por ella, se casaría en vaqueros, en cualquier valle escocés, seguido de un picnic con muffins de chocolate y algún que otro té, en compañía de los familiares más directos. No obstante, yo me negaba rotundamente a tanta simplicidad, pese a coincidir en ella en muchos puntos, así que me involucré de lleno en la tarea asumida y decidí hacerlo como siempre: con responsabilidad y con todo lujo de detalles.

Las gemelas Caitlin y Cara Dornan, las hermanas de Mairéad, estaban muy liadas en el hospital así que delegaron toda incumbencia en mi persona, pero exigieron estar informadas de la totalidad de pasos que iba dando en todo momento porque, claro está, querían tener un papel relevante en la ceremonia. Adoraban a su hermana y querían preparar algo especial para ella, pese a su timidez.

Para coger ideas, había aprovechado estos meses y mis ratos libres para repasar de arriba abajo y del derecho al revés todas las revistas de novias, todas las páginas web de decoración y todos los *pins* relacionados con el enlace que encontraba en *Pinterest*, además de contar con la inestimable ayuda de Roc, Nicolás y Paula, mis compañeros maestros que, en verdad, me estaban dando muy buenas ideas. Sobra remarcar que todas estaban relacionadas con el mundo musical y artístico.

Más o menos ya tenía claro cómo iban a ser las invitaciones, las lecturas bíblicas –La Lectura del libro de Tobías 8,5-10 y La Primera Carta del apóstol San Pablo a los Corintios 12, 31-13, 8a y, así como el salmo –Salmo 111 (112). 1-2. 3-4. 5-7<sup>a</sup>. 7BC-8.9.—. La Biblia contiene infinidad de escritos que hablan del amor, pero estos, en concreto, siempre me han parecido de una belleza sublime.

Por otro lado, también había decidido el menú, los detalles para los convidados y hasta el decorado floral de la Iglesia y de la casa de Brian y Mairéad, donde había planeado el festejo. Esto último aún no se lo había comentado a Mairéad, pero sí a Brian, que, a estas alturas, ya era como uno más de la casa y se

estaba implicando tanto o más que yo en este día irrepetible. Y a Loreena y a mí no nos podía hacer más ilusión que ser *amigascasifamilia* del cantante más *in* del momento. Incluso estábamos en contacto telefónico con sus compañeros de banda: Kyle, Matthew y Robin, unos tipos la mar de majos.

No obstante, me faltaba revisar el asunto del papeleo burocrático con mi hermano David –que, además de copropietario de Hidratess, era abogado y me había prometido tenerlo todo listo pronto—, y hablar con el capellán escocés para acordar la homilía, según las lecturas escogidas y que leerían las gemelas, Cara y Caitlin, y mi *sestra* Loreena. Por mi parte, había decidido leerles algo de cosecha propia. En verdad, no era la mejor oradora, pero el mejor regalo que les podía hacer era algo escrito que conquistara sus corazones. Comprar algo que tuviese precio lo podía hacer cualquiera.

Del mismo modo, quería concretar la música religiosa del enlace. Habría una mezcla perfecta, pues había pensado fusionar música ceremonial tradicional con el *Hallelujah* de Leonard Cohen, interpretado y versionado por el propio Rufus Wainwright. Brian y él se habían conocido a través de la discográfica y era un regalo del cantautor estadounidense-canadiense a los novios; un canto a las luces y a las sombras del amor y un obsequio que Mairéad no debía conocer.

En cuanto a la fiesta posterior al banquete, Mairéad me había pedido organizar algo y me había prohibido revelárselo a nadie. Ni siquiera a ti. Y algo parecido había solicitado el apuesto Brian. Yo soy una buena guardiana de secretos pero, en mis adentros, rezaba cada día para no decir nada indebido a ninguno de los involucrados, pues las confidencias se agolpaban en mi cabeza. «Discreción Tréasa», me repetía a menudo. «Discreción».

Tras degustar una variedad de platos que combinarían la gastronomía escocesa y la española, en el turno de los brindis, los novios se sorprenderían entre ellos. Y hasta aquí puedo decir. Del vestido me despreocupé porque Loreena había asumido discutir lo indecible con Mairéad hasta dejarla sencilla pero preciosa, cual hada irlandesa legendaria, pero con toque escocés.

Y, con todo, decidí que en Semana Santa viajaría a Glasgow, porque ya estábamos en marzo: el mes de la Pascua de 2016, pero, también, el mes de las Fallas en Valencia; la fiesta del fuego que engalanaba la ciudad para festejar a nuestro patrón San José.

Este 2016, el Consejo de Patrimonio Histórico español había ratificado la fiesta de las Fallas de Valencia como candidata española para ser declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, de manera que el mundo fallero iba a disponer hasta noviembre –mes en que se daría a conocer la resolución en la asamblea anual del citado organismo—, para dar a conocer sus valores patrimoniales.

Por otro lado, una conocida marca de cervezas iba a ser la encargada de

patrocinar distintos eventos de la celebración, entre ellos, una de las mejores *masclètàs* –o espectáculos de pólvora y sonido armonizado– de la Historia. Las *masclètàs* se realizaban del día 1 al 19 de marzo, a las 14:00 horas y tras pronunciar la Fallera Mayor de Valencia, por megafonía y en valenciano: «Senyor pirotècnic, pot començar la *masclètà*» («Señor pirotécnico, puede comenzar la *masclètà*»).

Este año, por ser bisiesto, la *masclètà* para la candidatura fue disparada el día mágico, el 29, por una de las mejores pirotecnias valencianas, la de Caballer. Fue impresionante ese estallido de sonido, luz y colores que tan sólo duró, como era habitual, cinco minutos. Y Lucy y yo la disfrutamos, conmovidas y embobadas, desde la terraza de nuestra céntrica casa como si nunca antes lo hubiésemos hecho.

Este mes de marzo iba a dar mucho de sí. Lucy tenía vacaciones escolares durante la Semana Fallera, del 15 al 19, y, posteriormente, volvería a clase tres días para retomar las vacaciones de nuevo, con motivo de la Semana Santa. Así que, el viaje a Glasgow lo íbamos a hacer durante la Pascua. Los siete. Incluido Jamie, que se iba a quedar a nuestro cuidado desde el Lunes Santo hasta nuestro regreso porque su madre había decidido ir a la Universidad de Stirling para asistir a una conferencia de no sé qué filósofos irlandeses y escoceses. Mairéad iba a estar cinco días en Stirling, pero nuestro viaje no iba a coincidir en fechas e incluiría sólo los días festivos que eran justo los que nuestros maridos podían tomarse de vacaciones.

Ahora bien, Liam y Lucy iban a hospedarse los cuatro días en casa de «la jacobita», en Edimburgo. El resto, teníamos otros planes. Yo iba a reunirme en Glasgow, durante un par de días, con Brian y con el sacerdote de la iglesia elegida. Por su parte, Loreena, Elsbeth y Aiden se irían esos días a Londres con su familia.

Entre preparativos y maletas, el 24 de marzo volamos a Edimburgo, a casa de la «abu» Mary Margaret, del abuelo Rafael y de la tía Siobhán y del tío Evan, que iban a estar allí también junto con nuestra adorada prima Anna.

Anna era nieta de Siobhán y de Evan Munro, padres de Dave y suegros de Megan. La insólita pareja se dedicaba al mundo de la interpretación y, pese a no ser dos actores excesivamente afamados, habían atesorado el reconocimiento del público del Reino Unido en general, por lo que siempre estaban de gira y viajando. Por este motivo, Anna había aprendido a ser independiente desde que tenía uso de razón y había aprendido a vivir una vida rica en acontecimientos.

A nuestra llegada, nos recibieron con abrazos dulces, olores exclusivos, besos infantiles e historias cotidianas que tanto echábamos de menos. De algún modo, volvíamos a casa.

Yo quería saber de Mairéad, así que la llamé. ¿Mairéad?, pregunté. La cobertura era horrible. ¿Nenita?, ¿estás ahí?

## Mairéad

Soy incasable, activista política y feminista. Tengo una casa, un trabajo como profesora de Filosofía en la Universidad de Valencia que me encanta y un niño adorable que es feliz con su rutina. Ni siquiera sé todavía por qué le dije que sí a Brian, por qué he decidido romper con el castillo hermético y apacible que tanto me ha costado levantar y tampoco por qué voy a arrastrar a mi hijo en esta aventura. Pero está claro que, en estos momentos, mi *highlander* lo es todo. Es la historia de amor más bonita que he vivido hasta el momento y es hora de arrancarme este arrepentimiento por lo vivido, de no lamentarme más por lo que pudo haber sido pero que no puedo modificar. Y, sobre todo, de perdonarme a mí misma y dejar en el pasado los recuerdos dolorosos.

Si quiero declinar sentirme mal, tengo que correr el riesgo y atreverme a dar el paso. El cansancio de todo es temporal, pienso. La satisfacción puede que sea para siempre. Tréasa siempre ha insistido mucho en la necesidad de liberarme del pasado y de vivir el presente; de apostar por el corazón, pero con cabeza; de confiar en mí misma, de valorarme y de demostrarme que habrá ocasiones en las que no perderé nada; de no darle tantas vueltas a las cosas porque es un ejercicio agotador, aunque bien es cierto que es inherente a mí y a mi profesión. «Los errores no nos definen», me convengo. La manera de hacerles frente tal vez sí, aunque, en cualquier caso, son lecciones que recibimos para ser las personas que somos hoy. La pena es innecesaria; la alegría fundamental. Y el amor, el motor que mueve el mundo.

Por otro lado, lo mejor de toda esta intrínseca historia es que, Jamie, que ya ha conseguido estar federado en Irlanda dentro de la disciplina deportiva del fútbol gaélico, está encantado con la idea de cambiar de país porque «voy a jugar a todas horas, mamá» y «voy a hablar inglés con más acento aún, *aye* (sí)».

Creo que, sin darme cuenta, decir que sí fue como saltar al vacío con ese punto de inconsciencia que requiere, por ejemplo, ser madre. Me asusté y me sigo asustando por la brevedad del noviazgo y por todo lo que implica el matrimonio, pero creo que ese día marcó un punto de inflexión en mi deambular por el mundo porque, en verdad, todo lo que tenemos es el momento actual, al que nos devuelven los sentidos una y otra vez. Y ya es hora de comprometer mis

pensamientos y de comprometerme con quien se ha esforzado considerablemente y mucho por conquistarme y procurar mi felicidad y la de Jamie desde el primer minuto. Además, pese a mis escauceos amorosos motivados por un desequilibrio emocional, yo sí que creo en el amor para toda la vida. Mis padres son mi ejemplo.

En estas meditaciones existenciales estoy yo mientras miro embelesada, por la ventanilla del avión EasyJet que me está llevando desde Alicante a Glasgow, las nubes que atraviesa el aparato –cual metáfora de los miedos que estoy encarando—y escucho, de fondo, a The Dubliners entonando la mítica *Molly Malone*. La banda sonora de mis pensamientos y de mi existencia. Adoro Irlanda. Así, en general. Desde las primeras impresiones que tuve de pequeña hasta las posteriores que he descubierto después. Los sempiternos paisajes o acuarelas vivientes que dibujan vistas con atardeceres rosáceos, las playas vírgenes, los acantilados, County Tyrone... Y cómo no, los avatares de su Historia, que merecen un párrafo propio. O dos. O tres.

La Historia de Irlanda y, en especial, la de Irlanda del Norte, en mayúsculas y subrayada con rotulador fosforito, me tiene totalmente hipnotizada. Tal vez porque, en casa, mi padre, Conor, y mi abuelo Arthur, oriundo de Belfast, la capital y la pintoresca ciudad conocida por diseñar, construir y botar el Titanic, siempre han insistido en que conociéramos los seis condados que la conforman, así como la unión entre política y religión que tantos disturbios ha acarreado a lo largo de los años. Digamos que los católicos son los nacionalistas partidarios de la República de Irlanda, mientras que la mayoría de los protestantes –a mi juicio, *sassenachs*, en terminología anacrónica—prefieren seguir formando parte del Reino Unido.

Tras la partición de la isla en 1921 y la separación de la República de Irlanda, la provincia británica de Irlanda del Norte ha sufrido y padecido angustiosos años de violencia. A raíz de esto, surgieron diferentes grupos paramilitares, que adoptaron la nomenclatura de Ejército Republicano Irlandés (IRA). En verdad, todos ellos siempre han abogado por la independencia y por la creación de un Estado propio, ajeno al yugo inglés. De entre estos grupos, me fascina especialmente el IRA Provisional (PIRA), que se fundó en 1969 y que lideró campañas militares muy significativas en los años 70, 80 y 90.

Sí, la pacifista Mairéad siente simpatía por la causa. Es espeluznante y abominable encontrar placas en la pared que recuerdan a niños de cuatro años que murieron, de un disparo a bocajarro, por un inglés que se encontraba a tres metros de distancia. Por un inglés que sabía que estaba quitándole la vida a un niño. ¡A un niño! Nunca jamás ampararé la violencia, pero, pese a las formas, entiendo el dolor de mi gente. La que se alzó, como se alzaron los clanes escoceses, para defender su territorio. Ése convencimiento me acompaña allá donde voy.

Sin embargo, no soy ninguna terrorista, aunque, en 2013 y gracias a Leith, el novio que tuve tras romper definitivamente con Marc, el padre de mi hijo, estuve a

punto de entrar en la cárcel por infiltrarme en el PIRA y planear una contraofensiva política que acabó en reyerta callejera. Que quede bien claro. Respaldo a mis camaradas, que es como me gusta llamarlos, y comprendo el dolor, pero no las maneras que tienen de guerrillear. Lo dejé, junto con Leith y todos sus recuerdos, hace ya tiempo. No obstante, no veo la manera de cortar del todo. Todavía siento que debo pasar a la acción y, desde la clandestinidad, aún conservo amistades dentro de la agrupación y ayudo en cuestiones que mejor no mencionar.

En estos momentos, el avión ya ha aterrizado y yo voy a tomar un tren para llegar a Stirling. Esta vez, visito la ciudad y la Universidad por un motivo muy diferente al de mis años estudiantiles en casa de mis abuelos. Lo voy a hacer por mí, pero lo voy a hacer, sobre todo por Brian. En este marzo dulce y lluvioso, la facultad ofrece un seminario «extracurricular», dada la festividad de Semana Santa, sobre los filósofos más afamados de la Ilustración escocesa: un período apasionante por la eclosión que supuso para la cultura local y que incluye figuras como Francis Hutcheson, David Hume o Adam Ferguson, por el que siento un interés inmenso, ya que defendió los clanes de Escocia como pocos.

Con toda esta historia del casamiento, de mi nuevo apellido y de mi nueva vida en Escocia, quiero aprender más de la cultura con la que voy a enraizar. Pese a ser una ceremonia religiosa, he decidido sorprender a Brian y así se lo he comunicado a la obsesiva de Tréasa que, dicho sea de paso, exige amablemente – antítesis curiosa – tenerlo todo atado con antelación. Quiero decirle alto y claro a mi futuro marido y al mundo entero cuánto lo amo. Y toda información que pueda recabar es poca.

La Universidad me trae recuerdos imperecederos. Cuántas veces he recorrido sus pasillos, cuántas veces me he sentado a estudiar recostada en un árbol al lado del lago, cuántas veces me he detenido a observar el tartán que comunica con cada ala de habitaciones, cuántas conversaciones a media voz han albergado sus muros y sus exteriores tan imponentes y mayestáticos, cuántas disertaciones, broncas, abrazos y besos que ha atestiguado en sus aposentos *celda* – porque, en mi época, cuando entrabas en uno de ellos, te quedaba muy claro que ahí ibas a estudiar y poco más—. Aunque, ya veis, hasta la decoración tiene su escapatoria. *Room to work, room to play, room to breathe* (*Habitación para trabajar, habitación para jugar, habitación para respirar*), reza ahora el eslogan del vídeo promocional. Ahora bien, lo mejor de todo, es que, pese a los años y a las efemérides, las reformas internas y demás, la Facultad sigue igual. Intacta. Inmortal. Eterna.

El seminario, organizado de lunes a viernes y en horario matinal, va a incluir charlas y talleres de reflexión individual y colectiva. Aunque voy a visitar todo el tiempo que pueda a mis abuelos, he decidido alojarme en la propia Universidad de Stirling para darle más significado a la experiencia de instrucción y

cambio de chip total. Porque es tiempo de abrir el corazón a Escocia. Porque en mi corazón hay espacio suficiente para adorar dos países: Irlanda y Escocia. De hecho, no existe fervor auténtico sin admiración y respeto a los lugares que conforman a una persona.

Por otro lado, cabe apuntar que no me siento muy española. No estoy orgullosa del único país europeo que posee un mausoleo dedicado a un dictador y que permite el peregrinaje masivo a este lugar de gente con pensamientos tan autoritarios como aquél. No, España no es libre ni tiene libertad de expresión. Las redadas por tuits izquierdistas corroboran mi convicción. Definitivamente, no me define.

He llegado pronto, así que he dejado las cosas en mi habitación, sorprendentemente novedosa desde la última vez, y he corrido rauda y veloz a recibir a Evie, mi amiga filósofa irlandesa, que ha venido desde Dublín para acompañarme en estos días de sosiego y aprendizaje.

—Evie, ¡qué alegría verte!, grito mientras me apresuro hacia la entrada de la universidad, donde se encuentra con todo el equipaje.

—Mairéad, ¡qué ilusión! ¡No sabías las ganas que tenía de venir y de verte y de todo!, ¡me ha costado horrores organizarme, pero ya está! Vamos a aprender y mucho y vamos a pasárnoslo en grande, *all right?* (¿de acuerdo?), ¡Como en los viejos tiempos!, indica ladeando la cabeza y su preciosa melena rubia mientras me agarra fuerte de las manos.

—Venga, vamos a la habitación. Yo te ayudo con el Ipad y el bolso. ¡Que falta un cuarto de hora para empezar!, vocifero, entre risas, mientras caminamos aceleradas.

—¿Alguna vez he llegado puntual a una clase?, apunta irónica Evie esquivando el personal que nos quebranta la entrada a nuestra habitación.

—¡Pero mira que te echaba de menos, *little Leprechaun* (pequeña Leprechaun)!<sup>4</sup>, dice Mairéad mientras la estruja y la apretuja.

—¡Y yo a ti, pequeña! Correeee, grita aterciopeladamente y sonrío al tiempo que insiste en que voy a tener que ser más rápida en todo si no quiero perderme mi boda.

Tras descargar las maletas, nos ponemos al día y nos contamos anécdotas del viaje, de nuestras vidas cotidianas y de mi futura boda con Brian, en microsegundos que concentran la esencia de nuestros mensajes. Después, corremos raudas y veloces a la primera sesión. Es hora de hablar del irlandés Hutcheson y de su sistema moral, «tan contrapuesto al de Hume», como matiza Evie. Escucho atenta, tomo notas y, sin darme cuenta, termino musitando con mi amiga irlandesa, sentada a mi izquierda, y con el compañero que tengo a la derecha sobre

---

<sup>4</sup> Duende que pertenece al folclore y a la mitología irlandesa.

todo lo que escucho. El tipo en cuestión se llama Niall y es realmente atractivo, pienso mientras expone su punto de vista.

En la hora del descanso, decidimos salir y tomar un té calentito en la cafetería y, mientras Evie repasa cada rincón con la mirada y evoca historias para no dormir de los años que estudiamos juntas allí, yo empiezo a anotar en mi *Libreta Filosófica de Grandes Ideas* las cuestiones que me han parecido más interesantes. Pronto regresamos al aula y sigo, con una suerte de embrujo y captación, las opiniones que han empezado a articular los asistentes al seminario, en unas horas que pasan volando y dan por concluido el primer día.

A la salida, ya nos vamos conociendo todos un poco más, como resultado de las interacciones orales expuestas. De este modo, Evie, yo y nuestros recién estrenados «amigos»: Niall, Jack, Emma, Callum, Chloe y Sophie, decidimos pasar la tarde por el campus, antes de una cena conjunta en el centro educativo donde resulta que todos nos hospedamos.

Y, así, sin más, veo venir la locura de cerca. Vuelvo a revivir los 20 años y empiezo a dejarme llevar. No quiero pensar tanto. ¡Qué contradicción!

## Stirling

El martes y el miércoles fueron días muy entretenidos en cuanto a contenidos se refiere y en cuanto a paseos con mi abuelo Arthur y su bastón y a fiesta colectiva a la escocesa. No había juerga a la que no nos apuntáramos ni cerveza que se nos resistiera. Pero, toda luna, por bella que sea, tiene dos caras. Y la cara no vista, en este caso, tenía nombre de varón.

Hoy es jueves y, tras regresar a la *celda* después de una noche bizarra y después de anotar, conforme he podido, los aspectos más interesantes sobre Ferguson, empiezo a notar la resaca de tres noches sin dormir y algo más. Estoy en ese estado confuso propio de quien ha sido sacudido a través de los velos del sueño para volver a la realidad de un bofetón. Y comienzo a inquietarme conmigo misma por lo ocurrido anoche. Quiero pensar que sólo siento simpatía por la mochila repleta de aventuras que trae a costas el norirlandés. Para ello, intento concentrarme en todo lo aprendido, que no es poco, y en mis santuarios: Jamie y Brian, a los que tanto echo de menos. Y ruego que Brian me perdone cuando reúna el valor de contarle lo ocurrido. Evie duerme a mi lado como un lirón e intuyo que disfrutó de una noche loca porque hasta babea en sueños, con la minifalda puesta y la laca del pelo perfumando la almohada.

Lo he tenido al lado toda la semana, con su cuerpo perfecto, su aire contemplativo y su reserva. Rozándome cuando escribía, cuando me miraba, cuando insinuaba que le gustaba. «No, esto no me puede estar pasando a tres meses de mi boda con el hombre más maravilloso del planeta», me he estado diciendo a mí misma. «No, mi corazón no merece tropezar con otra piedra que trate de desestabilizar mi vida», he continuado en plan mantra. Y, en cambio, ahí he estado yo. Entrando y participando de un juego peligroso que no quería, pero que no pude detener porque Niall no dejaba de sorprenderme con sus opiniones y la lucha activista que, como buen norirlandés, lleva combatida, en la sombra y en el frente, en sus 48 años de vida. Incluso llegó a pasar por mi mente la idea medieval irlandesa de que la monogamia no es ninguna virtud. «¿Pero qué clase de espécimen soy?», me reprendo.

Claro, todo tiene su explicación. Ayer por la tarde noche, entre birras, whiskeys y gaitas de fondo, empecé a jugar con el fuego y me quemé. Niall me

contó la experiencia traumática que vivió con tan sólo cuatro años. El domingo 30 de enero de 1972 asistió, junto con sus padres y otros 15.000 ciudadanos, a la manifestación convocada por la Asociación por los derechos civiles de Irlanda del Norte (NICRA) para defender estos derechos y para manifestar su oposición al procedimiento de encarcelamiento sin juicio previo a los sospechosos de pertenecer a la banda terrorista IRA, que, hasta la fecha, había detenido a centenares de personas.

El conflicto que arrastraba Irlanda del Norte, también conocido como *The Troubles*, estaba enfrentando a los unionistas de Irlanda del Norte (protestantes y partidarios de seguir perteneciendo al Reino Unido) contra los republicanos independentistas (en su mayoría católicos a favor de una República de Irlanda).

La manifestación se preveía pacífica, pese a que los británicos prohibieron a los manifestantes salir fuera de los barrios católicos que, por cierto, habían sido cercados por barricadas. Pero hubo quienes no pudieron reprimir la rabia contenida y atacaron con lo que tenían a mano a quienes se hallaban detrás de esos parapetos. A los británicos. La respuesta fue brutal.

En un abrir y cerrar de ojos, aquella concentración se convirtió en una carnicería donde los sajonos cargaron con disparos contra la multitud, por tierra y por aire, dejando 14 hombres, pacifistas y desarmados, muertos. Entre ellos, el padre de Niall. Primero herido y, luego, rematado por disparos a corta distancia mientras yacía en el suelo con la mirada fija en su esposa y su hijo, que contemplaron horrorizados lo ocurrido desde la protección que encontraron debajo de un camión. El Domingo Sangriento lo llamaron. *Bloody Sunday*, como siempre recordará la banda U2 con su mítica canción. Un ataque que, tras la investigación encargada en 1998 por el entonces primer ministro británico, Tony Blair, dio como resultado el *Informe Saville*; un documento que venía a constatar una acción «injustificada e injustificable» por parte del ejército británico sobre civiles desarmados.

Y así creció Niall, con la tragedia y el dolor impreso a fuego en su piel. Y, por ello, en 1993, a sus 25 años, se alistó en el PIRA, la más importante de las facciones terroristas republicanas, en un intento de alcanzar justicia para su padre y de combatir en la defensa de la *liberación nacional*. Esta organización, dicho sea de paso, intensificó su lucha en los 80 y principios de los 90 y es en la que me infiltró Leith y a la que, de alguna manera, seguía unida. No es que no entendiera el dolor de Niall, pero yo quedé absolutamente aturdida, pues, en sus 30 años de conflicto, el PIRA, por la que ya he manifestado mi fascinación —entiéndase como quiera—, dio muerte a más de mil británicos que pertenecían a las fuerzas de seguridad, así como a cientos de civiles. Yo tenía amigos dentro de esta agrupación con historias tremendas también.

Niall lo tenía muy claro. Los británicos no merecían ningún tipo de

misericordia. Estudió Filosofía para comprender mejor una sociedad que le resultaba inicua y, cuando hubo concluido los estudios, decidió pasar a la acción. Y, así sin más, hizo estallar un coche bomba junto a un cuartel militar. No hubo heridos. Ahora bien, fue apresado y encarcelado durante cinco calendarios. Salió en 1998, año en el que se firmó en Belfast, un 10 de abril, el Acuerdo de Viernes Santo, según el cual, los gobiernos británico e irlandés y los partidos políticos en Irlanda del Norte habían llegado a un acuerdo para poner fin al conflicto; concierto que fue refrendado por el pueblo de Irlanda del Norte y la República de Irlanda mediante un referéndum.

Al término de su historia, aderezada a estas alturas con grandes dosis de whiskey y whisky en sangre y yo que sé qué otras bebidas a las que no estaba acostumbrada, no sólo lloré como una niña sino que me levanté, de manera inconsciente, me acerqué a él, lo acaricié y lo besé en los labios durante unos largos segundos o minutos. Fue un beso de ternura, de comprensión, de «yo estoy contigo», de «ya pasó», de «lo conseguiste», de «ya no te tortures más», de «te voy a ayudar».

Sin embargo, tras el beso, vino todo lo demás. Todo lo que suele proseguir cuando las hormonas nublan el juicio y te conviertes en la hedonista que eres para satisfacer tu instinto animal. Las caricias se multiplicaron a velocidad supersónica y el local empezó a incomodar. Y no sé cómo –porque, a decir verdad, perdí la noción del tiempo–, acabé en una cama y desperté esta mañana en una habitación, que debía de ser la de Niall, a juzgar por la decoración belicosa de la estancia y los tres libros de la estantería. Y estaba desnuda, en medio de sábanas enredadas, olor a alcohol del fuerte y ropa interior desperdigada por el suelo, como recuerdo manifiesto de una noche de la que no recuerdo nada posterior al beso y a la salida del bar, pero que intuyo que habrá sido de sexo descomedido; una pesadilla que nunca debió ocurrir.

He saltado de la cama, como lo haría cualquier animal asustado, he recogido mi ropa y, con celeridad, he corrido hacia mi habitación en busca del baño, donde tras darme una ducha rápida frotándome la piel en un intento de arrancarme el olor y la imprenta carnal ajena, he salido, me he mirado al espejo y he visto que en mi cara quedaban restos de maquillaje, máscara de pestañas removida y pintalabios restregado. He sentido un incalculable sufrimiento interno que me cortaba las ganas de respirar. Y, entonces, he llorado, a modo de liberación, como una niña indefensa mientras me ponía la ropa interior y me vestía. Por rabia, por inmadurez propia de mí, por no haber sabido manejar las circunstancias evitando la tentación y por mil cosas más. Esta vez me he fustigado a lo grande, como diría Tréasa. Y he pensado que lo tenía bien merecido mientras cubría a Evie con el edredón y salía disparada del habitáculo para asistir a la conferencia sobre Ferguson y calmar un poco mi mente con el subterfugio que me brinda la Filosofía.

La he cagado, he pensado mientras esperaba desconsolada y en *shock* la llegada de los conferenciantes y me escondía en la última fila. Y, esta vez, la he cagado pero bien.

El beso a Niall fue, como he dicho, de comprensión, pero lo que perpetué después... esa cópula en plan salvaje, a juzgar por el aspecto de la estancia, ha sido una traición brutal a Brian, que denota, por mi parte, una inenarrable falta de madurez, una ruptura de confianza y un disgusto descomunal del que no sé cómo me voy a reponer. Y tan adolescente descerebrada me he sentido, que hoy he sido incapaz de darle los buenos días a mi amor, como cada mañana, y he evitado responder a su llamada por falta de agallas para confesarle lo ocurrido. Sé que no me lo va a perdonar. Porque estamos a tres meses de nuestra boda. Porque ha cancelado una gira prometedora por los Estados Unidos por mí. Porque le he defraudado como novia y como persona.

No quiero a Niall. Eso está clarísimo. No sé por qué lo hice. Quizás, porque ambos vivimos la política al límite, dándolo todo, actuando desde el atalaya de nuestra soledad o desde la fuerza de la masa de cada manifestación. Somos pura energía y este vínculo no entiende de razones, sino de acciones. De pulsiones. No se trata sólo de lo evidente, del hombre tallado a base de golpes, sino del cerebro que hay detrás y que quiere reclutarme tal y como ya me ha avanzado. No entiendo nada.

Mañana viernes me marchó. Es ya una necesidad deshacerme de este dislate contrasentido, que me convenzo de que sólo es eso, así que decido concentrarme seriamente en el filósofo por el que decidí venir a este seminario y en todo lo que puedo aprender de los grandes historiadores que han preparado la ponencia de esta mañana, sabiendo que Niall no va a aparecer dado el estado en que se hallaba tumbado sobre el ajado somier. Hasta llego a olvidarme de todo y a adentrarme en el quehacer cotidiano de una familia al uso del siglo XVIII. Escocia, como Irlanda, esconden un sinfín de secretos y comparten una misma y dolorosa Historia: el abuso de los ingleses, cada una a su manera.

Acabada la exposición-debate, apostada junto al vado que se halla cerca de la Universidad, me pongo a reflexionar, tras derramar llantos a intervalos, mientras contemplo el espectáculo visual que me ofrecen las vistas primaverales, el atardecer y el lago Airthrey, que hacen de este campus uno de los más atractivos y pintorescos de todo el Reino Unido.

Decir que no tengo nada en contra de los británicos sería la peor blasfemia que podría declamar. A estas alturas del seminario, que ya ha concluido para mí, tengo muy claro el daño que han infundido en ambas culturas. El mismo que he procurado yo a Brian mientras anhelo su indulgencia.

No obstante, para Irlanda y Escocia, la lucha sigue en pie. Al menos, ahora, de manera civilizada. Y yo ruego a Dios o a ese alguien que maneja los hilos del

destino que Brian perdona este estúpido desliz y que, más pronto que tarde, Irlanda y Escocia sean independientes. Ellas se lo merecen. Yo no sé si tanto.

Adiós boda. Adiós Brian. Adiós vida idílica, lloro desconsolada. Los finales felices sólo existen en la literatura y en el cine, suspiro, al tiempo que me acuerdo del soneto que los hermanos Bartolomé y Lupercio Argensola, escribieron en el Siglo de Oro español y que, pese a llamarse *A una mujer que se afeitaba y estaba hermosa*, dice en la última estrofa:

«Porque ese cielo azul que todos vemos,  
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande  
que no sea verdad tanta belleza!».

Después, vuelvo a la habitación, recojo mis cosas y despierto a Evie para contarle lo ocurrido. Con un peinado propio de los trolls, película infantil que nos regalará pronto la factoría DreamWorks, y una cara aturdida me escucha y afirma cariacontecida.

—*Oh my God* (¡Oh, Dios mío!), Mairéad! ¿Qué has hecho?, ¿que ya no tenemos 20 años, pequeña!, ¿que la vida va en serio!

—Evie, si no vas a sumar, por favor, no restes, indico frotándome la frente mientras lagrimones como velas caen por mis mejillas.

—No, Mairéad, no te pongas así, por favor. Todo, absolutamente todo en esta vida tiene solución, sentencia. Y claro que quiero ayudarte y sumar, pero no sé cómo. ¡El problema es que no sé cómo!, grita exasperada. Yo no soy de ataduras y, desde mi punto de vista, es bastante normal. Sin embargo, para ti, ahora, significa un mundo y ahí sí que no sé cómo aconsejarte.

—Evie, seamos realistas. ¡Esto es una auténtica aberración!, ¡me doy asco a mí misma!, apunto mientras me limpio los mocos acuosos y recojo mis cosas. Siento dejarte aquí y despedirme así de esta manera, pero supongo que entiendes que necesito marcharme.

—Sí, pero ven y dame un abrazo de los nuestros. Quédate con lo positivo, anda. Hemos pasado una semana estupenda, pese al desenlace fatídico.

El silencio se adueña de la habitación mientras mis suspiros y llantos se arremangan para mostrarse en su magnificencia.

—Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿de acuerdo?, susurra Evie mientras me besa el cabello y me aprieta bien fuerte, no con la intención de rodearme con sus brazos. Más bien con el objetivo de acercar su corazón al mío.

—Siempre lo he hecho y siempre lo haré, le respondo conforme puedo. Gracias por venir y por estar aquí ahora en estos momentos, me sincero al tiempo que me limpio los ojos con los puños de mi camiseta de manga larga.

Evie se queda sin palabras. De piedra. Yo, por mi parte, me despido entre

un mar de tristeza. Y, así, recojo mi maleta y me marcho directa a por un taxi que me lleve a casa de mis abuelos. Necesito sus abrazos antes de marcharme al aeropuerto.

## Semana Santa

El Jueves y el Viernes Santo los pasamos todos juntos. Eran días familiares y todos exhibíamos una alegría inenarrable por reencontrarnos y por recuperar aires norteros, aunque también es cierto que Lucy, Elsbeth, Aiden y Liam parecían hechizados cada uno a su manera. Mi pequeña y Elsbeth estaban encantadas de ser el centro de atención y objeto de mimos de tantas personas. Del mismo modo, Aiden y Liam, estaban en una nube porque aprovecharon esta escapada para visitar viejos amigos y para beberse todas las cervezas y todo el whisky escocés que pasaba por delante de sus narices, en sus escapes habituales al universo de sus destilerías.

Entre tanta algazara y Síndrome de Peter Pan o «Síndrome Escocés», según mi vocabulario, –a estas alturas, era lo mismo–, Loreena y yo optamos por ser las más racionales y aprovechar la estancia para charlar con nuestro abuelo, militante del *Scottish National Party* (SNP) o Partido Nacional de Escocia, sobre la situación actual del movimiento en pro de la independencia que defendía su partido, así como para imbuirnos de todas las tradiciones en torno a una boda escocesa que mi abuela, mi tía y mi prima Anna, conocían y que resultaron ser de lo más variopintas. Los padres de Anna, Dave y Megan que, curiosamente, habían encontrado unos días para estar con su hija y su familia, también se unieron a la charla.

Así, en cuanto al enlace, había cosas que estaban claras. En Escocia el protestantismo es la religión mayoritaria y más practicada, pero existe una comunidad católica significativa a la que siempre han pertenecido nuestras familias, incluida la de Brian. Y católica iba a ser la boda, porque así lo dispuso Mairéad al escribir «Yes» en la pared de la Iglesia de San Juan Duns Scotto. «¡Se siente!», ironizamos Loreena y yo con caras de cuadro cuando la nada practicante pero sí espiritual Mairéad se percató de este pequeño gran detalle.

Además, para Emma y James, los padres de Brian, último bufido de un gran linaje de músicos y productores, iba a ser todo un acontecimiento a celebrar. En realidad, nunca pensaron que el rebelde de su hijo pudiese amar a una mujer tanto como lo hacía este castaño con múltiples reflejos rojizos, de ojos color miel, que tan de calle llevaba a sus fans con su fornido cuerpo, sus estilismos rockeros y sus

gorros de lana.

Ahora bien, había otras que nos dejaron atónitas. Mis abuelos y mis tíos nos contaron que, las bodas escocesas, suponen una mezcla de tradición y ritos antiquísimos con otros más modernos y frescos, sin descuidar el galanteo y el camelo que permanecen intactos pese a los años. El primero se lleva a cabo durante la preparación de la boda y es conocido como *Creeling the bridegroom*. Consiste en que el novio cargue a su espalda una gran cesta de piedras pesadas y cruce el pueblo de un extremo a otro hasta que su chica salga de su casa para darle un beso. Este rito quedaba descartado porque a Mairéad y a Brian no los veíamos actuando de esta guisa.

El segundo que nos contaron era el de la despedida de soltera que ya conocíamos y que estaba diferenciada por sexos. En el caso de Mairéad, todas las amigas nos reuniríamos en casa de su madre para que ella, ataviada con un velo improvisado con cualquier tela, abriera los regalos con los que la íbamos a obsequiar y su progenitora nos sirviera té y dulces. O más bien los *muffins* preferidos de Mairéad. Puesto que los padres de Mairéad, Conor y Blanca, no tenían casa propia en Edimburgo, la fiesta sería en casa de sus abuelos en Stirling; una ocasión estupenda para visitar su castillo y la torre-monumento a William Wallace, el soldado legendario que luchó contra el Rey Eduardo I de Inglaterra en la Guerra de la Independencia de Escocia.

En el caso de Brian, la fiesta era mucho más gamberra y no tenía nada de extravagante por ser una costumbre manida para nosotras. Los amigos se lo iban a llevar de fiesta nocturna por Glasgow para beber cerveza y whisky hasta dejarlo borracho perdido frente a su casa, parcial o totalmente desnudo e, incluso, posiblemente atado con esposas a una farola. Bueno, ni qué decir que Brian ya nos había dicho que su despedida iba a ser así de apoteósica y descomunal.

Por otro lado, el día de la boda, la novia tenía que tener su séquito de damas de honor, o sea, Cara, Caitlin, Anna, Loreena, sus amigas Edwin y Evie y yo para confundir a los malos espíritus y proteger a la novia. Sobra decir que Loreena ya tenía pensados los siete vestidos para que vistiéramos acorde con la novia y que, según ella, iban a causar sensación y, quizás, iban a establecer un antes y un después en cuanto al vestuario nupcial escocés del momento.

Del traje del novio también se iba a encargar mi hermana, así como de dar instrucciones a los invitados varones. Todos vestirían el tradicional *Highland kilt*, símbolo de orgullo e identidad nacional y de los guerreros y rebeldes escoceses en cuyas venas corría sangre celta. La diferencia iba a estribar en los colores, pues la importancia del *kilt* radica en el color y el dibujo de los cuadros del tartán que sirven para identificar cada clan familiar. Y, por supuesto, todos los tartán existentes –los hay genéricos también– están registrados en la *Scottish Tartans Authority*, el organismo oficial que regula su uso.

Además, apuntó Dave, el padre de nuestra prima Anna, lo auténtico es no usar ropa interior debajo del mismo. «Se trata de una práctica de origen militar para vestir según el reglamento», afirmó varonil. A nosotras, que ya sabíamos algo de esto, nos pareció divertidísima, pero Loreena declinó inmiscuirse en estos asuntos tan personales y optó por dejar que cada invitado decidiera incluir o no, en su indumentaria, ropa interior por razones de higiene y de temperatura. Iba a ser todo un misterio descubrir si los hombres optarían por usar calzones en un acontecimiento formal, como era la boda, donde lucirían este traje de gala a la espera de ningún incidente.

Para completar el atuendo, el kilt combinaba otros accesorios. En las piernas, los hombres llevarían unas medias de lana dobladas debajo de la rodilla y adornadas con ligas. En la parte superior de las medias era típico esconder un pequeño puñal conocido como *sgian dubh* que, sobra decir que, hoy en día, no estaba afilado. Era más bien un objeto decorativo. Los zapatos debían ser de cuero calado o *ghillie brogues* y los cordones tenían que anudarse por encima de los tobillos. Y, por último, en la cintura llevarían un *sporran* o pequeña bolsa de piel que cuelga de una cadena o correa. La parte superior era la más sencilla: camisa blanca, con corbata o pajarita, y chaqueta de traje. Loreena ya había hablado esto con Brian y éste confiaba plenamente en su criterio.

Por cierto, pese a que se mudó en 2002 a Glasgow para lanzar internacionalmente su carrera musical junto a su banda The Shout, Brian nació y vivió durante 25 años entre Fort William y Glenfinnan, una aldea perdida en el área Lochaber de las *Highlands*, con un encanto y unos espacios naturales increíbles, donde sus hospitalarios padres regentaban un hotel de lujo, que hacía las veces de estudio musical. De aquellas paredes en un ático acristalado que ofrecía unas vistas inmejorables, de aquellas guitarras y de aquellos pianos y baterías surgieron grandes temas de conocidos cantantes escoceses y americanos, incluidos muchos del novio y de su grupo The Shout.

En cualquier caso, Brian, como evidenciaba su apellido, pertenecía al Clan MacLeod –o *MacLeòid*, en gaélico escocés–, cuyo lema era «*Hold fast*» o «*Agárrate fuerte*». Nada mejor para Mairéad que entrar a formar parte de tal estirpe.

Glenfinnan era conocida, históricamente, como punto originario desde donde tuvo lugar el levantamiento jacobita cuando el Príncipe Carlos Eduardo Estuardo, o *Bonnie Prince Charlie*, izó su estandarte a orillas del lago Shiel y de la playa cercana.

Mi abuela Mary Margaret no podía estar más contenta con la unión, pues su *medionieta* iba a casarse con un descendiente de los aguerridos jacobitas que lucharon y fallaron en el intento, por situar a un rey católico en el trono británico, pero también por la independencia y la defensa de sus costumbres, en la batalla de Culloden de 1746; evento que se conmemoraba cada 16 de abril. De aquella derrota

catastrófica, ya ningún escocés se recuperó. Y sólo quedaba la memoria viva, la que ningún afín a la causa quería olvidar, para rendirles el homenaje que merecían.

Fort William y Glenfinnan se hallaban a 21 kilómetros de distancia, por lo que su vida también había sido un ir y venir constante entre ambos puntos de la geografía escocesa. Cabe resaltar que Glenfinnan es una villa conocidísima por el viaducto que se alza por encima del valle y que aparece en las películas de Harry Potter, cuando el *Expreso de Hogwarts* se dirige a la academia de magia en un tren de vapor jacobita que atraviesa las montañas tirado por una locomotora. Nadie debería perderse este espectáculo visual que sigue funcionando hoy en día y que conserva el encanto y la belleza de antaño, aunque sólo realice un trayecto al día.

La tía Megan nos contó que el lago Shiel ocupa la gran mayoría del territorio, donde, además, se encuentra un monumento de 20 metros de altura que, con una torre y la estatua de un *highlander* anónimo, conmemora a los que lucharon con *Bonnie Prince Charlie* en el fracasado levantamiento jacobita contra los partidarios de la Casa de Hanóver, para restaurar la Casa de Estuardo en el trono británico. Pero, lo más reseñable, nos dijo, es que es un lugar precioso donde escapar de la contaminación acústica urbana. «Allí reina la tranquilidad y el sosiego, sólo alterados por el sonido de la naturaleza salvaje y los soplidos del viento», pronunció melancólica.

Para Loreena, la historia de Brian y de sus localidades natales no eran tan importantes. Ella estaba entusiasmada con el tartán del clan, pues combinaba el azul y el verde oscuros con líneas rojas y amarillas; un contraste elegante que otorgaba un aire contemplativo y con reservas a quienes lucían este paño de lana en su *kilt*. Y ella estaba segura de que iban a dar mucho que hablar tanto los diseños para los varones, como los propios de las mujeres que lo solicitaran y, sobre todo, el de Mairéad. En Escocia y en Valencia, donde planeaba decorar uno de sus escaparates con los citados atuendos tras la boda.

Mientras el coro del atardecer resonaba en el jardín de la casa de mis abuelos y tomábamos un rico té y unas galletas estilo *Walkers* hechas a base de mantequilla, mi abuela insistió en otros aspectos, pues debíamos tener en cuenta los rituales propios y de simbología marcada para el momento de la ceremonia, pero eso era algo que hablaría con el cura en mi visita a Glasgow. También debía solicitarle a Brian que algún conocido gaitero participara en el enlace. Lo típico era que un gaitero acompañase al recién estrenado matrimonio hasta la salida del templo por el pasillo central, mientras recibían la enhorabuena de los presentes. «Seguro que James, el padre de Brian, estaría encantado de hacerlo», pensé.

Por otro lado, tenía que sentarme a hablar con Jamie, que ataviado con el *kilt*, les entregaría a la salida de la iglesia una herradura como deseo de buena suerte. Era tan bueno y estaba tan contento con la boda que quería participar en todo para que su mamá y su *daddy* (papi), «cantante y molón», fueran tan felices

como él.

Y cómo no, todos los asistentes debíamos aprender a bailar el *Auld Lang Syne*, una canción basada en el poema del siglo XVIII del poeta escocés más popular, Robert Burns, y que a mí me hace saltar las lágrimas cada vez que la escucho. Porque es algo más que una canción. Porque es patrimonio de todos los escoceses y porque, en las bodas, supone *el último baile*.

Dejando a un lado esta multitud de detalles, fue nuestra prima Anna la que dio el toque de juerga al evento prenupcial. La despedida de soltera nocturna iba a ser cosa de ella, ya que vivía allí, en Edimburgo, con su marido Craig y su bebé Laura, de tan sólo cinco meses.

Anna y Craig trabajaban como profesores de español y de Matemáticas, respectivamente, en George Heriot's School, una de las escuelas privadas más prestigiosas de la ciudad, ubicada en un precioso castillo que inspiró, de nuevo, a la escritora J.K Rowling para cimentar su archifamosa escuela de magia, Hogwarts, en la saga de Harry Potter; la misma que poseía un famoso recorrido que Lucy y Elsbeth visitaron con los abuelos y los tíos durante estos días de Semana Santa.

Anna nos recordó su despedida de soltera, así que íbamos a repetir y a participar de un juego de lo más audaz. Básicamente, consistía en que la novia –acompañada de sus amigas– tenía que ir de bar en bar, con una urna que hacía la función de hucha, y tenía que aceptar todos los tragos de los hombres que se encontraban en el lugar a cambio de un beso y algo de dinero.

—¡Ay, Dios mío, la que va a liar la pelirroja!, atiné a decir yo entre risas y estupefacción por lo que mi mente, que solía ir más rápida que la vida, estaba imaginando.

—¿No estaréis pensando en ofrecer a Mairéad a los hombres en su despedida de soltera cual muñeca de trapo?, respingó Loreena.

—No, nosotras, no. ¡Es la tradición!, espetó la risueña Anna. Y que yo sepa, a mí nadie me ofreció, contestó autoritaria. Más bien, ¡fui yo la que elegí!, aseveró riendo al recordar la locura de despedida que vivimos años atrás.

—Eso, eso, ¡es la tradición!, subrayé yo. ¡No puedo esperar el momento de ver a Mairéad rindiendo pleitesía al Jameson irlandés, con una buena chuza, y besando como una lagarta a todo escocés andante!, reí a carcajadas. ¡No va a ser Brian el único que beba y se lo pase bien!, ¡anda ya!

—Y yo que quería algo serio y elegante, sollozó Loreena dándose palmadas en la frente. ¡No sé qué voy a hacer con vosotras dos y la rebelde de Mairéad!

—Pues dejarte llevar, apuntó Anna. Que la vida es un fluir y lo que rechazas, te somete, arguyó sonriendo de nuevo a carcajadas.

—Ok. Acepto lo del Jameson irlandés con condiciones. Beberá cuando un hombre le hable y le ofrezca algunas monedas, pero nada de besos. En todo caso, al aire. Con tu despedida de soltera ya tuvimos bastante, puntualizó. Seamos

correctas, que podemos montar un buen escándalo nada propicio para sus carreras profesionales. Ah, y a cambio, vamos a organizar algo más tranquilo, pero más mágico. He pensado que podríamos ir a Callanish Standing Stones (Piedras de Callanish), porque esta boda también se merece su dosis de historias sobrenaturales al amparo de rocas milenarias.

—Totalmente de acuerdo, señalé yo, mientras mi prima Anna daba su aprobación con los pulgares.

—La despedida va a durar dos semanas con tanta actividad, sentencié, así como unos cuantos miles de euros a este paso pero, bah, ¡que todo sea por Mairéad!

Generalmente, cuando la muchedumbre piensa en Escocia suele asomar en su mente imágenes del Lago Ness o *Loch Ness*. No es el lago más bonito del país ni el más espectacular, pero sí el que más fama internacional ha atesorado gracias a la leyenda que habla de un misterioso monstruo o *Nessie* que se dice que habita allí, en la masa de agua dulce más grande de Reino Unido.

Sin embargo, Escocia ofrece lugares emblemáticos y desconocidos para los turistas de pocos días, pobremente preparados para este tipo de vacaciones.

Callanish Standing Stones, o *Clachan Chalanais*, era el lugar más majestuoso, sobrecogedor y bello que existía para nosotras en el mundo. Consistía en un conjunto de menhires erigidos en la bruma de los tiempos prehistóricos, cuyos 13 monolitos conformaban un crómlech con una disposición que recordaba a una distorsionada cruz gaélica. Podría ser confundida con otros espectáculos rocosos de la naturaleza escocesa de las Highlands o Tierras Altas. Sin embargo, este enclave, situado en la Isla de Lewis, tenía especial belleza y sentimiento para nosotras porque era el lugar al que habíamos ido en un par de ocasiones para celebrar la fiesta celta de Samhain —o Halloween para los americanos y el resto del planeta—. Callanish era eso, un conjunto de piedras que debían haber sido colocadas allí por ciudadanos ancestrales amantes de la astrología.

Además, la película *Brave*, una de las favoritas de Lucy y mías, da buena cuenta de estos monolitos, al situar algunas de las escenas en este territorio formidable. Por no hablar de *Outlander*, la saga de culto de la americana Diana Gabaldon que nos tiene cautivadas. Las tres estamos convencidas de que fueron las piedras de Callanish las que inspiraron los viajes en el tiempo sobre los que glosan sus libros, pese a la creencia generalizada de que tal ubicación se halla cerca de Inverness.

En cualquier caso y, tal como Loreena señaló, Mairéad precisaba de esta sorpresa. A decir verdad, nosotras también, pues no había nada que nos gustara más que vestirnos como escocesas del siglo XVIII, ejecutar danzas ancestrales en plena noche, contar historias y leyendas a la vera de una fogata, así como montar a caballo y cabalgar al viento en esa mezcla de verde, azul y gris que envuelve la

campiña escocesa.

—Perfecto, concluí yo con la boca llena de galletas y la cabeza repleta de ideas. Avisaré a Cara, Caitlin, Edwin y a Evie. ¡Van a estar tan emocionadas como nosotras!, subrayé complacida y exultante.

## 11

### Logan

El sábado, Loreena, Aiden y Elsbeth se fueron a visitar a su familia londinense y yo viajé sola desde la principal estación de tren de Edimburgo, Waverley Station, hasta la de Glasgow Central, situada en el corazón comercial de la ciudad. Durante la hora que duró el trayecto, decidí pegar la cara al cristal y contemplar el horizonte. No se me ocurría nada mejor que divisar las altas montañas, los hermosos lagos y los bosques repletos de árboles altos y longevos que me brindaba el trayecto. Y la luz. Esa luz del sol única que no he contemplado en ningún otro territorio. Si los recuerdos de mi infancia y adolescencia por aquellas tierras siempre me habían parecido maravillosos, ahora estaban imbuidos de una intensidad emocional especial.

La siempre puntual Tréasa llegó a la hora precisa, las 11:31. Brian me estaba esperando gentil y caballeroso y me llevó a almorzar a *Brian Mauele at Chardon D'Or*; una experiencia culinaria exquisita, ubicada cerca de la estación, en la calle West Regent, que combina la gastronomía francesa con la escocesa de más alto nivel. «De Brians va la cosa», pensé complacida.

Tras un postre delicioso y varios asuntos dirimidos, nos dirigimos a la Iglesia del Bienaventurado San Juan Duns Scoto, pues habíamos quedado con el sacerdote a eso de las 15:00 horas para esclarecer todas las dudas y dejar atado el asunto de la ceremonia. Y así lo hicimos.

Fue fácil ponerse de acuerdo con este clérigo al que me dirigí con el trato ampuloso, fruto de la emoción, que habría utilizado para hablar con mismísimo Papa, mientras Brian no daba crédito a mi estudiada actuación. Pero el sacerdote era gentil y humilde, por lo que rebajó mi nivel de excitación, no puso inconveniente a nada y se mostró dispuesto y entusiasmado con las ideas que le había planteado. La verdad es que fue un gusto poder concretar todo con presteza y con buena voluntad. Así daba gusto trabajar.

A la salida del templo, sólo uno de los dos volvió a casa. Brian quería descansar viendo cualquier cosa en la tele. No obstante, yo tenía ganas de relajarme en soledad y, Brian, que ya me conocía un poco bastante, me prestó su moto y me invitó a marcharme por ahí, no sin antes un «be careful, wee Tréasa» («ten cuidado, pequeña Tréasa»).

Así, a las 16:30 horas, me dirigí con despreocupada libertad hacia el 730 de la carretera Great Western para perderme entre el edén floral y celestial de Botanic Gardens; unos jardines botánicos famosos por sus invernaderos y por integrar, en su interior, un oasis de palmeras, helechos, begonias y orquídeas, mi planta favorita.

Tras imbuirme de tanto color y vegetación, me monté de nuevo a la motocicleta y puse rumbo a Quidest Florists, una floristería que recordaba en Hyndland Street, justo al lado de la carretera Dunbarton. Definitivamente, la visita a los jardines y esa sensación primaveral que había experimentado me habían inspirado para seleccionar la ya ideada decoración del templo, donde, por su puesto, no faltarían las velas.

Quidest Florists no es que sea la floristería más bonita de Glasgow. De hecho, es una pequeña tienda cuanto menos peculiar, con una fachada verde menta que recuerda más a una fábrica de chicles *Chew*, los de nuestra infancia ochentera en Valencia, que a un lugar donde adquirir flores. Sin embargo, la pasión con la que trabaja su dueña me iba a ayudar mucho a encontrar la flor o las flores perfectas. Y así fue, pues con ese brillo de sus ojos la convencí y me convenció para decorar el santuario con velas, amapolas blancas, cardos escoceses y ramas de olivo, conexión espiritual entre el cielo y la tierra.

Además, el ramo de Mairéad también iba a encargarlo allí y daría el toque genuino al recinto. Tendría muchas hojas verdes y sería de amapolas rojas, su flor favorita, lo cual se ajustaba a la perfección con el diseño del vestido y el toque bohemio que queríamos otorgar al enlace.

Tras despedirme de la dueña y, al tiempo que salía con mi casco, lo vi. No sé cuántos años habían pasado desde nuestro último encuentro, pero seguía igual de esbelto e imponente. Logan, el amor de mis veranos en Edimburgo, se percató de mi presencia y atisbé que, sorprendido, se acercaba hasta donde yo me encontraba.

Nuestra historia, si se puede llamar así, era como uno de esos dramas inacabados que nunca nos llevó a ningún lado pero que siempre nos mantuvo unidos astralmente, digámoslo así, por una atracción que resultaba inevitable. Y ahí estaba yo, plantada como una farola, intentando evitar un encuentro doloroso y recordando a cada instante el profundo amor que sentía por Liam, como coraza, en un intento de dejar en el cajón del olvido los buenos momentos compartidos con este edimburgués.

Conocí a Logan con 18 años, mientras paseaba por las mágicas calles de Edimburgo en busca de un lugar donde tomar algo con mi hermana Loreena. De facciones estilizadas, lo que más resaltaba a la vista eran sus verdes ojos esmeralda y su cabello rubio y largo, que solía lucir al viento con un conato de ondas que asomaban por los bajos de la melena. No era el más corpulento ni el más tierno de los hombres que había conocido hasta el momento, pero era un vocinglero

inteligente y tenía un halo de misterio que lo hacía especial: atento, amable y pícaro en la misma dosis de dominio.

Aquel día de agosto entablamos una bonita amistad que acabó en algo parecido al amor porque, durante los cinco agostos que nos vimos, nos dedicamos a buscarnos y a evitarnos a partes iguales, en un juego de niños estúpido donde el ego pudo más que los sentimientos; un coqueteo que, según las novelas juveniles había que llevar a cabo para enamorar a un hombre, pero que acabó por separarnos para siempre en esos extraños años de la adolescencia.

Así, nuestra mala costumbre de «ahora te busco y tú pasas de mí» y «ahora me buscas tú y yo paso de ti» nos hirió y nos alejó, poco a poco, y ya de manera definitiva el verano que viajé a París con mi familia, y no a Edimburgo, y conocí a Liam.

Desde entonces, nada. Silencio. Once años de silencio absoluto por ambas partes. Once años tras los que dejamos inacabada una historia que podía haber sido bonita. O no. Once años en los que la eternidad se nos escapó. Y, de repente, allí estábamos los dos, frente a frente, y sin saber qué decirnos. Porque los fantasmas del pasado a menudo vuelven para remover viejas heridas. Porque lo peor, en estos casos, es volver a encontrarte con alguien de quien nunca te despediste. Porque al tropezar, de sopetón, con una etapa de tu vida que nunca cerraste, sucumbes al pánico helado, por muy seguras que tengas las cosas. Tal vez, me digo a mí misma en estos microsegundos en los que nos encontramos y nos reencontramos, seguí andando hacia delante, tratando de no mirar hacia atrás ni para coger impulso, pero siempre quedó en mi mente ese resquicio de «¿y qué hubiera sido de habernos dado una última oportunidad?».

—Tréasa, ¡qué sorpresa verte aquí!, balbuceó.

—Vaya, vaya, ¡la de vueltas que da la vida!, atiné a decir yo al tiempo que me sonrojaba por la sorpresa inesperada de encontrarlo tras tantos años.

—¿Cómo estás?, ¿cómo va todo?, ¿qué es de tu vida?, preguntó atropellado.

—Pues todo bien, en general, señalé en un tono de estupefacción y desconcierto. Vivo en Valencia, trabajo como maestra de inglés en un colegio público, me he casado con un *highlander* que se llama Liam y tenemos una niña preciosa de cuatro años que se llama Lucy. Al margen de eso, todo como siempre.

—¡*Oh my God!* (¡Oh, Dios mío!), exclamó. ¡Casi nada, Tess<sup>5</sup>!, señaló asombrado, mientras se recolocaba la camiseta con gesto mecánico.

—¿Y tú qué tal?, ¿cómo te ha tratado la vida?, pregunté.

—Bueno, no me puedo quejar. Terminé la carrera de Económicas en la Universidad de Edimburgo y, desde entonces, me dedico al negocio familiar de exportación de whisky escocés en la sede que tenemos aquí en Glasgow. Por lo

---

<sup>5</sup> Otra forma del nombre Tréasa.

demás, algunos fracasos amorosos, partidas de ajedrez los jueves, salidas nocturnas los sábados por la noche y ningún hijo.

—Ah, muy bien, contesté. En verdad, no sabía ni qué decir. Mis neuronas viajaron en el tiempo a esa partida de ajedrez viviente que nos enfrentó, en terreno llano, en uno de esos estíos juntos en campo edimburgués.

—¿Qué te trae por Glasgow?, preguntó Logan.

—Bueno, Mairéad se casa y me he erigido en su *wedding planner* y, como el elegido es escocés, he venido para organizar ciertos temas.

—¿Mairéad se casa?, subrayó atónito.

—Sí, así es, señalé con una sonrisa empática. Con un chico de Glasgow, aclaré, y te aseguro que yo me quedé igual de sorprendida que tú. Pero supongo que es lo que tiene el amor y el matrimonio, ¿no? Es un riesgo que hay que asumir si buscas felicidad y estabilidad amorosa.

Tras un silencio incómodo y unas miradas a los ojos transparentes, susurró agachando la cabeza:

—Nosotros no lo asumimos.

—No, apunté, no lo hicimos. Nosotros nos dedicamos a hacernos daño, pese a tanto cariño. Tiene gracia la cosa, reí de nuevo, complicarse la vida tanto para ser un amor de verano o lo que fuera. La verdad es que nunca supe qué fui para ti.

—Fuiste algo más que un amor de verano, remarcó.

—Pues nunca me lo dijiste. Más bien, te esfumaste. Ni una llamada ni un correo electrónico ni un mensaje al móvil. Nada. Nada desde agosto de 2003.

—Bueno, tampoco tú diste señales, aseveró.

—No, no lo hice, porque la ficha del tablero la tenías que mover tú y dejaste la partida a medias o en tablas, quién sabe, puntualicé confiada.

—Tenemos una conversación pendiente, ¿verdad?, señaló Logan.

—Yo creo que ya la estamos teniendo, afirmé.

—Tréasa, yo pienso que nos la debemos. ¿Has venido sola?

—Sí, asentí.

—¿Te apetece tomar algo esta tarde? Justo ahora me iba a realizar una última visita de trabajo. Me gustaría mucho charlar un rato contigo.

—De acuerdo, señalé. Mañana me marchó, así que, *if you fancy* (si te apetece), nos vemos a las 19:00 en la terraza del Òran Mór —una preciosa iglesia situada en el West End que hacía las veces de bar, restaurante, sala de conciertos y pub—.

—Sí, y así pruebas uno de nuestros whiskys, señaló guiñando un ojo. El Òran Mór es uno de nuestros mejores clientes.

A partir de este momento, mis emociones se dispararon en un arrebató de auténtica locura. Mientras aceleraba en dirección a casa de Brian, las preguntas se golpaban en mi cabeza. ¿Qué estaba haciendo?, ¿por qué había aceptado quedar

con alguien a quien sólo recordaba como un espectro del pasado?, ¿para qué reabrir viejas heridas? Mi cabeza era un hervidero de preguntas retóricas y sin sentido en cantidades igualadas que no sabía cómo manejar.

Por ello, cuando llegué a casa y me tumbé en la cama de la preciosa habitación donde me alojó Brian, busqué mi BQ Aquarius m5 en el bolso y tecleé unos *WhatsApps* en el grupo *El triplete celta*, donde sólo estábamos nosotras tres.

—CRISIS, atiné a escribir. He visto a Logan en Glasgow. Sigue igual que siempre, igual de imponente y se me ha removido el estómago. Para colmo, he quedado con él a tomar algo ahora luego. ¡En una iglesia! Definitivamente, se me está yendo la cabeza.

Loreena y Mairéad contestaron al instante. Por un lado, Loreena le dio la mínima importancia porque para ella Logan era agua pasada, aunque me advirtió, en letras capitales, de que no cometiese ninguna locura.

Por otro lado, Mairéad, que siempre prefería llegar al fondo de la cuestión, me sorprendió con un «no la fastidies, que para eso ya estoy yo», aunque, modestamente, me animó a mantener esa charla que teníamos pendiente. «Tienes que cerrar un ciclo. Tienes que enfrentarte a tus propios miedos y emociones. Además, de derrumbarse el mundo, tu mundo, el que has construido con Liam y Lucy, tampoco pasaría nada», señaló lacónica.

—No quiero ni pensarlo, Mairéad, escribí agraviada por la respuesta y con las yemas de mis manos candentes. Me quemaba el teléfono, literalmente. Liam es el amor de mi vida, alegué, pero, como dice Àngels Gregori, ésa poeta valenciana de Oliva de la que os he hablado en alguna ocasión, «el primer amor es el que más se quiere, cuando aún no has aprendido a querer bien».

—Lo vuestro no fue amor, Tréasa, recordó Loreena. Lo vuestro fue puro sufrimiento. Que no se te olvide. Y hazme el favor de centrarte en las cosas a las que has ido y no en remover lo que ya se fue al desván de la memoria.

—Lo haré, lo prometo, pero creo que sí que necesito esta última conversación, me relajé. Creo que a las historias hay que ponerles un punto y final para pasar página de manera definitiva. Y tranquilas. Amo a Liam, pero entiendo que no es fácil toparse con esto. ¡Gracias chicas! ¡Muchos besos! Y Mairéad, ya nos cuentas cómo ha ido el seminario en Stirling, que estás desaparecida y, sinceramente, estás un poco borde.

—Sí, bueno, yo también tengo algo que contaros, respondió.

—¿Cómo qué?, pregunté aturdida.

—Como que he hecho algo horrible y me siento súper arrepentida. En un arrebato y con unas cuantas copas de más, besé a mi compañero de seminario, Niall, un norilandés y activista político que lo ha pasado muy mal en la vida, según todo lo que me contó. Y lo que es peor, acabé en su cama.

—Estás de coña, ¿no? Mairéad, ¡que te casas en tres meses!, espeté enfadada.

¡Que estoy en casa de Brian, por favor!, ¡que te fuiste con Evie, leches!

—¡Ay, Dios, entre estas dos!, soltó Loreena. ¡Por favor, comportaos como las mujeres que sois y no como dos *adulescentes!*, nos riñó. ¡Que a este paso las gemelas van a ser las más maduras de las cinco!

—Bueno, voy a hacer como que no he escuchado nada y a la vuelta a Valencia, pondremos cada cosa en su sitio, tracé porque las manos me empezaron a sudar y a temblar, aunque también anoté mosqueada: ¿cuándo piensas contárselo a Brian? Porque hoy hemos pasado el día arreglando asuntos de la boda. ¡Tú verás!, zanjé.

—Todavía no he tenido el valor. Y, bueno, hasta dentro de dos semanas no lo veré. No me parece justo hablarlo por teléfono. De todos modos, le he sido infiel y no merezco ni su amor ni su perdón. Así, que olvidaros ya de la boda. La he cagado. Y la he cagado pero bien, subrayó.

—Mairéad, escribí en un intento de recobrar la cordura, no eres de las que vas dando besos porque sí ni acostándose con el primer tipo que te cuenta una historia. No te flageles, por favor, escribo dubitativa, a sabiendas de la ignominia que ha perpetrado y del fango que va a traer todo esto. Encontrarás una solución. La encontraremos. Y más nos vale que pronto. No estás sola, ¿vale? Estas cosas pasan en la vida, me convenzo. Y sabrás hallar el camino de volver a Brian.

—Eso espero.

—¿Quieres que te llamemos?, preguntó Loreena, quien ya, por un momento, estaba siendo consciente de la conversación seria en la que se había tornado el chat. Aiden se ha quedado en casa con mis suegros, así que Elsbeth y yo nos estamos dejando el riñón derecho y el izquierdo por el Soho de Londres. ¡Pero lo primero es lo primero!

—No, tranquilas. Estoy bien. Y, en verdad, no tengo ganas de hablar. Os dejo chicas, que me reclama Jamie. Muchos besos y mil gracias por estar siempre ahí, anota triste, porque la conozco. Cuida a Brian.

—Muchos besos, imita mi hermana en un acto de rendición absoluto. ¡Será que la vida no es tan fácil como pensábamos!, escribe sucinta, como diciéndoselo a sí misma, con iconos tristes hasta ahora nunca usados por ella.

Ahora sí que ya no entendía nada. La cabeza me iba a explotar, en casa del novio o no novio, yo qué sabía. La frase de mi hermana también me había dejado aturdida. ¿Qué le estaba pasando que no me estaba contando? Conocía muy bien a mi *sestra* y ese escrito abatido no dejaba lugar a dudas. «Uf», suspiré, tratando de iniciar una meditación improvisada de respiraciones pausadas. Necesitaba descansar, así que me tomé un paracetamol y decidí dormir con mis demonios internos un par de horas.

Cuando me desperté eran las 18:30 horas. Me di una ducha rápida, me puse los vaqueros, una camiseta de tirantes y una chaqueta vaquera por si refrescaba,

me calcé mis tacones y salí disparada al Òran Mór, tras prometerle a Brian, al que me costaba mirar, que volvería pronto para la cena. Anda que lo mío era de libro. Quedar con un ex en una Iglesia y dormir en casa de un chaval fantástico que la iba a liar parda en cuanto descubriese lo acontecido. «¡Si es que no tengo remedio!», me dije a mí misma agotada. Pero, bueno, al menos, la quedada con Logan había sido una jugada con estilo.

—Ya pensaba que no venías, dijo Logan cuando me vio entrar acalorada por las prisas.

—El de esfumarse o, más bien, enrocar la torre y el rey siempre fuiste tú, respondí cortante mientras me acomodaba y dejaba la chaqueta en la silla adyacente. Y, bien, ¿pedimos algo?

—Sí, ya he pedido dos whiskys de la casa, es decir, de mi empresa.

—Perfecto, Señor Modestia. Espero que no me envenenes, ironicé.

—No, si pudiera hacer algo, haría otra cosa, apuntó.

Uy, uy, uy, la conversación se estaba empezando a desviar y yo venía ofuscada de casa.

—Bueno, hablemos, dije para no descarriar más el asunto. Estoy agotada. Entre mi trabajo, la crianza, la casa, el viaje, la organización de la boda... la verdad es que están siendo meses duros.

—Sí, hablemos, respondió serio, al mismo nivel que el mío.

—¿Por qué nunca supe más de ti?, ¿por qué no contestaste ni a un maldito correo electrónico?, ¿por qué? Pasé mucho tiempo dándole vueltas y espero una respuesta convincente y categórica por tu parte, indiqué hastiada y directa.

—Sí, la vas a tener, adujo. Digamos que, en nuestro último encuentro, hablando de nuestras idas y venidas, dijiste una frase que pasará a los anales de la Historia: «Pasé de ti un tiempo, pese a quererte, para que supieras lo mal que se siente cuando te hacen lo mismo» . Te parecerá una sandez, pero, en ese mismo instante, se me cayó el mito. Me perdiste.

—Lo de que te perdí, lo voy a ignorar como buena feminista, porque creo que nunca me tuviste. Sin embargo ¿fue eso?, pregunté asombrada porque nunca pensé que mis palabras hubiesen causado tanto daño. Sarcástica, continué: ¿Por una frase estúpida de una adolescente bisoña dejaste de quererme?, espeté mientras se hacía el silencio. Bueno, estuvo mal, lo reconozco. No obstante, fue la típica frase que surge de la valentía de la ignorancia de quien se dedica a visionar series americanas de moda y a atender, a pies juntillas, malos consejos de amigas que se creen expertas en el amor. En cualquier caso, siempre me arrepentí de decir aquello. ¿Lo sabes, verdad? Porque sí es cierto que lo pensé después y me pareció cruel. Pero, vaya, una crueldad inocente, dadas las circunstancias.

—No, no lo sabía, apuntó. Estaba realmente dolido y enfadado contigo. No obstante, también es cierto que me asustó la idea de empezar una relación seria a

distancia. No quería marcharme de Edimburgo y tú tenías muy clara tu idea de vivir en Valencia. Curioso, porque la única relación seria que he tenido después ha sido con una chica alemana.

—Curioso, sí. Y contradictorio. Me has dado dos razones que no me cuadran.

—Aquí están vuestros whiskys, dijo el camarero al tiempo que Logan pagaba la cuenta y dejaba la propina de rigor.

—Logan, ¿te das cuenta del daño gratuito que nos hicimos?, ¿de lo cobarde que fuiste? Yo asumo mi parte de responsabilidad, pero, con lo que me acabas de decir, me estás demostrando que eras aún más prematuro que yo en esto del amor. Sorbí el caldo escocés para darme tiempo y continué. La nuestra podría haber sido una bonita historia de amor. ¿Y la dejaste escapar por una frase horrible sin hablarlo conmigo?, ¿por un miedo irracional a la distancia?, ¿porque sí?

—Todavía podemos darnos una oportunidad. Nunca te he olvidado, lanzó en un arrebato, mientras me agarraba la mano y se acercaba a mí. Nunca te dejé de querer, Tréasa. Sólo dejé de insistir.

—No, Logan. Nuestro tiempo ya pasó, dije mientras me soltaba y lo apartaba como fuego que ardía, teniendo siempre presente el desastre cometido por Mairéad. Se quedó en Edimburgo en 2003 para nunca volver, lamenté. Quizás, sí deberías haber insistido. En esta vida uno pelea por las cosas que quiere. No se desvanece. No abandona la batalla. Un escocés debería tenerlo grabado a fuego, recalqué. Ahora estoy casada con el mejor compañero de vida. No, lo nuestro es agua pasada, querido Logan, señalé condescendiente.

Tras estas declaraciones, bebimos nuestros whiskys y nos quedamos callados, durante unos cinco o siete minutos, escuchando la música del local y mirando a ninguna parte.

—Gracias por esta conversación, enuncié. Para mí nunca fuiste un capricho. Me enseñaste a amar y sólo por eso te tengo que dar las gracias. Por una frase, ¡por una maldita o bendita frase, todo se fue al traste!, repetí para mí misma, pero en voz alta y con muecas risueñas que constataban la banalidad del ya viejo desencuentro léxico.

—Siempre fuiste perfecta. En nuestra amistad, en nuestra intimidad, en todo. Tendría que habértelo dicho más veces, añadió. Y sí, tendría que haber perdonado esa desatinada salida de tono. O, al menos, haberla hablado contigo. Y, por supuesto, haberte escrito, haberte buscado y haberme arriesgado porque, como siempre decías, «en el riesgo está el placer».

—Bueno, suerte que maduré y esas verdades absolutas me parecen de lo más ridículas. Tal vez sí deberías haber actuado de otra manera, pero no lo hiciste, señalé. Y ahora ya es tarde. He pensado en ti durante muchos años, ¿sabes? Por esa incertidumbre que deja el poso del recuerdo incompleto. Sin embargo, creo que, a

partir de hoy, te voy a ver como el amigo que espero que seas de ahora en adelante. Al fin he comprendido lo que pasó, así que tengo que darte las gracias por haberme ayudado a darle un punto y final a lo que hubo entre nosotros.

—Siempre podrás contar conmigo, subrayó. Y si lo de Liam no funciona, ¿quién sabe?

—Tú también podrás contar conmigo, imité sincera, obviando el comentario sobre mi marido. Entenderás que quiero irme. Además, le he prometido a Brian, el novio de Mairéad, llegar pronto para cenar —evitando aclarar de qué Brian estaba hablando—. Me hospedo en su casa. Espero que la vida te trate bien, Logan. Lo espero y lo deseo de todo corazón.

Logan se levantó y, con una cortesía intachable, me abrazó fuerte durante un lapso temporal en el que a ambos se nos escapó una lágrima resbaladiza por motivos diversos. Y, tras ello, me dejó ir. Esta vez, para siempre.

Por primera vez en muchos años me di cuenta de que, en realidad, Logan me había dado una lección magistral sobre el amor y las relaciones de pareja: cuando quieres a alguien, lo cuidas, lo buscas y procuras su felicidad. No le dices: te evito para hacerte sufrir lo que tú me has hecho padecer anteriormente. No le haces daño a propósito. No actúas como la Brenda de Sensación de Vivir y, por desazón o hastío, permites que el amor se esfume en calles y pensamientos. Cuando quieres estar, estás. Ahora era consciente. Sin haberme percatado, nunca jamás había intentado herir a Liam. Al menos, no a propósito. Y mucho menos iba a hacerlo a partir de ahora.

Tras cenar con Brian y charlar sobre los detalles de la boda que ya había concretado —haciendo de tripas corazón e intentando convencerme a mí misma de que todo iba a solucionarse—, me acosté pronto. El tren hacia Edimburgo salía temprano y quería despertar bien dormida y descansada. Me esperaba un día largo porque mañana domingo volvíamos a casa. Todos.

Quería abrazar y susurrarle al oído a Liam cuánto lo quería. Siempre lo había sabido, pero ahora no tenía ni la más mínima duda de lo que era el amor verdadero, el que vence todo tipo de obstáculos y el que no se deja intimidar por nada ni nadie.

Sin embargo, temía el reencuentro con él. No se trataba sólo de su imponente aspecto o de sus gestos estudiados, que aún a estas alturas me inquietaban. Había un cerebro detrás que, por inteligente, causaba pavor. Le contaría lo del encuentro y él no le daría la menor importancia porque confiábamos plenamente el uno con el otro, pero, en el fondo, quedaba la duda. No quería que hiciera una lectura errónea de lo acontecido. Él y sólo él, junto con Lucy, eran los amores de mi vida.

## 12

### Valencia

Tras la Semana Santa, volvimos todos a Valencia y a nuestras rutinas. Por suerte yo seguía teniendo vacaciones escolares y me hice cargo tanto de Lucy como de Jamie y Elsbeth, a la que puse fina con tanto repaso lectivo. Le iba muy bien en el colegio, pero era perezosa por naturaleza y, según mi hermana, teníamos que estimularla. Le gustaban tanto las Humanidades como las Ciencias, pero los números eran su debilidad. Sin estudiar nada podía sacar un ocho en casi todas las materias, lo cual era tremendo para todos. En cambio, cuando se aplicaba, era la dueña de los 10 en la clase, si bien sabemos que un número no nos dice nada del aprendizaje de un alumno.

Desde mi punto de vista como maestra, las calificaciones eran la manera más absurda de evaluar el aprendizaje de un niño. Mi referente pedagógico era Maria Montessori y, a decir verdad, como opinó aquella en los albores de 1900, los exámenes y los deberes me parecían inútiles por completo. De hecho, Roger Schank, uno de los principales investigadores actuales en la teoría del aprendizaje, cuenta en su haber máximas como que «la evaluación mata a la educación» o «el aprendizaje ocurre cuando alguien quiere aprender, no cuando alguien quiere enseñar». Así de simple.

El sistema Montessori, como propuesta educativa no tradicional, sentó las bases de estas afirmaciones. En primer lugar, porque consideraba que cada niño era único y tenía su propio ritmo de aprendizaje y, en segundo lugar, porque entendía que eran los propios estudiantes quienes tomaban parte activa en su proceso de instrucción, sin competencia y promoviendo la cooperación y la solidaridad, para liberar su potencial, con la ayuda de materiales específicos. Por eso, se primaba la comprensión sobre la memorización, en un ambiente donde importaba más el orden, el silencio y la concentración, y en una estructura que priorizaba la autonomía, la independencia y la autodisciplina. Y, por si todo esto fuera poco, con esta metodología, lo que se pretendía era que el alumno obtuviese el desarrollo integral de su persona a nivel intelectual, social, emocional y espiritual. Vamos, lo que ya estaba sucediendo en Finlandia, que era el espejo donde el resto de sistemas educativos querían poder mirarse algún día.

Aclarado este punto educativo, siempre he respaldado la idea de que a cada

niño se le debe exigir lo que puede dar. Si Elsbeth era buena en Matemáticas, había que potenciarlo y reforzarlo, así como sus aptitudes para la Música y el Dibujo, pues tan refinada era para rasguear ritmos y acordes complejos en su guitarra electroacústica como para perfilar paisajes inéditos. El viaje a Escocia había dado su fruto en este último aspecto, pues iba a dejar deslumbrados a todos sus compañeros con sus creaciones fortuitas.

Por otro lado, *el triplete celta* decidimos quedar a merendar en el Starbucks de la Calle San Vicente el viernes 15 de abril. No obstante, llegado el día o más bien el mediodía del día, Mairéad excusó su asistencia alegando trabajo acumulado, algo que, si bien era lógico en ella, no encajaba para nosotras tras los mensajes cruzados durante los días en Escocia y el embrollo en el que estábamos todas metidas. Por su parte, Loreena decidió posponer el encuentro a la semana siguiente por una serie de pruebas de vestido que debía presenciar; excusa que me pareció de lo más baladí.

Yo no entendía mucho qué pasaba con estas dos. Había mucho de lo que hablar y muchas cosas que aclarar y concretar sobre la boda, si es que iba a haber ceremonia porque con Brian y sus compañeros de The Shout hacía ya un par de semanas que no hablaba. Mairéad había estado desaparecida en combate tras la Semana Santa, lo cual me estaba empezando a mosquear, y Loreena escondía una desazón en su rostro que no me parecía nada normal. Quisiera o no, mañana iba a ir a hablar con ella.

Dadas las circunstancias, decidí olvidarme un poco de todo este laberinto que no me llevaba a ningún lado y prepararme a fondo para la vuelta al colegio. Más o menos ya tenía esquematizado el último trimestre del curso escolar. Este iba a ser más relajado en cuanto a contenidos porque me interesaba mucho más la parte práctica. La oralidad, que tan poco y tan pobremente se trabaja en los colegios españoles, iba a ser la piedra angular. «Para esto tengo libertad de cátedra», me vanaglorié. Pensaba repasar, en cada nivel, lo estudiado y aprendido a nivel gramatical y de vocabulario, pero quería dedicar la mayor parte de las clases a entablar conversaciones grupales e individuales conmigo para que adquiriesen soltura y mejorasen su pronunciación inglesa. Y, en especial, para que perdieran el miedo implícito a las clases de Inglés y disfrutaran de la asignatura.

De este modo, partiendo de un conjunto de leyendas irlandesas y escocesas, aptas para un público joven, iba a tratar de animar a mis alumnos de 5ª de Primaria a leer la que más les gustase y a preparar una exposición de cinco minutos para hablar de la misma.

Trabajaríamos dos por día, así que dedicaríamos el resto de las clases a conversar sobre otras curiosidades o aspectos que pudieran surgir y ser de relevancia académica y personal. Y, por supuesto, habría multitud de variaciones y adaptaciones en función del curso y de la edad de los pequeños artistas, pintores,

cantantes, futbolistas, bailarines, matemáticos o poetas que tenía por alumnos.

Tras seleccionar las más bellas para mí que, sin duda eran la del duende *Leprechaun*, la de los tréboles, la de San Patricio, la del cardo o la de *Nessie*, el monstruo del Lago Ness, recibí una llamada de Nicolás y de Paula, mis compañeros en el colegio. Estaban tomando una cerveza en el bar El Barcas, muy cerca de mi casa, y querían saber si iba a acompañarles al concierto que daba Roc en uno de los locales de moda alternativos de Valencia, la Sala Matisse.

A decir verdad, había olvidado por completo esta cita ineludible, por lo que, en el fondo, me vino bien no quedar con las dos evasivas *celtas*. Dado que Liam ya había decidido llevarse al cine a Lucy para ver la recién estrenada película de *El libro de la selva* y cenar en alguno de sus restaurantes favoritos, decidí apuntarme a una noche de risas, bailes y descontrol juvenil, pese al cariz catalanista del mismo con el que estaba en desacuerdo, por sentirme muy valenciana también, y que Roc y yo evitábamos hablar por respeto mutuo a nuestras convicciones lingüísticas. Pero, bueno, las peleas entre nosotros estaban prohibidas por la *Ley de la Amistad que Prohíbe Discusiones Políticas*; una normativa que habíamos acordado de manera tácita entre todos los compañeros, durante una de nuestras quedadas fuera del horario colegial.

El caso es que el concierto de Roc fue, sencillamente, grandioso. Cantó un reguero de canciones protesta muy apropiadas, según el gentío, para la época de cambio que estaba viviendo la sociedad valenciana. Además, se ganó al público con alguna que otra versión de artistas tan variados como Manel, Feliu Ventura, Maria del Mar Bonet o Lluís Llach. El caso es que bailé, bebí y volví a bailar hasta que el micrófono y los instrumentos se quedaron mudos, las luces se apagaron y el espectáculo se consumió.

Paula se vino en taxi conmigo hacia casa porque los pies ya no nos respondían. En cambio, Nicolás y Roc, que habían consagrado la noche a la música y al alcohol, se fueron con el ligue de turno.

Nunca entenderé esta costumbre sin género de acumular amantes como cromos de *Panini*. A mi juicio, esta no es la mejor manera de cultivar el amor; más bien, de desprestigiarlo y desmerecerlo a golpe de placer carnal. El amor es otra cosa; algo más que el intercambio de fluidos. Por eso ninguno de los dos eran capaces de mantener una relación más allá de los dos meses y por eso cada vez creían menos en el sentimiento en sí y más en el goce físico que les concedían mujeres de su misma especie, deslumbradas por el punteo de una guitarra, el rasgado de una voz y el comportamiento y la pose que adoptan los cantantes y sus adláteres, en un intento de encajar en su propio gremio.

El especialista del *dúo Casanova*, como los llamábamos Paula y yo, era Roc, porque su lengua peligrosa atraía a muchas muchachas, si bien esa misma lengua era un arma de doble filo y una trampa para él, pues mal controlada y con poca

memoria, terminaba por alejarlas. Tanto vender humo acababa por dejar en ceniza a uno mismo.

## 13

### Sorpresa

El sábado por la mañana me acordé de Mecano más de lo normal, pues no me podía levantar. Tan sólo había tomado un par de cervezas y un cubata, pero o me habían dado garrafón o había perdido la costumbre de salir, dado el hecho constatable de que me costó horrores encarar el desayuno con la mejor de las sonrisas. Y es que para Lucy siempre quería irradiar felicidad. Ya se encargaría la vida de enseñarle la cara amarga. Desayunamos juntos los tres mientras escuchábamos un recopilatorio de los Rolling Stones y entonábamos su (*I can't get no*) *Satisfaction*. Tras comentar con Liam mis inquietudes acerca de la relación entre mi hermana y su marido –pues *my husband* (mi esposo) también se olía la impostura de la que estábamos siendo víctimas—, decidí ir con Lucy a su casa para hablar con ella. De Mairéad prefería no hablar todavía porque esperaba explicaciones que, de momento, no venían, lo cual ya me tenía cabreada y mucho.

Llegamos sobre las 12:00 horas de la mañana y Loreena nos recibió cortés pero sucinta. Aiden había salido y yo sabía que algo no iba bien con ella, de manera que aproveché el ratito que Elsbeth y Lucy se entretuvieron pintando en la habitación de recreo para preguntarle directamente qué era aquello que había restado vigor y energía a su siempre poderosa personalidad.

Sentadas en la cocina y sorbiendo una manzanilla para calmar mi magullado estómago, la miré y le dije: ¿Y? A lo que ella me contestó: ¿Y?, ¿qué?

–Pues no sé, hija. Pues que ya me estás contando qué te pasa porque desde que volvimos de Edimburgo estás que no te reconozco, ratifiqué.

–Estoy embarazada, anunció tajante, y Aiden no quiere ni oír hablar de otro niño en casa, sobre todo, ahora que Elsbeth ya es mayor y, justo cuando «se está desvaneciendo la vida cómoda y estable que teníamos».

La resaca, si es que eso era posible con dos cervezas y uno o dos cubatas, y la bomba informativa que acababa de recibir me sorprendieron más que si Liam me hubiese confesado el anhelo de adoptar la tonsura de los druidas irlandeses de la era antigua, con la cabeza afeitada desde la cabeza hasta la coronilla.

–¿De cuántas semanas?, pregunté.

–De ocho, contestó frotándose los ojos y tapándose con el batín, como abrigándose el alma ella sola. Me enteré estando en Londres.

—¿Y qué vas a hacer?, acerté a decir.

—Pues creo que está claro, Tréasa. Tener a este bebé, pese a que suponga el fin de mi matrimonio que, al parecer, ya está roto.

—A ver, a ver, a ver, que a mí no me cuadran las cosas. Un bebé no se crea si dos no quieren, argumenté, así que Aiden tendrá alguna responsabilidad al respecto. Y esto no va a suponer el fin de nada. Aiden te adora.

—Sí, pero debe haber algo más porque está fuera de sí.

Con la cabeza inclinada hacia atrás por el peso de las discusiones mantenidas en las últimas semanas con el terco de mi cuñado, mi hermana me miró y ocurrió lo esperado: que las emociones reprimidas asomaron por los ojos.

—Mira, no sé si serán las hormonas o qué, pero estoy lacrimosa, se disculpó.

—Bueno, por mí como si lloras ríos de tinta. Ya sabes, emociones expresadas, emociones superadas. Lo único que me importa es saber si tú estás bien y nada más. Porque decidas lo que decidas, yo siempre te voy a apoyar.

—Tréasa, no hay nada que decidir. Voy a tener este bebé si no hay complicaciones a mis 40 años. Efectivamente, no entraba en nuestros planes, pero unas semanas antes de viajar a Edimburgo me resfrié, tomé ibuprofeno y, por lo visto, la píldora perdió su efecto, comentó abatida.

—¿Y qué pasa con el siempre atento y cariñoso Aiden?, pregunté irónica, a sabiendas de su absoluto convencimiento de no querer más hijos, pues no perdía ocasión para repetirlo.

—No lo acepta. Se cierra en banda. Se niega rotundamente a continuar con este «error», en este «terrible momento», apuntó Loreena volviendo a llorar y sorbiéndose los mocos que ya le habían taponado la nariz.

—¿Un error?, ¡pero qué dices! Lo aceptará. A un hijo nunca se le rechaza. Dale tiempo, intenté calmarla, y podréis dirimir vuestros malentendidos como personas adultas que sois.

—¿Tiempo?, ¿tiempo para qué? Yo también tengo una hija que cuidar, un negocio que gestionar, clientas que atender y viajes que realizar. Yo también tengo la vida organizada, pero ahora necesito que esté a mi lado y no que duerma en el sofá, como lo ha estado haciendo desde que llegamos y nos enteramos de la noticia. ¡No es mi culpa desconocer los efectos del ibuprofeno con la píldora anticonceptiva! Y, por supuesto, ¡no me va a culpar por ello!

Ay, no, la palabra «culpa» era una de las que Mairéad nos había enseñado a eliminar de nuestro vocabulario, junto con el «tengo que», que tan nocivo podía llegar a ser. Llegadas a este punto, a mí me estaban entrando ganas de llamar por teléfono al miserable de mi cuñado y cantarle las cuarenta por su nula empatía y el abandono emocional con que estaba castigando a mi hermana en el momento en el que más lo necesitaba, pero intenté enfriar mi sistema nervioso y contar hasta diez. Y, así, pensativa, intuí que algo más habría detrás de esa decisión. A decir verdad,

mi hermana estaba totalmente entregada a su profesión y eso era algo que Mairéad y yo habíamos hablado durante el último año. Sí, Loreena se había dedicado a perderle.

—¿Lo sabe Elsbeth?, pregunté.

—No. No le hemos dicho nada, pero esta mañana me ha dicho que sea lo que sea que me pasa, se solucionará, gimoteó de nuevo. Nos escuchó discutir anoche. Y por ahí sí que no paso, sentenció. Le he pedido que se vaya unos días a casa de su amigo Ben si es que no quiere dormir conmigo y que reflexione acerca de lo que quiere o de si me quiere. ¡Ya no sé qué pensar!, sollozó.

—Está bien. Ya sabes que yo prefiero hablar las cosas antes que adoptar la conducta de la evitación, pero si hablando no os entendéis, será mejor que os deis unos días y calibréis si pesa más lo que os une que lo que os separa, atiné a comentar. Y, si no se va, te puedes venir a casa con nosotros, si quieres. No hace falta que te lo diga.

—Gracias, *sestra*, pero mi sitio y el de Elsbeth, sobre todo, está aquí. Voy a comer algo rápido y me voy directa a Dress me up! Esta tarde vienen unas clientas buenas y tengo que estar allí para supervisar todo, aseguró.

—De eso nada. Entiendo que tienes trabajo, pero no lo vas a hacer tú en este estado. Tienes más ojeras que un oso panda. Yo me encargaré de tus clientas. Nadie es imprescindible. Sólo dime qué tengo que hacer y asunto resuelto. Que yo me ponga el vestido gris ceñido que me regalaste, me tomo un paracetamol y ¡te lo vendo todo!, dije elevando la voz para convencerla.

—Vale, dijo agotada, al tiempo que anotaba en un *post-it* el nombre de las clientas y los vestidos que debía entregarles.

—Y de hoy no pasa que se lo digas a Elsbeth. Que los 14 años son difíciles de llevar y más con estas cosas.

—Sí, esta tarde lo hablaré con ella. Supongo que nuestra relación no estaba tan bien armada como pensaba, lamentó de nuevo.

—Anda tonta, que los matrimonios perfectos no existen y vamos a confiar en que, el buen entendimiento entre ambos, satisfará el extremo correcto en el que se inclinará la balanza, apunté optimista.

Lucy vino corriendo a la cocina para enseñarme entusiasmada el dibujo tan bonito y colorido que había pintado con la ayuda de Elsbeth. La abracé y repartí besos entre mis niñas, al tiempo que invité a Elsbeth a venir a casa con nosotras a comer, aunque su intuición femenina le indicó que lo mejor era quedarse con mamá. Tras un silencio significativo para las dos, animé a Lucy a recoger juntas las chaquetas para irnos.

A continuación, acompañé a mi hermana a su habitación para que se acostara y descansara. Así lo hizo y, cuando ya me disponía a salir, me giré antes de apagar la luz e hice algo que había querido hacer desde el primer momento en

que me comunicó la noticia. Simplemente la felicité: Enhorabuena, *sestra*. Los bebés son siempre una bendición. No lo olvides.

Después, cerré la puerta del dormitorio y de la casa y me marché a la mía con mi niña, pensando en el diminuto corazón que ya latía en las entrañas de mi hermana y que nacería en el mes de octubre. Sería libra, calculé, el signo zodiacal más sexi.

## Loreena

Si existe un día terriblemente feliz u horrorosamente triste, ese es el domingo. El primer domingo sin Aiden. No puedo creer lo que me está pasando. Nunca pensé que mi *sassenach* reaccionara así. Desde que tuvimos a Elsbeth, me dejó bien claro que no tendríamos más descendencia, pero esto ha venido de improviso y, si bien estoy acostumbrada a sus estados de ánimo cambiantes, no me parece justo que se lave las manos y detone de manera fría y distante nuestra historia; la que tanto nos ha costado edificar, debido a nuestros respectivos trabajos fuera y dentro de casa. No entiendo nada. Supongo que necesito la perspectiva que otorga el tiempo pasado para entender esta cerrazón y este ostracismo al que ha condenado a nuestro amor. No sé qué pensar. «¡Malditos ingleses hieráticos!», me repito.

No, este no es el Aiden con el que me casé. Él no corresponde a ningún estereotipo cultural. Si lo tuviese delante ahora mismo, sólo atinaría a preguntarle ¿por qué? Y lloraría. ¿Por qué? Y volvería a llorar. ¿Por qué? Ninguno de los dos ha estado nunca a favor del aborto, pues ambos creemos en la vida desde que es vida. Y, por eso mismo, tampoco estamos a favor del maltrato animal. La vida es sagrada. Debe existir alguna otra razón en este distanciamiento porque no encaja ninguna pieza del puzle en estos momentos. Esto no puede ser motivo de divorcio. Estoy colapsada. No comprendo el porqué mientras lloro desconsolada cada vez que me escapo al baño a vomitar. El bebé se agarra a mi útero fuerte, decidido, con determinación. Y yo he perdido el apetito que él necesita. Pero no puedo dejar que su indiferencia me aplaste. Y, en cambio, ansío sentirme como una *lassie* absolutamente entregada, cuando me abraza y me besa el cabello y me dice que todo va a estar bien. «¡Es que necesito que me abrace!», grito desconsolada y recostada en nuestra cama. Me estoy volviendo loca. Maldito teléfono. Ya está sonando otra vez. Miro la pantalla. No puede ser.

—Hola Loreena, te llamo para decirte que esta tarde pasaré por casa a recoger ropa y demás y me mudaré temporalmente a casa de Ben.

—¿Ni un hola?, ¿ni un cómo estás? Aiden, no te reconozco, me quejo.

—Es mejor así, sentencia. Yo tampoco te reconozco desde hace un tiempo.

—¿Qué estás haciendo? Aiden, si te marchas y me dejas sola ahora estarás

dándome a entender que todos estos años juntos han sido una maldita mentira. Me harás creer que he vivido una ilusión que se ha transformado en una pesadilla. ¡Maldita sea! ¿qué ha pasado?, ¿por qué reaccionas así?, ¿por qué me abandonas cuando más te necesito?

—No quiero discutir, Loreena. Sabes que no quiero más hijos, pero no es sólo por el bebé, que sabes tan bien como yo que ya lo considero mi hijo o mi hija. Cuando decidas dejar de mirar a tu ombligo, entonces, posiblemente, te des cuenta de muchas cosas. Y, por supuesto que me haré cargo del bebé, pero así no podemos estar juntos Loreena. Así no.

—Ahora sí que no entiendo nada, Aiden. ¿Qué te vas a hacer cargo del bebé?, ¿qué no quieres discutir? Tal vez tú no quieras hacerlo, pero ¡yo sí! La gente discute, las parejas discuten y la gente que se quiere se dice a la cara lo que piensa, aunque luego se arrepienta de algunas cosas. Dime qué ha pasado. ¡Dime algo!, grito. Me lo debes, susurro.

—Loreena, déjalo. No te puedo decir lo que eres incapaz de reconocer. ¿Es que no te das cuenta de la distancia que has ido sembrando durante este último año?

—¿Qué lo deje?, ¿te estás escuchando?

—Loreena, ¡para!, remarca Aiden. ¡Me estás saturando!

—¿Saturando?, ¿y cómo te crees que estoy yo?

—Supongo que no muy bien. Para mí tampoco es fácil, pero necesito tiempo.

—¿Bromeas, verdad?, insisto incrédula.

—Nos vemos esta tarde, subraya cortante y cuelga el teléfono.

Lloro. Pero como si no hubiera un mañana. Como si me hubiesen puesto una bolsa de agua en la espalda y no pudiera parar hasta vaciarla y ella sola se rellenara una y otra vez. «¡Qué tristeza más grande!», maldigo. Voy a tomarme algo. Sí, voy a la cocina y me bebo un vaso de whisky. O no, mejor me llevo la botella al sofá.

Vuelvo al salón dejando un reguero de lágrimas por el pasillo y, ya en el sofá, sigo a lágrima viva mientras entrecierro los ojos a duermevela y me doy cuenta de que me estoy emborrachando cuando menos debo hacerlo. Y, entre un océano de diminutas gotas saladas, me duermo.

No sé qué hora es pero no me puedo mover. La resaca ha terminado por destrozar mi ajado estómago. Suerte que hoy no trabajo y que Elsbeth se ha ido a pasar el día con sus amigas a la playa. El sol que tanto busca es ahora mi oscuridad. No quiero saber nada de nadie. Entra Aiden. Yo no lo saludo, pero es que él ni lo intenta. Sólo me observa. Y en su mirada veo que siente pena por mí, lo cual me destroza. Pero también veo amor. Sé que me quiere, aunque empiezo a asumir que algo habré tenido que hacer mal yo también para que se haya abierto

esta brecha entre los dos. Mientras coloca camisetas en su mochila, me hago un ovillo en el sofá y pienso en que debo hacer algo para reconquistarlo.

Sí, a decir verdad, me he volcado sobremanera en Dress me up! y he descuidado lo que más quiero: mi familia. Y mi familia está por encima de todo. Por mi hija y por el bebé que viene, juro que voy a dejarme la piel para ganarme de nuevo su amor. Tanto si me gusta como si no, el matrimonio es un equilibrio de poder, me convengo. Ahora está en sus manos. Y ha decidido apartarse de la atracción innata que sentimos para salvaguardar sus dignidad como hombre. Ahora lo entiendo.

Y entonces, mientras Aiden sale del dormitorio, tira mi botella de whisky a la basura, me baja las persianas del salón y abre la puerta de la calle, se gira y me dice: Cuídate, Loreena. No hagas tonterías. Y yo le digo: Te quiero. Y a él le resbala una lágrima por la cara y me dice: Eso no es suficiente. Y señalo: Te lo voy a demostrar. Y él me dice: Ojalá seas capaz. Y se va tan distante como había entrado, dejándome más ultrajada si cabe. Yo sé que él también me quiere, pero cuando una pareja tiene que contenerse por principios, la mejor manera de evitarse consiste en realizar un manejo de las circunstancias. Y Aiden ahora quiere alejarse y renunciar a la tentación carnal que no me haría cambiar ni un ápice.

Mi lamento vuelve de nuevo, mientras resuena en mi cabeza la canción con la que llevo torturándome todo el día: *Believe*, de Cher, pero versionada por Cassedee Pope, para que todo parezca más trágico aún, suspiro irónica mientras sorbo mis mucosidades.

Las letras y los *covers* de algunas canciones y algunos o algunas artistas son preciosos cuando la vida te sonrío, pero son una auténtica tortura cuando ésta se despista. Porque la música suele cantar al amor paranoico. Y pienso en la letra de la canción. *Do you believe in life after love? (¿Crees en la vida después del amor?) I need time to move on. I need love to feel strong* (Necesito tiempo para seguir adelante. Necesito amor para sentirme fuerte). Sin embargo, yo cambio la última estrofa porque *I don't need you anymore* (ya no te necesito más) no ensambla en mi vida. Yo no es que te necesite más que nunca, Aiden. Yo es que te quiero y te prefiero por encima de todo.

## 15

### Caos

El mes de abril fue de lo más completito. La vuelta al colegio el día 5 coincidió con el cuarto cumpleaños de mi pequeña Lucy. No sólo realicé para el colegio un montaje digital con fotos y vídeos, a modo de recordatorio de la generosa felicidad que había aportado a nuestras vidas con su llegada, sino también le organicé una fiesta sorpresa por la tarde, ambientada en sus princesas favoritas, Elsa y Anna, de la afamada Frozen. En casa se reunieron todas sus mejores amigas de la escuela, ataviadas con los disfraces de turno, y jugaron e hicieron el gamberro cuanto quisieron y más. Tardé una semana en eliminar todo rastro de purpurina que adornaban cada uno de los vestidos, pero sentí el regusto de la alegría de haber contribuido a generar un recuerdo inolvidable para Lucy.

En cuanto a mi hermana Loreena, las cosas con Aiden no habían mejorado ni una migaja. Todo lo contrario. En algún punto en el que yo me extravié, perdieron la conexión de antaño y entraron en el arriesgado juego del reproche y del ataque verbal sin sentido, lo cual acabó por separarlos aún más y por iniciar un proceso de separación que dejó dos corazones rotos viviendo en una misma ciudad.

Elsbeth me preocupaba. Estaba absolutamente apenada con el «cese temporal de convivencia» que le habían comunicado sus padres, pero correteaba de aquí para allá loca con la idea de ser la hermana mayor de un bebé que tanto había ansiado y pedido. Quizás, este fue el mejor bálsamo para aquietar los sentimientos encontrados de una mujercita que, justo cuando estaba empezando a descubrir el amor, atisbó el lado más amargo del mismo. Sin embargo, no íbamos a dejarla sola en ningún momento, al margen de que los estudios y la música eran su vía de escape para liberarse de toda carga emocional. Mi hermana siguió con su rutina habitual al frente de Dess me up! y yo traté de enderezar las emociones confrontadas con las que tenía que lidiar a diario. En mi vida y en mis clases.

Mairéad, al fin, dio señales de vida, pues mi hermana la llamó y le comunicó la noticia. Estaba más que sorprendida de que el cándido y siempre afectuoso Aiden se hubiese tomado así el embarazo de Loreena, pero coincidía con aquél en que ella había priorizado otras cosas por encima de su familia. Por ello, nos propuso quedar sin falta el jueves por la tarde en el Starbucks de la Calle San

Vicente de Valencia. El de la Calle de la Sangre estaba cerrado por reformas hasta mayo. Y esta vez, venía dispuesta a dar muchas explicaciones. Al menos, yo, que estaba empezando a sentir un vacío narrativo irresoluto como buena *wedding planner*, debía de intentar que así fuera. La ficción vive del invento y del juego con el lector, pero esto era real y ahora había que salvar dos relaciones, sin nada de juegos de patio de colegio y aplicando, con cautela, la medicina apropiada para cada una de ellas.

Por primera vez en años, las tres llegamos puntuales, aunque con reservas. Loreena había endurecido su corazón y dormía de manera intermitente. Me lo decían sus ojos cansados. Mairéad se hallaba en una encrucijada, por lo que había hecho y por dejarnos incomunicadas. Y yo no sabía ni para dónde mirar porque si centraba los ojos en la pelirroja, iba a ponerle cara de tortuga acuática. De hecho, si trinoó alguna melodía en el Starbucks, hasta ese sonido se ahogó. «¡Menudo cuadro!», rumié.

Al fin, Mairéad alzó la voz. Relató entre lágrimas imparables cómo, en un acopio de fuerzas, se lo había contado todo a Brian, y cómo de mal había reaccionado este, diciéndole que necesitaba un tiempo para pensar. «Otro que venía con tiempos», consideré.

—¿Tiempo para qué?, sollozaba Mairéad. ¿Para torturarme?, ¿para liarse con cualquier otra que se le cruce por el camino en alguno de sus conciertos?, ¿tiempo para qué?

—Tiempo para pensar, Mairéad, señalé aséptica aunque empatizando ya al cien por cien con su estado emocional. Y esto también va por ti, Loreena. Mairéad, la has fastidiado y mucho. ¿No te resulta coherente su reacción?, ¿o es que soy la única que entiende que, a veces, la gente necesita distanciarse y marcar espacio cuando te han apuñalado por la espalda?, pregunté retóricamente a ambas ovejas descarriadas que tenía por hermana y amiga. Y, por cierto, ¿cómo se llama el amigo pecador?, ¿o debería decir el listo de la clase?

—Niall, Tréasa, Niall, afirmó mientras rebuscaba en su bolso. Mirad, tengo fotos en el teléfono. No para de mandarme mensajes, añadió mientras se recostaba en el sofá y se frotaba los ojos. No lamenta en absoluto nada de lo que ocurrió. Es más, quiere una relación conmigo o yo qué sé. Incluso me ha ofrecido un puesto como asesora en el Sinn Féin —la rama política, republicana e izquierdista del desaparecido PIRA—. Por lo visto, tiene contactos en el Oireachtas<sup>6</sup>.

—¿Que quiere qué?, enfurecí. Dame el aparato antes de que lo lance por los aires y lo haga explotar, por favor, dije tan acelerada como Six, la recordada amiga de Blossom. Miré las fotos del tal Niall y mi cabeza empezó a funcionar a tres mil por hora hasta que todo encajó y lo identifiqué. Mairéad, deshazte de este tipo,

---

<sup>6</sup> Parlamento Nacional de la República de Irlanda.

¡por lo que más quieras! Y, hazlo ya, manifesté mientras soltaba un teléfono que estaba empezando a carbonizarme los dedos.

—¿Qué pasa, Tréasa?, preguntó alertada por el blanco que tiñó mi tez.

—¿Qué sucede?, imitó mi hermana.

—Nenas, este tipo es un enfermo mental. Es el norirlandés que me encontré aquí las pasadas Navidades. ¡Justo aquí en el Starbucks! El que me dijo que venía de cacería mujeriega. ¡Pedazo de *border line* (fronterizo) mental!, imprequé.

—¿Qué dices, Tréasa? ¡No me asustes!, apuntó Mairéad, con la respiración acelerada.

—Ya lo entiendo todo, dije cabreándome a la velocidad del AVE. Lo que venía era a buscarte a ti, Mairéad. A investigarte, si lo prefieres y si eso te genera más impacto. ¿No habrás flirteado con la política norirlandesa tras lo de Leith, verdad?, ¿no habrás vuelto a caer en la misma trampa? Porque si caes una vez, el error es tuyo; pero si caes dos, ¡ya tienes que hacértelo ver!, estallé.

—¿Qué me estás contando?, sostuvo mi hermana. ¿Es eso verdad, Mairéad?

—¿Me estáis juzgando?, ¿me estáis diciendo que no puedo hacer lo que me de la reverenda gana con mi vida? ¡Porque por ahí sí que no paso!, dictaminó elevando la voz.

—Entonces, ¿para qué narices somos tus amigas?!, ¿para aplaudirte cuando lo haces todo bien?, ¿o también para reprenderte cuando te equivocas?, espeté malhumorada. ¡Porque ahí afuera, en Glasgow, hay un chico estupendo que estoy convencida de que te ama y que no se merece toda esta mierda a la que te has lanzado de cabeza!

—No me puedo creer que todo esto sea verdad, susurró Loréena acariciándose la barriga en claro gesto protector. ¿En qué lío te has metido?

—¡No me he metido en ningún lío! He estado ayudando a mis camaradas desde la clandestinidad, pero también me he planteado la oferta de Niall para pasar a la acción de manera democrática. Porque quiero y porque puedo, ¿está claro? He sufrido, sí, pero doy gracias a la vida por haberme dado tanto y con tanta intensidad: vida, amor y pasión. De verdad, siento deciros que no tenéis ningún derecho para cuestionar si hago esto o aquello. De mi vida, que yo sepa, mando yo y la política norirlandesa es parte de mí, por lo que no pienso bajar la cabeza y dejar que los años pasen sin hacer nada, aseveró tajante.

—No entiendes nada, Mairéad, respondí aturdida por este alegato. No te juzgamos. Nunca lo hemos hecho. Te queremos y, precisamente por eso, no queremos que vuelvas a rodearte de abogados que impidan tu ingreso en prisión.

—No voy a ir a la cárcel, tranquilas. ¡Me voy a ir a la mierda, si es que ya no estoy en ella!, matizó temblorosa fruto de los nervios.

—Ven aquí, anda, dijo Loreena. Y, cuando ella se dejó caer en sus brazos, la abrazó. Y, entonces, yo también me acerqué y las rodeé a las dos con mis brazos. Y

lloramos. Esta vez de pena, de rabia, de incompreensión, de hastío.

—Disculpa si me has malinterpretado, murmuré. No quiero que nadie te vuelva a hacer daño. Sólo es eso, ¿lo entiendes? Y, entonces, el abrazo se intensificó para liberar el estrés, mejorar el estado emocional y sanar nuestros dolidos corazones. Si mis palabras no te han servido, espero que lo hagan mis gestos, añadí.

—¡Ya no aguanto más!, afirmó Mairéad. ¿Cómo puedes mantener tanta entereza en tu vida?

—No es entereza, nena. Es calma, como dicen por ahí, y me ha costado muchas tormentas conseguirla, aclaré.

—Siento haberme puesto así, Tréasa.

—No tienes que sentir nada. Haz lo que te dé la gana, pero haz algo con este tal Niall. No quiero entrometerme, aunque permíteme que me explique porque ahora entiendo todo: primero me pide ayuda para pedir un café si no recuerdo mal, después averigua tu nombre porque se lo digo yo y, vaya, ¡qué justo que sea un activista político norirlandés y que haya ido al mismo seminario que tú! Mairéad, este chico es un lunático y un psicópata de manual. ¡Que te lo digo yo!, puntualicé.

—¡Lo que me faltaba!, clamó haciéndose un ovillo y cubriéndose con la bufanda manta que llevaba puesta. Y perdonadme vosotras también.

—Nosotras no tenemos que perdonarte nada. Nos basta con que no repitas tus errores y que te absuelvas a ti misma, le dije con cariño mientras le acariciaba el pelo. A veces, en la vida, una se tiene que levantar sola y continuar. A nosotras nos tienes, pero la única que puede tomar decisiones y actuar eres tú, afirmé.

—¡Esto no puede estar pasándonos!, certificó Loreena. ¡Maldita Ley de Murphy!

—Tranquila, Tréasa tiene razón. Basta de lamentos. A este lo voy a poner en su sitio, aseveró Mairéad mientras agarraba su móvil, le llamaba al innombrable — porque Harry Potter nos enseñó que quien te deja una cicatriz, no debe ser nombrado—, le recitaba un rosario de improperios, se despachaba a gusto dándole el rapapolvo de su vida y lo amenazaba con ponerle una orden de alejamiento si volvía a buscarla por alguna que otra vía.

Tras ello, el ambiente en sordina se puso un poco más enrarecido si cabe, entre llantos incontenibles y ahogados de los dos pilares de mi vida. Ahora sí que ya no sabía que hacer para sosegar a mis niñas, por lo que desvié la mirada a la ventana, donde un cielo azul y diáfano que debería poder tocarse con las manos me dio la fuerza suficiente para continuar.

—Nunca dejéis que nadie os haga sentir culpables. No caigáis en ese sentimiento de tristeza escondida, aseveré. Es una de las tretas más antiguas que existe: la de generar culpa en los demás, la de afilar esa aflicción por el estúpido

deseo de someter a alguien para sentirse importante o superior. Ambas os estáis martirizando. Sólo hay que veros. Pero, escuchadme, tenéis que poner límites y protegeros. Por vuestra salud psíquica y por vuestra salud emocional. Sois responsables de vuestros actos porque, a veces, todos nos equivocamos. Sin embargo, no sois culpables de nada más que de ser vosotras mismas. Y para algo existen las segundas oportunidades.

Mairéad y Loreena alzaron sus melenas y me miraron estupefactas.

—Bien hecho, Mairéad. Niall es un mentiroso y un canalla, pero no le vamos a dar el gusto de hablar de él ni un segundo más, ¿de acuerdo?, continué, mientras ella asentía con la cabeza.

—Totalmente de acuerdo, dijo Loreena.

—Por cierto, cambiando de tema, sabes que Brian te quiere mucho pero también eres consciente de lo que has hecho. Y, aún así, has tenido la valentía y el arrojo de sincerarte y de contarle algo que otras hubiesen pasado por alto o considerado su adiós a la soltería porque no significó nada, ¿verdad? Y en eso también te tengo que felicitar. Yo tampoco podría ocultar algo así, recalqué.

—No, no, no significó nada. Y sí, no podía mirarle a los ojos y no decirle lo que había pasado. Necesitaba su perdón. Necesitaba que me dijera que no pasaba nada. Que estas cosas pasan en la vida real, pero que no tienen importancia. Y no fue así, sollozó.

—Al menos ahora te sentirás libre como una vikinga en alta mar, apuntó Loreena. Yo ya creo que he fallado en todo y eso no hay quien lo remiende.

—Loreena me he quitado un peso, apuntó Mairéad, pero la losa que ha caído sobre mí es difícil de soportar. ¿No lo ves? Brian me odia y un perverso malnacido me ha utilizado. Y, por si fuera poco, Jamie está empezando a preguntarme por qué siempre me duele la cabeza, que es la excusa que le saco cuando me pueden los llantos y tengo que ladear la cara en el sofá. Y, también, cuando insiste en por qué *daddy* (papi) ya no le llama para darle las buenas noches.

—Dale tiempo, Mairéad. El tiempo pone cada cosa en su lugar, sostuvo Loreena en un intento de mitigar tanto tormento propio y ajeno.

—Entonces voy a tener que decirte lo mismo, amiga, indicó Mairéad mientras se sonaba la nariz.

—Así es chicas, opiné sincera. Pero el tiempo es oro y, a partir de ya, las dos vais a trabajar y mucho por la reconciliación que ansiáis. Menos culpa o tristeza y más acción. Yo no soy quién para deciros cómo tenéis que actuar. Ya sois mayorcitas para hacer autoevaluación y autocorrección, como acostumbro yo en el colegio. Sin embargo, sí os voy a llevar conmigo a clases de Yoga. Creo que, para empezar, tenemos que aquietar la mente y el cuerpo. Mi profesora, Atmananda Devi Kaur, os ayudará mucho. Tiene su estudio en la Plaza del Carmen y es la mejor consejera espiritual que podríais tener en estos momentos. Ya sabéis cuánto

la aprecio. Y, por favor, dejad de llorar las dos... ¡que me va a dar un síncope!

—Me da vértigo que todo pueda acabar mal, pronunció Loreena, mientras Mairéad le aseguraba que a peor no podían ir las cosas, haciendo caso omiso a mi propuesta de clases de Yoga.

—Pues haber pensado antes en lo que estabais haciendo, señalé con madurez. Ahora, asumid las consecuencias. Mairéad, sé que te fascina la política norirlandesa, pero eso no es excusa para liarle con un tarado que te cuenta una de tantas historias tristes que vivieron algunos. No puedes ir por la vida así. Ya no. Asumiste el compromiso del matrimonio y lo has frustrado antes de celebrarlo. Para hacer lo que te dé la gana no te comprometes. Y Loreena, ¿cuántas veces te he dicho que pararas?, ¿que Dress me up! no era el centro de tu universo?, ¿que no eras imprescindible?, ¿que tenías una familia que atender? Parece mentira que aún no hayáis aprendido que el amor es algo que se riega todos los días. ¡Todos! Y, por supuesto, se le honra con dignidad, fidelidad y lealtad. Y, ahí, lo siento, pero las dos habéis sacado un cero más grande que la Plaza Redonda de Valencia.

Durante los minutos que Mairéad y Loreena tardaron en limpiarse las lágrimas con sus dedos y amontonar pañuelos de papel en la mesa, yo traté de atemperar mi nerviosismo y, mirándolas, empezaron a venir las musas para iluminarme con estrategias amorosas. Ya dije que no era quién para decirles lo que debían de hacer, aunque les había dado una reprimenda y un sermón de narices. A mí me iban a tener que ayudar Liam y David, pero quedaban tres meses para la boda y, por mis ovarios, que Mairéad se casaba con Brian y mi hermana se reconciliaba con Aiden.

—Chicas, tengo dos sugerencias, anuncié calmada, si es que vosotras estáis tan obstruidas mentalmente que no podéis pensar en ninguna. Va a ser difícil, pero tenemos que intentarlo. Ya sabéis que ningún mar en calma hizo experto a un marinero. Así que a currárselo y mucho.

Ambas me escucharon y quedaron asombradas.

## El que faltaba

Si abril vino con fuerza, mayo no se quedó atrás. Con los dos planes de reconciliación puestos en marcha, los proyectos con mis alumnos, y el amor de Liam y Lucy me sentía más viva que nunca.

Las clases con Atmananda Devi Kaur estaban siendo un éxito para las dos lloronas (y ahora sí que etiqueto porque es inevitable) y para mí, que, os podéis imaginar cómo me encontraba. Mairéad y Loreena estaban aprendiendo a conocerse a ellas mismas, a dejar fluir sus emociones, a hipar cantando mantras antiguos, a relajarse con asanas sanadoras y a pensar en positivo gracias a la práctica de la meditación guiada de manera oral y a través del Naad Yoga. Mi maestra era la única valenciana en saber practicar esta disciplina tan recomendable, pues consistía en experimentar con mantras y sonidos sagrados de la tradición vedante y del Shabad Guru, con instrumentos como el sarangi (que significa «cien colores/voces»); un aparejo, por cierto, del que ya se hablaba en las antiguas escrituras védicas.

Además, acababa de graduarse en esta disciplina del Naad Yoga en la India, en un viaje realizado con la compañía de su familia, del que había vuelto más bella, si cabe, por dentro y por fuera. Era luz. Pura luz que contagiaba lo mejor de ella. Luz que necesitaban mis dos chicas para mirar de frente a la vida y sobreponerse a la ansiedad. Luz que necesitaba yo misma.

Por otro lado, haberme criado visionando una y otra vez *Gone with the wind* (Lo que el viento se llevó), *The sound of music* (Sonrisas y lágrimas) y *Grease*, tenía que tener un propósito en la vida, me repetía constantemente cuando practicaba la meditación. Digamos que eran señales que recibía y que debía atender. Y así lo hice. Planeé trabajos amorosos inspirados en estas leyendas cinematográficas. Porque, que yo sepa, en las películas y en la vida real, las historias de amor no terminan hasta que no aparece *The end* (fin) en la pantalla o se pronuncia un «adiós».

A Mairéad, que era más de la vertiente irlandesa, le venía que ni pintada la historia de la caprichosa Scarlett, así que íbamos a transformar los errores en aciertos. No iba a dejar escapar a su Red Butler, pese a la traición perpetrada como la singular señorita O'Hara. Me negaba en rotundidad. Para eso, cual *Celestina* de

Fernando de Rojas, ya había empezado a retomar contacto con Brian tras lo sucedido y ya había tratado de hablar con él sobre el tema tan espinoso del gánapiro gazapo de su chica. No obstante, era Mairéad quien debía ganarse su perdón. Yo solo era la amiga de ambos.

Loreena, en cambio, era más de *Grease* en la secuencia final de transformación de Sandy. Si quería reconquistar a Aiden, tenía que dar un giro radical a todo. Incluido su aspecto de pija de raza.

Y, como *The sound of music* les venía muy bien a las dos, porque la música tiene un poder de curación tan grande como el ejercicio físico, decidí incluir un poco de ella para lograr nuestro objetivo.

Sin descuidar sus trabajos como profesora de Filosofía en la Universidad de Filosofía de Valencia y como dueña y gerente de Dress me up!, ambas estaban muy aplicadas en la tarea a llevar a cabo que les había puesto, por defecto profesional, una tarde en el Starbucks de la Calle de la Sangre, que por fin había abierto tras un proceso de reforma integral. Ambas debían restaurar el vínculo roto como hizo Mérida en la preciosa película infantil, *Brave*. Y ambas lo estaban consiguiendo a su manera. O, al menos, iban dando pasos.

Entre días de peluquería casera –pues nos apañábamos entre nosotras–, y tardes de manicura en un local del Centro Comercial Nuevo Centro de Valencia, trazaron con cautela su propia hoja de ruta.

Mairéad había empezado a escribir un diario llamado «Mi vida sin Brian», que enviaba cada noche al correo electrónico del mismo sin obtener respuesta las primeras semanas. El encabezado y el cierre siempre eran los mismos: «Perdóname, mi amor. No habrá años suficientes en esta vida para demostrarte cuánto te quiero». Las primeras respuestas electrónicas por parte de Brian fueron escuetas. En las sucesivas, se atrevió a mandarle «un beso». Y, posteriormente, sus misivas rezaban un «nos vemos pronto»; y un «te echo de menos, *ginger* (pelirroja)», que daba a entender que la cosa iba la mar de bien. O eso pensaba yo.

Loreena había decidido ser la madre y esposa que en algún momento dejó de ser, además de la mujer de armas tomar que era. Redujo su jornada laboral, incluidos los viajes, se volcó en el cuidado de Elsbeth y cambió su look cortándose la melena morena y dándole así un aire más inocente y juvenil a su rostro. Pero, lo más importante fue que se dedicó en cuerpo y alma a reconquistar a Aiden.

Para tal empresa, comenzó a realizar montajes digitales que dejaba, semanalmente, en el buzón de la casa de Ben y en los que, mediante fotos y vídeos, relataba su preciosa relación. Cabe decir que mi hermana jamás hubiese hecho nada parecido ni por asomo porque esto era considerado como una «bobería típica tuya». Cada domingo por la noche, mientras paseaba por la Gran Vía de Germanías con Elsbeth, se desviaban hacia la calle Salamanca, en la que vivía temporalmente Aiden, y le dejaba uno de estos archivos audiovisuales, como si de

una entrega de fascículos se tratara. Y aunque Aiden era más bien parado de carácter, Liam y David pronto habían atisbado cierta alegría en su rostro los lunes por la mañana, los martes y hasta los miércoles.

Yo, por mi parte, interrogaba a Liam siempre que tenía ocasión, tras muchos besos y caricias que tanto me reconfortaban. Y, por otro lado, freía el teléfono de mi hermano David para saber si había hablado con Brian, antes de hacerlo yo, al menos, una vez por semana, y para ver cómo estaba el tema del papeleo, porque yo estaba empeñadísima en que la boda se iba a celebrar. ¿Cuándo? No tenía ni idea, pues Brian y Aiden estaban muy disgustados a su manera. Y era comprensible. Pero todo apuntaba a que iban dejando a un lado el dolor y abriéndose de nuevo al amor y al perdón.

Ahora bien, con tanto trajín, hasta yo necesitaba un descanso, así que pedí a Loreena que se quedase a Lucy en su casa un sábado por la noche y Liam y yo nos fuimos, primero de cena romántica para dos y, posteriormente, a un nuevo concierto de Roc, en un espacio cultural de referencia en el barrio de El Carmen.

Loreena aceptó encantada. Me dijo que tenía algo que comunicarle a Aiden, con una sonrisa nada casta. Suponía lo que era, pues entre nosotras no había secretos, y pensé que su sábado tampoco iba a estar nada mal y más con las crías entretenidas.

La cena resultó exquisita. Liam tenía un gusto sobrenatural para elegir restaurantes y menús y esta vez me llevó al Restaurante Submarino del Oceanogràfic de Valencia; uno de los lugares con más encanto de la ciudad, no sólo por la espectacular cubierta diseñada por Félix Candela, sino también porque te permite saborear cada plato en el interior de un acuario circular que envuelve el establecimiento y te ofrece la sensación de poder tocar, con la yema de los dedos, los peces y animales acuáticos que allí habitan.

Degustamos el menú para dos y nos animamos un poco más de lo normal con vino tinto de Rioja, nuestro preferido, entre risas resguardadas, mientras desahogábamos tensiones en una conversación que no tenía fin.

El concierto fue otra historia. Ya la llegada y el clima me parecieron un tanto anómalos. «Demasiada chiquillería», le dije a Liam. Incluso me sorprendí de ver en las primeras filas a algunas de mis alumnas del colegio, aunque el local permitía la entrada a mayores de 16 años. Y, a decir verdad, las que estaban, o ya los habían cumplido o daban la impresión de tener incluso un par de años más.

En cualquier caso, fuimos al encuentro de Nicolás y Paula, mis compañeros en la escuela y, como yo, fans incondicionales de Roc. Liam les tenía también mucho aprecio, pues solíamos reunirnos a menudo en casa para cenar. Así que, también eran sus amigos.

Puntual como siempre, nuestra estrella del momento salió al escenario, y todos bailamos y coreamos las canciones del repertorio catalán de Roc. A Liam

todo esto le parecía muy «*typical Spain*» (típico de España) o «*typical Valencia*» (típico de Valencia) pero, pese a exudar autoridad, incluso en una noche de fiesta, se divirtió como el que más amenizando la velada con sonrisas contagiosas y altas dosis de whisky con hielo. Menos mal que Lucy no iba a olernos al llegar a casa o se emborracharía sólo por el aliento de sus ebrios padres, le susurré a Liam mientras lo besaba a intervalos y bailoteaba y reía a partes iguales con Paula. En verdad, estaba siendo una noche fantástica.

Tan fantástica que no podía ser verdad. Y no pudo. Al acabar el concierto, nos tomamos una última copa con Roc mientras la gente iba abandonando el pub, entre ellos, Nicolás y Paula, que últimamente andaban muy unidos. Vaya, que para mí que eran pareja, pero hasta que no se pronunciaran, no iba a soltar ni pruna. Porque no sé en qué pozo se estaba metiendo Paula, dada la flexibilidad amorosa de Nicolás. Más le valía que la tratara bien, pensé, pues últimamente parecía más una justiciera que una maestra cándida y amorosa.

La fama de Roc y su reconocimiento en tierras catalanas, además de valencianas, iba en aumento y nosotros, el grupo de seguidores, no podíamos estar más orgullosos y felices de que así fuera. Finalmente, nos despedimos de él y salimos fuera a la espera de un taxi.

Me dolían los pies y mi siempre atento *highlander* decidió cogerme al brazo un rato mientras pasaban los minutos y no había coche que diera señal. Después de media hora de hilaridades y complicidad a la puerta de un *pub* solitario donde el transporte público brillaba por su ausencia, Liam me propuso regresar dentro y pedirle al representante de Roc, que era abstemio, que nos llevase a casa. Porque esperar un taxi en El Carmen estaba complicado.

De este modo, orillando el camino hasta la entrada, dado nuestro estado, entramos de nuevo al recinto ya medio oscuro. Buscamos a Roc, pero no encontramos ni rastro del mismo. Le preguntamos a uno de los camareros que estaban terminando de reponer las cámaras de bebida si sabía dónde se hallaba y nos indicó una puerta donde se suponía que se estaba cambiando y recogiendo el material. Agitados por el frío que había empezado a calar nuestros huesos, nos dirigimos a la puerta y abrimos sin llamar. Lo que vi me dejó exhausta. Roc se lo estaba montando con dos de mis alumnas delante de mis narices.

La borrachera se me pasó en un instante y, en un arrebato, me abalancé sobre Roc y le estampé un puñetazo en toda la cara. Y porque Liam me frenó. Sino, esto acaba en batalla campal. No daba crédito a lo que veían mis ojos. Roc era un mujeriego enfermizo, pero la bacanal que había organizado con estas dos menores era lo último que me podía esperar de él. A las adolescentes descerebradas de mis alumnas les canté las cuarenta mientras las obligaba a vestirse y me encargué, personalmente, de llamar a sus padres y de comunicarles lo sucedido. Porque, por principios, ante algo así no podía echar la vista a un lado.

La noche acabó con policía de por medio y avisos de denuncia por parte de los padres de las menores. La carrera de Roc se iba a ir al carajo o no, ¿quién sabe?, pero, lo más triste de todo, es que nuestra relación de amistad ya se había ido hacía unos 30 minutos.

## 17

### Pol

Loreena se había hecho el tan afamado e inocuo análisis de sangre según el cual se podía conocer el sexo del bebé a partir de la séptima semana del embarazo. Lo que pasa es que lo había mantenido en secreto. Además, servía también para descartar cualquier trastorno genético asociado al sexo, a partir del estudio de fragmentos del ADN no celular del plasma procedentes del feto, como hemofilia, fibrosis quística o Huntington.

La fiabilidad de la prueba rozaba el 100%. Estaba claro: iba a ser un varón. Y se iba a llamar Pol, que sonaba como Paul, pero que en realidad era un nombre catalán. El nombre con el que Aiden y ella habían fantaseado tantas veces antes de tener a Elsbeth porque les resultaba preciosa la caligrafía y el sonido inglés de un nombre que no lo era.

Me lo contó una tarde en el *atelier* en la semana novena de su embarazo. A mí, a Elsbeth y a nuestros padres, Meribeth y Daniel, que estaban siendo de gran ayuda para mi hermana en este brete. Mi madre era un ser resolutivo por naturaleza y se manejaba muy bien en la vida y en la tienda. Por su parte, mi padre era un niño redomado y un experto en economía que le llevaba las cuentas del negocio; unas cuentas más bien copiosas que le permitían una vida de lujo y oropel. Aunque lo de oropel lo estaba dejando a un lado para mostrarse como la chica honesta y de buen corazón que era. Para demostrarse a sí misma, a Aiden y al mundo que estaba cambiando. Que ya no salía de cena ni asistía a fiestas privadas con clientas para mantener un *status* absurdo que la llenaba de disgustos y le restaba personalidad.

Cuando hizo pública esta bonita noticia ya habían pasado casi dos meses. Mis padres, a su manera, estaban encantados con la idea de ser abuelos de nuevo y ninguno de los dos guardaba rencor a Aiden. Más bien lo añoraban. Aunque les faltaban piezas en el edredón de *patchwork* sentimental de mi hermana, sabían de la independencia a la que acostumbraba y eran conscientes de la mella que ésta podía haber hecho en su vida familiar. No lo culpaban. Más bien, sentían lástima y pedían a la vida que los volviera a unir.

Loreena no le había dicho nada a Aiden en este tiempo, pese a que ya habían acercado posturas y le había pedido acompañarla a sus revisiones

ginecológicas. Dado que mayo fue un mes de gran actividad en Dress me Up!, con clientas por doquier buscando el vestido ideal para bodas, bautizos y comuniones y nuevos escaparates que montar para tal ocasión, Loreena –embarazada ya de cuatro meses– decidió no mandarle más recuerdos audiovisuales del pasado en común que habían compartido. Una: No tenía tiempo. Y dos: Ya estaba bien de regodearse en lo que fue. Había un bebé en camino. El niño que alguna vez imaginaron. La ecografía con el nombre Pol escrito en el Asunto del correo electrónico más significativo que le mandó un sábado a las 22:00 horas de la noche. La imagen que lo iba a cambiar todo.

Aiden tenía la costumbre de llegar a casa y apagar el teléfono móvil, incluido el fin de semana. Era un hábito muy masculino, en verdad, el de desconectar por completo a la salida del trabajo y dejarlo así de viernes a lunes si se le antojaba. A las mujeres no se nos permitía esa licencia, según comprobaba en el día a día de mis amigas. Porque la sociedad adolecía y adolece de machismo y, de este modo, continuaba sumando siglos de ignominia para desgracia del feminismo. Se avanzaba, pero no era suficiente. Todavía quedaba mucho terreno por conquistar y mucho techo de cristal que despedazar.

Aquel sábado llegó a casa de su amigo Ben muy cansado. Hidratess, la empresa que compartía como socio con Liam y mi hermano David, estaba abriendo nuevos mercados en Bruselas y Alemania y los viajes empezaban a ser constantes. Esa semana justo había tenido que estar en Bélgica de martes a viernes, de manera que había decidido pasar el sábado con Elsbeth. Habían comido en el restaurante *El Racó del Senyoret*, de la Calle Correos, y habían pasado la tarde paseando por el cauce del río Turia, el pulmón verde de Valencia. Y estaba cansado, la verdad. Muy cansado. De manera que cenó algo rápido y se fue a la cama.

El domingo amaneció ya relajado. Mientras se preparaba un café y su amigo lo miraba por encima del periódico diciéndole la misma tontería de siempre como George Clooney en el anuncio: «*Nespresso, What else?*», Aiden encendió el teléfono móvil, en un acto reflejo, y se quedó petrificado al revisar los correos electrónicos.

Pol, rezaba el Asunto. Y, en el interior del correo sólo atisbó a ver una foto de una ecografía y el vídeo correspondiente donde aparecía un minúsculo niño ya formado, con sus cinco dedos en cada extremidad y con una sonrisa que dibujaba sin querer cada pocos segundos en la pantalla.

La felicidad que sintió en esos momentos no se pudo explicar. Y, por fin, se dio cuenta de que Loreena estaba cambiando. De que intentarlo de nuevo con ella ya no era una posibilidad remota. Que tal vez, este bebé, en lugar de separarlos definitivamente, como ocurre tantas y tantas veces en los matrimonios rotos, había venido para unirlos para siempre. Una imagen que no pudo borrar de su mente desde aquel momento en que lo vio por primera vez. Y, sin pensarlo dos veces, se

vistió rápido y recogió su ropa y sus cosas dispersas en casa de Ben. No veía el momento de volver a casa con sus dos princesas, a la espera del ansiado niño.

## 18

### Brexit

Junio fue un mes liberador en muchos sentidos. La reconquista de mi hermana era pan comido, pues Aiden había vuelto a casa y estaban intentando reconectar a su manera. La de Mairéad iba más pausada, pero iba, y yo, por fin, estaba a punto de dar por terminado el curso escolar, que tan buenos frutos académicos había arrojado para felicidad de mis alumnos y de sus padres o tutores. Y digo, por fin, no por querer librarme de mis preadolescentes, sino porque los últimos meses habían sido demasiado intensos y agotadores y necesitaba vacaciones. Más que nunca. Sobre todo, tras el intenso período de evaluaciones, tutorías para entregar notas y recomendaciones, así como organización y preparación del material necesario para el próximo recorrido académico que arrancaría, como siempre, en septiembre. Tenía agotamiento físico y emocional.

Brian y Mairéad me habían comunicado por separado, que la boda estaba más que cancelada, pero yo no iba a darme por rendida tan fácilmente. Cara y Caitlin, las hermanas gemelas de Mairéad tampoco. Quedaba un mes para el enlace ficticio que nos habíamos imaginado y ahora nuestras quedadas eran semanales. Loreena también se había unido al grupo, pues pensaba que si los dos tortolitos no hallaban un punto de retorno, ella también contribuiría a que así fuera. Y ahí andábamos: seleccionando textos de Yeats, bardos o almibarados poetas escoceses medievales, escribiendo los nuestros propios, eligiendo música, confeccionando vestidos –incluido el de la novia– y preparando el decorado y la ubicación de los asistentes, que iban a ser los imprescindibles. Los de casa.

Sin embargo, el tiempo se nos echaba encima y nuestra pareja del verano, pese a su acercamiento, se había estancado en sus quehaceres particulares. Mairéad encontró refugio en Jamie, la Filosofía, sus clases de ballet y de Yoga y su guitarra; y Brian, por su parte, en la música en general y en preparar la gira estadounidense para mediados de julio que había cancelado unos meses atrás.

El cuarteto *Te casamos como sea*, al fin aceptamos un tanto la realidad. De este modo, hilvanamos la idea primero y concluimos después en que archivar temporalmente el enlace era la única alternativa. Así, acordamos disolver la efímera entidad y volver a nuestras cómodas rutinas hasta un mes antes de la fecha

elegida.

Yo, por mi parte, decidí volver a Glasgow para hablar en persona con el sacerdote, Joseph, y con Brian. No es que me diera por vencida, pues tenía la costumbre de no hacerlo, pero sí creía conveniente aclarar estos asuntos con los involucrados y, sobre todo, con el cura, que tan atentamente me había tratado. Muy adentro de mí, sabía que Mairéad y Brian estaban destinados a acabar juntos, así que... ¿por qué no aplazar la boda sin decirles nada a nadie?

Pedí a las gemelas Cara y Caitlin que me acompañasen a mí y a Lucy a Escocia la primera semana de julio, pues todas trabajábamos hasta finales de junio. Estaríamos unos días en Edimburgo, disfrutando de la familia, pero también anunciando a toda la familia y amigos cercanos la postergación de la boda. El viernes, viajaríamos a Glasgow para hablar con Joseph y Brian y el sábado regresaríamos a Edimburgo para tomar el avión de vuelta a Valencia el domingo.

Loreena declinó su asistencia, pues julio era un mes fuerte para Dress me Up! con el inicio de las rebajas. De hecho, había pensado hacer un parón porque, a decir verdad, no le daban las horas y ahora, que ya se encontraba en el segundo trimestre de su embarazo, Aiden y ella estaban cortejándose como si de novios se trataran. Se sentía vigorosa y se la veía feliz.

Por su parte, Mairéad estaba totalmente centrada en su faceta laboral y en los exámenes que debía preparar para sus alumnos de la Facultad, pues, aunque en un principio había pedido a sus compañeros que los hicieran por ella para poder disfrutar del mes de julio, tras la ruptura con Brian, optó por restaurar la normalidad en todos los aspectos de su vida y hacerse cargo de sus responsabilidades como profesora y como mujer. Porque la responsabilidad de la maternidad jamás la había abandonado. De hecho, Jamie era el motor de su existencia. No obstante, acabadas las clases del niño, no podía estar con él siempre, así que lo cuidábamos entre todas. Lucy lo adoraba. El sentimiento era mutuo. Definitivamente, julio no era una buena fecha para la diversión, se decía Mairéad a sí misma mientras revisaba su agenda. Tampoco agosto, pensó, pero ya le pondría remedio a ello. Jamie y ella se escaparían a algún lugar.

Los billetes para el enlace eran otro asunto que atender. Ya estaban comprados y cancelarlos era una auténtica locura, por no decir que, menos a Mairéad, al resto nos hacía mucha ilusión viajar a Escocia y reencontrarnos con nuestras familias. Ahora bien, si no había boda en julio... ¿por qué no cambiarlos de fecha para Samhain y revivir una noche mágica, esta vez, con toda la familia y todas las amigas juntas?, ¿por qué no celebrar la boda en esa fecha?, tintinearón mis hormonas en mis adentros.

Cara y Caitlin estaban encantadas con la propuesta. Hacía años que se perdían la fiesta y, ahora, que ya eran adultas, querían unirse a nuestro aquelarre y vivirlo con todo su esplendor, ataviadas con indumentaria tradicional del siglo

XVIII en la noche más tenebrosa y lúgubre del año. Incluso Loreena estaba entusiasmada con la cita, pues, en principio, ya habría dado a luz. Estaría rellenita, nos dijo, pero todas sabíamos que eso era imposible porque, hasta embarazada, tenía un cuerpazo de escándalo. En cualquier caso, había decidido ir confeccionándose un vestido cómodo, pero con mucho estilo.

Por otro lado, pensó en cogerse la baja laboral en agosto y pasar el último trimestre de gestación con Elsbeth en casa de la abuela Mary Margaret y del abuelo Rafael, en compañía intermitente de Aiden. Si la compañía aérea la dejaba regresar en septiembre, volverían a casa. Si no, Pol nacería en Edimburgo. Nuestros padres iban a estar allí también durante unos meses. Al frente de Dress me Up! iba a dejar a su segunda de abordo, Adriana, y estaba convencida de que lo haría genial y la mantendría informada en todo momento, tanto a ella como a su padre, porque era, lo que se dice comúnmente, una hacha. Elsbeth parecía hechizada con la idea, pues no sólo estaba feliz con la reconciliación de sus padres sino que, además, éstos ya le habían conseguido cursos de verano en un instituto de Edimburgo para que no se aburriese en casa. Incluso había previsto la posibilidad de que cursara su primer mes de instituto en esta ciudad. Estar allí hasta Navidad se le antojaba una idea idílica para la joven y una experiencia que no todo el mundo podía disfrutar. A la preciosa morena de pelo rizado que tenía por sobrina, la adolescencia le insuflaba unas ganas de conocer gente nueva y de vivir aventuras inauditas en lugares inexplorados que eran una verdadera fortuna. Y ni qué decir de su idea de probar suerte cantando en bares escoceses.

A Mairéad, por otra parte, habíamos decidido no decirle nada y regalárselo como viaje sorpresa. Ella amaba las tradiciones y, en especial, el antiguo Hallowe'en celta. Al menos, hasta la fecha, había sido la más apasionada de las tres, pero su tez cada vez era más pálida, su cuerpo más delgado y el alma que asomaba por su rostro, día a día, irradiaba menos luz. La relación con Brian se había normalizado. Sí, esa era la palabra, pero nada más. Habían decidido verse, pero «mucho más adelante». Quizás Samhain era un buen momento, ¿no?, pensé yo con sonrisa retorcida incluida.

El 31 de octubre de 2016 caía en lunes, así que en Valencia íbamos a tener puente laboral. Y, puesto que todas andábamos necesitadas de magia y diversión, me pareció una gran idea hablar con el director de la Agencia de Viajes de la oficina que tenía El Corte Inglés en la calle Colón de Valencia, y conseguir que nos cambiara la fecha de ida y de vuelta, por un coste extra que resultó irrisorio. Así que, por este lado, asunto resuelto.

Sin embargo, el 24 de junio nos despertamos con una noticia sobrecogedora. El día anterior, una mayoría ciudadana del Reino Unido había votado *Sí* a la salida del país de la Unión Europea (UE) en un referéndum apodado *Brexit*; un acrónimo inglés formado por la unión de *Britain* (Gran Bretaña y Reino Unido en general) y

*exit* (salida). Resulta que el primer ministro británico, David Cameron, presionado por parlamentarios de su partido y por miembros del UKIP (Partido por la Independencia del Reino Unido) había anunciado, a principios de 2013, la celebración de esta consulta ciudadana si ganaba las elecciones generales de 2015. Y había cumplido con lo prometido, pero no era consciente del embrollo que se le venía encima. De hecho, tras ganar el *Sí* no pudo más que anunciar su dimisión para el mes de octubre. Vaya, ¡qué justo!, pensé. ¡Menudo mes de octubre nos esperaba!

Para empezar, las consecuencias políticas, económicas e institucionales del *Brexit* garabateaban un horizonte de lo más complejo y nublado, pues el Reino Unido iba a tener que definir un nuevo marco de relaciones con la UE, cuya credibilidad había sido asestada con un buen mazazo.

La familia no dábamos crédito a lo sucedido. Si bien es cierto que habíamos apoyado el *Sí* en el referéndum celebrado por los escoceses el 18 de septiembre de 2014 para ser un país independiente, pese a que muchos de nosotros no pudimos votar por no ser residentes en Escocia y a sabiendas de la incertidumbre que esto conllevaría a nivel económico, esto cambiaba radicalmente las cosas para Gran Bretaña, para Irlanda, para Gales y para Escocia. Y para Gibraltar, que pronto iba a empezar a hacerle ojitos a España.

La abuela Mary Margaret no podía estar más feliz, pues, a su juicio, por fin, Escocia, que había sido un estado soberano hasta la aprobación del Acta de Unión en 1707, iba a ser independiente en un nuevo referéndum o lo que se quisiera hacer, pues ¿qué escocés querría vivir fuera de la Unión Europea?, ¿qué escocés no anhelaba recuperar el control de su nación?, ¿cuántos jacobitas, en el fondo, habían muerto por conseguir este sueño?

Nuestros padres Meribeth y Daniel también estaban contagiados por la euforia que se generó en determinados lugares de las *Highlands ipso facto* tras la consulta ciudadana. Y, así, en general, todos teníamos en mente una Escocia independiente. Al final, «la jacobita» iba a ver cumplido su sueño, le comenté risueña a Liam.

No obstante, las repercusiones a nivel económico que tanto nos preocupaban, al menos a los jóvenes, pronto se empezaron a notar. La libra esterlina no tardó mucho en sufrir su mayor caída desde 1985 y los mercados bursátiles se hundieron mientras el Banco Central Europeo y el Banco de Inglaterra buscaban la fórmula para evitar el caos.

Mis abuelos perdieron dinero y mis padres, nuestro hermano y nosotras también, pues nuestros maridos tenían cuentas bancarias en Reino Unido.

A nivel de credibilidad, la UE debía dar signos de unidad para evitar el tan peligroso efecto contagio o efecto dominó en otros países comunitarios que podrían estar hartos de aportar mucho y recibir poco. Así, los 27 estados miembros

debían mostrar a Londres que su salida iba a tener gravísimas consecuencias para frenar cualquier conato de populismo independentista como el que había propuesto la líder del Frente Nacional, Marine Le Pen, en Francia o el ultraderechista, Geert Wilders, en Holanda. Y algo parecido podría suceder en Suecia y Dinamarca.

«Uf», supiré, mientras finiquitaba, a modo de resumen y en una antítesis dialéctica, que el *Brexit* era bueno para Escocia pero era toda una amenaza para Europa. La que tanto había costado edificar. Los 27 debían dar un golpe en la mesa contundente si lo que querían era evitar más fugas.

Tras una cena familiar en nuestra casa el día 24 organizada como *Gabinete de crisis* para hablar del asunto, echando mano de una metáfora amorosa de lo menos oportuna, aseveré en voz alta y, sin darme cuenta de la incomodidad que causé en Mairéad, que las separaciones se habían vuelto en algo habitual no sólo en nuestra familia sino también en los países que llevábamos en nuestro corazón. Pero, lo arreglé como pude y, segura de mí misma, afirmé que las reconciliaciones también eran un hecho.

## Reencuentro

Tras el *Brexit*, Mairéad no pudo esperar más y el 25 de junio llamó a Brian. Sabía lo mucho que Brian ansiaba la independencia de Escocia y a ambos les unía este fuerte atractivo que posee la política cuando se vive de verdad y se integra en el día a día. Además, Mairéad intuía que Brian también habría sufrido pérdidas económicas y quería que supiera que, pasara lo que pasara, podía contar con ella. Y, bueno, era la excusa perfecta para escuchar su voz. Para estudiar su respiración. Para sentirle cerca.

—Hola Brian, ¿cómo estás?

—Hola Mairéad. Contento de escucharte, señaló abatido.

—Ya sabes a lo que me refiero, esperando que atase cabos políticos.

—Y tú también. Pero sí, en cuanto al *Brexit* estoy feliz por una parte y triste por la otra. No sé cómo empastar ambos sentimientos.

—Bueno, al menos no han desaparecido. Ya me puedo dar con un canto en los dientes, apuntó irónica.

—¿El qué?, ¿los sentimientos? Esos nunca se van, Mairéad, dijo un Brian agotado de luchar contra ellos.

—No sé si debería decir esto o no, pero quiero que sepas que si tienes cualquier necesidad económica, puedes contar conmigo. Sé que has hecho grandes inversiones y también soy consciente del estado de la libra.

—Gracias, *honey* (cariño). De verdad. Pero en eso no me puedo quejar. Soy más bien un afortunado y confío en que todo se arreglará. Mis preocupaciones son otras, si a esto te refieres.

—Bueno, señaló Mairéad, en un intento de ganarle tiempo al tiempo para procesar esta última frase. Yo también espero que todo se arregle más pronto que tarde, remarcó Mairéad sentada en el coche rojo de alquiler, feliz de que la hubiese llamado cariño de nuevo. ¿Ya has preparado la maleta para la gira americana?

—Sí, más o menos. Últimamente no le he prestado mucha atención a la ropa y demás. He estado componiendo nuevos temas y encerrado en el estudio el último mes ensayando, probando nuevas voces y afinando guitarras con Kyle, Matthew y Robin, así que ando un poco desconectado del mundo. Pero, sí, el 15 de julio nos vamos a Nueva York, donde pasaremos el fin de semana y daremos un

concierto, y ya después nos dirigiremos hacia la costa oeste, parando cómo no en Las Vegas y finalizando en San Francisco. Estoy contento. Es una buena oportunidad para crecer profesionalmente.

—Vaya, sí que lo es. Me alegra saber que te hace feliz, dijo mi amiga la pelirroja, mientras uno narraba por puro reflejo y la otra no se estaba enterando absolutamente de nada. Y, bien, sólo espero que los hoteles tengan WIFI porque voy a seguir mandándote nuevas entregas de «Mi vida sin Brian».

—Eres tremenda, Mairéad. ¿No vas a tirar la toalla?

—¿Contigo? Nunca. Ya no sé vivir sin ti. Y voy a hacer todo lo posible y más para que algún día me perdones y tú tampoco puedas vivir sin mí.

Frotándose los ojos mientras sorbía una cerveza Brian dijo:

—Me lo estás poniendo muy difícil, *lassie* (muchacha). He intentado sacarte de mi cabeza, porque lo que hiciste fue muy feo. Pero muy, muy feo. Me defraudaste y rompiste algo que no sé cómo recomponer ni como persona ni como músico. Fíjate que hasta he creado mi propia versión acústica de *Try*, de Pink. La que tanto te gusta. Y, sin embargo, te echo de menos. Y, sin embargo, sé que no lo volverías a hacer. Y, sin embargo, mi corazón ya no es sólo mío.

—No significó nada, Brian. Fue un error. Y estoy dispuesta a remendarlo durante el resto de mis días. No te arrepentirás. Te lo prometo. Eres el amor de mi vida y yo fui una completa estúpida. *I know that I don't measure up but I love you* (Sé que no doy la talla, pero te quiero).

—No sé Mairéad, caviló Brian cansado.

—Te quiero, insitió Mairéad. Y quiero que me cantes esa canción.

—Tú allí, yo aquí...

—Sí, tú sentado en el portal de tu casa bebiéndote una cerveza y yo mordiéndome las uñas pensando en qué más puedo hacer. ¿No te han dicho nunca que no se debe beber solo?

Brian se levantó sobresaltado, mirando en todas partes y buscándola con la mirada. Y, allí, en su casa victoriana de Glasgow, recostada de pie sobre un coche rojo, como el color de su pelo, estaba ella, con sus vaqueros y su chaqueta de punto larga: la mujer que no podía sacarse de su mente y de su corazón.

El tiempo se paró. Literalmente. Y, poco a poco, fueron apagando sus teléfonos, acercando sus cuerpos y prendiendo sus corazones. Y, poco a poco, beso a beso, abrazo a abrazo, las dudas fueron disipándose, experimentando una profunda sensación de paz y dando paso a la verdad: que perdonar, a menudo, es un acto de amor que concede más libertad, más felicidad y más sabiduría que vivir anclado en el rencor. Y, además, es que hay personas que están hechas de acero inolvidable. Y estas dos así lo eran. Al menos para ellas.

## A thousand kisses deep

Mairéad y Brian no podían ser más felices. Desde aquel 24 de junio en el que se reconciliaron a base de besos, caricias, sexo libertino y promesas de fidelidad y lealtad hasta los confines del universo, la bonita pareja experimentó una profunda sensación de paz y, Brian, en particular, quedó conmovido por la magnánima bondad y tenacidad de su *umbridled ginger* (pelirroja desenfrenada), como estaba empezando a llamarla.

En un arrebató pasional, en una noche que no acababa, donde se alternaban la intimidad, el alcohol, las luces de la calle y el sueño a partes iguales, Brian se levantó. Mientras Mairéad dormía plácida a la espera de una nueva ofensiva amorosa, agarró su guitarra Martin. También había adquirido una Fender, pero esta era su favorita. Se sentó en el borde del sillón azul marino de la habitación abuhardillada para mirarla y disfrutarla al natural. Era una experiencia mística verla ahí, desnuda y al amparo de una única sábana blanca, que dejaba entrever la belleza de su cuerpo, en ese juego de luces y sombras que tiñe las noches irrepetibles. Era única. Era suya. Era la dueña de su corazón.

Hipnotizado por esos instantes de felicidad que, por otro lado, se deben conquistar cada día, trataba de decirle algo bonito que estuviera a la altura de sus entregas de «Mi vida sin Brian». No sabía si recurrir a la canción que le había compuesto en las interminables noches en vela que pasó durante su ruptura, pero pensó que mejor dejarlo para otra ocasión. Y así, sin más, prendió una vela de aroma de canela y sus dedos empezaron a rasguear unos acordes conocidos. Y con una voz desgarrada y emotiva a estas horas de la madrugada, entonó e hizo suya *A thousand kisses deep* (A mil besos de profundidad), la preciosa canción poema de Leonard Cohen, al que tanto admiraban ambos.

*You lose your grip, and then you slip  
into the Masterpiece.  
And maybe I had miles to drive,  
and promises to keep:  
You ditch it all to stay alive,*

*a thousand kisses deep.*<sup>7</sup>

Poco a poco, Mairéad fue despertándose, levantándose y recostándose sobre su almohada mientras respiraba lentamente el olor de la candela y lloraba, pero esta vez de felicidad. Atónita, muda por primera vez en mucho tiempo, no podía creer que tanta dicha fuera real. Sus húmedos ojos verdes azulados trataban de entender por qué a ella, este hombre tan maravilloso, le estuviese cantando con el corazón en la mano y la cabeza en el pecho, tratando de sortear el paso del tiempo.

Se incorporó para tratar de decirle «te quiero» de todas las formas posibles, pero Brian no la dejó. Desde el metro de distancia que separaba la cama del sillón, le indicó con el dedo índice en la boca que callara. Y siguió cantando, desabrigando aún más sus sentimientos y su voz, hasta que llegó a la estrofa final:

*And sometimes when the night is slow,  
the wretched and the meek,  
we gather up our hearts and go,  
a thousand kisses deep.*<sup>8</sup>

Mairéad, muy lentamente, se levantó, recomponiendo definitivamente un corazón ardiente y se acercó a Brian, que había dejado la guitarra en el suelo y la miraba borracho de amor. Tratando de recordar unas palabras del Señor Cohen con las que agasajarle, comprendió que la inmensa mayoría de información que llega a nuestro neocórtex se acaba desechando con el tiempo y que sólo aquello que llega a nuestro sistema límbico o emocional, dura por siempre. Y ahora sólo lo miraba y suspiraba, pues esto le había llegado a lo más profundo de su ser. Así que se agachó para levantarle su cara e, imbuyéndose del amor que emanaban los ojos de los dos, le dijo: «Hay una grieta en todo. Así es como entra la luz».

Y, por primera vez en su vida, se entregó a él, dándole no sólo su cuerpo, su manera de ser, sus besos y sus fluidos, que ya eran propiedad compartida, sino también su alma. Y, del mismo modo, fue correspondida. «¡Qué bonita capacidad de descolocarme tienes!», pareció susurrarle Brian, mientras las estrellas se iban diluyendo y la luna iba se iba marchando para dejar brillar al sol.

---

<sup>7</sup> Pierdes el control, y entonces te deslizas / dentro de la Obra Maestra. / Y quizás tenga que conducir muchas millas, / y promesas que mantener: / Tú abres zanjas por doquier para permanecer viva, / a mil besos de profundidad.

<sup>8</sup> Y a veces cuando la noche es lenta, / el infeliz y el humilde, / recogemos nuestros corazones y vamos, / a mil besos de profundidad.

## Amanecer

Mairéad y Brian no podían ser más felices. Desde aquel 24 de junio en el que se reconciliaron para no separarse nunca más, decidieron vivir ya juntos, a la espera de la boda que habíamos preparado sus amigas y familiares para la antesala de Samhain. Yo no había podido aguantar más para contárselo a los dos, tras saber que estaban juntos de nuevo.

Así, acabadas las clases de Jamie, se instalaron en el «castillo» de sus sueños, del que tanto y tan bien hablaba Mairéad. Jamie se acopló estupendamente a la vida en Glasgow, pese al acento cerrado que le estaba costando integrar. Hizo amigos de edades variadas y descubrió una nueva vida confortable y alegre con la *Girl from the North Country* (chica del Norte); una canción de Bob Dylan que le cantaba a su madre, a menudo, con la voz blanca propia de un niño.

La luna de miel anticipada de la pareja tan sólo duró dos semanas, pues el 15 de julio de 2016, Brian, Kyle, Matthew y Robin, los componentes de The Shout, iniciaron una gira americana que les cambiaría sus vidas para bien y para siempre.

Con una fuerza y una ilusión inusitadas, recorrieron Nueva York, Las Vegas y San Francisco, tal como tenían previsto, y cosecharon éxitos inesperados en otras tantas ciudades que se añadieron por petición de otros estados, tras su exitoso e intenso plan promocional. Además, la discográfica consiguió que estuvieran presentes también en Latinoamérica, de manera que visitaron México, Colombia, Puerto Rico y Venezuela, en los dos meses que duró su gira yanqui.

Mairéad irradiaba luz de amanecer. Era «luz divina, luz del alma, faro, antorcha, estrella, sol», como diría Antonio Machado. Parecía una adolescente, que es lo que nos hace parecer el amor cuando entra en nuestra vida. Todo eran sonrisas, todo era candidez, todo eran ganas de hacer planes, de bailar ballet en la escuela de danza donde se había inscrito, de edulcorar el día a día cantando con su guitarra o *a capella*, de descubrir nuevos rincones de Glasgow de la mano de su amiga Edwin y de esperar el regreso de Brian, con el que hablaba a diario por videoconferencia y por teléfono, pues tan importante era verlo como sentirlo.

Los meses de julio y agosto, por otro lado, también fueron muy fructíferos para fortalecer su relación con su hijo y concederle la seguridad que necesitaba en este proceso de cambio. Juntos empezaron a enraizar con la ciudad, dando paseos,

conociendo el barrio, su gente, los espacios de recreo, los lugares de compras y los picnics improvisados. Además, buscaron colegio para Jamie. Brian pidió a Mairéad una única condición: que fuera un buen colegio donde los niños no se lanzaran las sillas como «salvajes asilvestrados», que es lo que acostumbraban a decir los padres de Brian. De hecho, Emma y James se habían mudado temporalmente hasta su casa, aprovechando el período estival, para ayudarla en estos menesteres y para disfrutar de su «nueva hija» y del que ya consideraban su «primer nieto». Jamie adoraba tenerlos cerca. Y Mairéad creía que todo era una ilusión de la que no quería despertar.

Finalmente, Mairéad, Emma y James encontraron el colegio apropiado para el «rey» de la casa. Jamie asistiría a Belmont House School, un prestigioso centro educativo donde, como plus, se daba mucha importancia a la música. Y es que Jamie ya empezaba a mostrar interés por las guitarras, las blancas, las negras, los silencios y las corcheas.

Poco a poco, todo empezó a cobrar sentido. Mairéad y Brian se habían unido para hacerse reír, con cosquillas u ocurrencias; para pelearse como titanes y acallarse a besos; para ser árboles de un mismo bosque que nunca se cubrían con sus respectivas sombras; para disfrutar de sus profesiones de manera individual y para complacerse en una intimidad conjunta; para levantarse el uno al otro cuando lo necesitasen y para tender puentes hacia el futuro; para construir un proyecto juntos y para ser felices.

## A wee dram of whisky

Al final, todos logramos lo que ansiábamos y yo, Tréasa Melville Fuster, una humilde maestra convertida en *Celestina* y *wedding planner* ocasional, tuve que hacer encajes de bolillos para que todo estuviese perfecto ante la inminente cita ceremonial del año. Pero también había otra.

El uno de octubre, a las 10:00 horas de la mañana, vino al mundo Pol en el Royal Edinburgh Hospital. Loreena dio a luz en Edimburgo unas semanas antes de lo previsto a un esperado niño de dos kilos novecientos gramos. Pol no podía ser más hermoso y mi hermana no podía estar más radiante de felicidad. El bebé era una criatura rubia rojiza, de tez muy blanca y de ojos azules, que nos tenía encandilada a toda la familia. Mis idas y venidas a Escocia, como imaginaréis, fueron constantes, pues Liam, Lucy y yo fuimos todos los fines de semana para estar con mi *sestra* y con toda nuestra stirpe. Y también aprovechamos estas escapadas para acabar de organizar el evento. Fue un mes de locura en todos los sentidos, pues coincidía con el inicio del curso escolar y tenía que dar el máximo de mí de lunes a viernes. El primer trimestre era de adaptación total y para mí, en cierto sentido, lo estaba siendo sobremanera, pues no podía ni mirar a la cara al sinvergüenza de Roc, mientras que Nicolás y Paula, pareja oficial ya del colegio, trataban de atemperar mi mal genio y alcanzar una tregua entre nosotros por el bien general.

La despedida de solteros, diferenciada por sexos, fue tremenda para los dos. El lunes 24 de octubre, ya en Stirling para la merienda de la tarde organizada en casa de los abuelos de Mairéad, Arthur y María, visitamos el castillo de Stirling y el monumento a William Wallace, que consiste en una torre monumental ubicada en la cima del monte Abbey Craig. Al grito de *freedom* (libertad), nos hicimos una foto saltando como guerreras.

A las 16:00 horas, la madre de Mairéad, Blanca, junto con sus hermanas, Caitlin y Cara, nos agasajaron con una merienda con *muffins* y té donde, ataviada con un velo de tul blanco, fue abriendo, con un brillo indescriptible en los ojos, cada uno de los regalos con los que la obsequiamos mi hermana Loreena, nuestra prima Anna y sus amigas Edwin e Evie.

Entre las dádivas, había una libreta *hand made with love* (hecha con amor)

donde cada una de nosotras habíamos anotado lo que la hacía especial, la liga azul y blanca de encaje con la que nos casamos Loreena y yo, un conjunto de ropa interior de lo más sexi, un álbum de fotos con todos nuestros recuerdos de infancia, adolescencia y madurez y un sobre en el que había seis billetes de avión para realizar un viaje exprés, de dos días y una noche, a *Callanish Stanting Stones*, es decir, de martes a miércoles, o lo que es lo mismo, del 25 al 26 de octubre. El jueves 28 lo habíamos reservado para la ruta de bares edimburgueses, con la urna-hucha que iba a rellenar a cambio de *a wee dram of whisky* (tragos de whisky) con los machotes que nos encontráramos. Los besos, ahora sí, quedaban descartados porque según afirmó ella tajante, «su boca sólo tenía un dueño».

En nuestros planes entraba dormir el viernes la resaca garantizada y marcharnos el sábado hacia Glasgow, donde nos alojaríamos en hoteles porque la casa de Brian ya estaría decorada para el banquete. Y, bueno, huelga decir que todas nos habíamos tomado una semana de vacaciones en nuestras respectivas profesiones para disfrutar de la despedida de soltera y de la boda como Mairéad se lo merecía. A mí no me preguntéis cómo lo hice en un colegio público, pero lo conseguí.

Y así lo hicimos. El martes nos levantamos muy temprano para irnos a Edimburgo donde, a las 11:30 de la mañana, tomamos un vuelo hasta el aeropuerto de Stornoway, en la Isla de Lewis. Sobre las 13:00 horas, nos montamos en un autobús y, en menos que canta un gallo, llegamos al Gealabhat Callanish B&B, el hostel que habíamos reservado y que se ubicaba a cinco minutos a pie de nuestras queridas piedras milenarias. Gregor, su propietario, nos halagó con tortitas recién hechas y un sinfín de platos exquisitos que lo convirtieron en un excelente anfitrión.

He de decir que la llegada ya fue mágica de por sí. No se trataba de festejar el abandono de la soltería de nuestra amiga. Era también un oportunidad magnífica para estar juntas todas las mujeres de su vida y disfrutar de tan dulce compañía durante 48 horas, danzando y bailando en un Samhain adelantado. Así, tras el almuerzo, nos acomodamos en nuestras habitaciones y comenzamos a vestirnos para la ocasión con indumentaria del siglo XVIII y con un montón de ilusión en los bolsillos de nuestros rimbombantes vestidos.

A las 15:00 horas estábamos irreconocibles. Caitlin y Cara no paraban de gritar como niñas porque, para ellas, era su primera vez en Callanish y no daban crédito a tanta belleza. Edwin, Evie y Anna estaban más que entretenidas repartiendo cervezas y otros líquidos alcohólicos entre las presentes. Mi hermana, que añoraba a su bebé, andaba un poco distraída mirando el móvil cada cinco minutos para asegurarse de que el pequeño Pol estaba en perfecto estado. Y yo no paraba de hacer fotos para la posteridad porque, al fin, me había relajado y estaba disfrutando de ser y de estar allí y en aquel momento. El último mes había traído

más de una discusión con Liam debido al estrés, pero las cosas entre nosotros, con los altibajos propios de toda pareja, marchaban tan bien como siempre.

A las 15:30 horas salimos a realizar la ruta prevista. Las temperaturas no acompañaban para unas norteñas poco aclimatadas como nosotras, pero pudimos montar a caballo, volando al trote arriesgado de los equinos, correr por las laderas y caer rodando de la risa por culpa de unas enaguas y un cancán que parecían cobrar vida. Pudimos bailar en el interior de Callanish danzas aprendidas y, también, tumbarnos sobre la hierba fresca a contemplar la luz de las *Highlands* y el atardecer en la Isla de Lewis, embriagadas de naturaleza, ecos del pasado, amistad sincera y amor.

Bien entrada la noche, regresamos al *Bed and Breakfast* donde nos hospedábamos y, llenas de mantas, en una misma habitación, nos sentamos a recordar viejas hazañas y a planear otras nuevas porque lo importante para todas era vivir y dejar pasar lo que tuviera que pasar. Y, para poner la guinda a la extravagante fiesta, Mairéad, enredada pero firme entre los pliegues de su falda, entonó, pese al corsé, canciones antiguas, casi olvidadas, y melodías que había compuesto a partir de poemas del aclamado John Keats, uno de los principales poetas británicos –sí, británicos– del Romanticismo. Nos dejó boquiabiertas y nos entregó, poco a poco y, una a una, a los dulces brazos de Morfeo.

Brian, por su parte, montó una juerga descomunal en las calles de Glasgow, que pasará a los anales de la Historia por excéntrica. Ríos de cerveza y whisky regaron los intestinos, hígados y riñones de los casi 30 amigos que se juntaron para tal evento, incluidos nuestros maridos, Liam y Andie, y nuestro hermano, David.

Por cierto, David había decidido aprovechar la estancia en Edimburgo y en Glasgow para anunciar a la familia y a sus amigos, para sorpresa de todos, su compromiso con Emma; una valenciana, con descendencia andaluza, que irradiaba arte por cada poro de su piel, por su melena ondulada de color azabache y sus andares. Y, digo para asombro generalizado, porque nadie intuía que estuviese en una relación y mucho menos sería. De hecho, la familia nos enteramos tres meses antes de viajar a Escocia, entre otras cosas, porque quería que Emma estuviese con él ese día. Nos pareció precioso, pero a mi hermana y a mí no dejó de asombrarnos. Teníamos que añadir uno más a nuestra lista de romances en secreto que pasaban por delante de nuestras narices sin darnos cuenta. Y uno más cumpliría con la tradición de la manida frase «de una boda sale otra».

Tras recorrer distintos pubs de Glasgow, improvisar conciertos en cada uno de ellos y lograr que otras 30 ó 40 personas conocidas de conocidos se unieran a la triunfal despedida, Brian amaneció esposado al poste de la luz que había frente a su casa, mientras sus amigos y nuestros maridos y hermano, tirados por la acera, se reían y cantaban a la par melodías escocesas.

— ¡Salvajes!, gritó Brian entre risas, ¡espero que por vuestro bien, nada de

esto salga en la prensa porque las excentricidades de Lady Gaga van a ser puras motas de polvo comparadas con este espectáculo! ¡Y haced el favor de taparme las piernas!, exclamó un semidesnudo Brian al tiempo que rezaba por recuperar la voz para el día en que tenía que pronunciar las palabras más sagradas.

## 23

### Yes, I do

Mairéad estaba radiante mientras apretaba el paso hacia su destino. Vivaz y garbosa, como sólo ella sabía, lucía un precioso diseño de Dress me up!, confeccionado en dos piezas: una camisa escocesa con el tartán del clan McLeod al que pertenecía Brian y cuyos cuadros combinaban el negro y el rojo sobre un fondo amarillo recio, y una voluptuosa falta de tul blanco, tan sencilla como ella, que sólo llevaba, como detalle, un lazo del mismo tejido en la espalda, a la altura de la cintura. A nuestro entender –el de las tres–, los vestidos de novia son como el arte, es decir, cada uno es único y en cada uno cuenta el toque final; ése algo que lo hace inmejorable y sublime. Y la magia está y estaba en esos pequeños detalles insuperables. En este caso, el lazo.

Además, su peinado asilvestrado, con un recogido informal a modo de moño deshecho con una trenza y con alguna que otra flor engarzada al azar, hacía que con su fina cara, su flequillo rojo y su maquillaje ultra natural, fuera el fiel reflejo de la más bella de las hadas legendarias de nuestras historias acumuladas. Toda ella brillaba en un recodo del sendero de la montaña donde posaba con su ramo de amapolas rojas para mi Nikon, antes de marchar en dirección a la Iglesia del Bienaventurado San Juan Duns Scoto de Glasgow, donde iba a prometerle amor eterno a su adorado Brian. La boda iba a suponer el principio de una vida honorable de felicidad doméstica y laboral en el *Norte* que tanto veneraba. Y no veía el momento de rubricar el compromiso.

A decir verdad, mi hermana se había salido con la suya, pues tras la reconciliación de los tortolitos, Mairéad no puso objeción ninguna a nada y aceptó el diseño arriesgado y elegante que mi *sestra* había confeccionado en exclusiva para ella durante los tres meses que tuvimos de margen para organizar la ceremonia y decorar los escaparates de Valencia en su ausencia con este tipo de vestidos. Loreena quería marcar un antes y un después aquí y allí. En todas partes.

Y sí, finalmente y, gracias a la ayuda de mi hermano abogado David, este enlace se iba a celebrar el domingo 30 de octubre en Glasgow, de día, para aprovechar esa luz otoñal que alarga distinguidamente las sombras, durante la jornada previa a Samhain, que es la fecha donde todo comenzó, hacía un año, en un concierto de The Shout.

Las invitaciones, rubricadas por unos versos de Yeats, *Tread softly because you tread on my dreams* (Pisa suavemente porque pisas sobre mis sueños), llegaron puntuales a todos los asistentes e incluían planos de acceso tanto al santuario como a la casa de Brian, que era el lugar donde iba a tener lugar el ágape posterior.

Brian llegó al templo media hora antes de lo previsto vestido con el tradicional *Highland kilt* que había confeccionado Loreena en exclusiva. Estaba realmente guapo con el tartán de su clan y la corbata roja. Al igual que la novia, resplandecía como una luciérnaga mientras llevaba del brazo a Emma, su elegante madre y madrina, y charlaba animado con su padre, James. Juntos recibieron a las puertas de la Iglesia a cada uno de los invitados que iban acudiendo y, posteriormente, entró al templo, decorado a la perfección con velas, amapolas blancas, cardos escoceses y ramas de olivo, del brazo de su adorada mamá.

Estaba muy nervioso. De hecho, no recordaba sentirse así en ninguno de sus conciertos. Y es que estas cosas sólo ocurren cuando pierdes el control de la situación. En el escenario, se transformaba y su seguridad se veía multiplicada. En la Iglesia sólo era Brian: un chico sencillo, romántico y educado, criado, entre negras y corcheas, en los parajes naturales de Fort William y Glenfinnan.

La tensión se acumulaba por momentos y cuando Mairéad entró por la puerta de la iglesia del brazo de su padre, Conor Dorman, el mundo se paró para su otra mitad. Sus damas de honor, es decir, nosotras, íbamos delante del cortejo vestidas con una falda rojo burdeos en tul blanco, combinada con un cuerpo de seda blanco, de cuello barca y manga francesa, y con un montón de flores de colores variados anudadas a nuestra cintura. Y abrigadas, claro está, con unas chaquetas que le daban el toque ceremonial al *outfit*. Loreena y su recién recuperada cintura de avispa habían logrado armonizar a la perfección nuestro atuendo con el de la protagonista del día. Y sí, había marcado un antes y un después. Era una artista como pocas y se había convertido en la perfecta embajadora del buen diseño escocés.

Al margen de estas cuestiones, en cuanto Brian la vio, detrás de nosotras, lloró como un niño. La música ceremonial acrecentaba la intensidad del momento y, cuando alcanzamos el altar y Mairéad llegó hasta él, mutuamente se acariciaron y se limpiaron lágrimas irreprimibles.

—Estás preciosa, balbuceó Brian besándole las manos.

—Te quiero, vocalizó Mairéad sin poder pronunciar nada más.

La ceremonia tuvo lugar según lo previsto. Tras la monición de entrada, leída por Blanca, la mamá de Mairéad, Cara y Caitlin leyeron a la pareja las lecturas bíblicas elegidas en la Liturgia de la Palabra: la del libro de Tobías y la Primera Carta del apóstol San Pablo a los Corintios, mientras que Loreena hizo lo propio con el salmo 111. La homilía posterior del padre Joseph fue concisa y sincera, explicando a los allí reunidos el sentido y el significado de las lecturas

escogidas y recalcando, finalmente, las palabras de San Pablo en su misiva: «Si no tengo amor, no soy nada... El amor disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca».

Posteriormente, subí al altar y le leí una carta que había escrito desde el fondo de mi corazón a mi amiga del alma:

*Queridos Mairéad y Brian. Si me preguntáis qué es el amor, no sabría qué contestar. La abstracción es lo que tiene, que encierra mil universos de pequeñas cosas a matizar.*

*Sería algo así como miraros a vosotros en este día. Sería no temer la barrera espacio temporal y abrazar los sentimientos profundos e inefables que te arrasan como un vendaval. Coger el primer metro hacia el aeropuerto para esperar una llegada y encarar con temple los imprevistos que puedan pasar. Abrazar y recomponer las piezas rotas en tan sólo unos instantes. Rozar manos y pies y decirlo todo con una mirada. Tejer confianza y comprensión y amarrarlos bien para que nunca dejen de ilusionar. Sublimar momentos únicos y perpetuarlos en la memoria. Llamar y preguntar. Llorar de alegría o de pena y no dar demasiada importancia. Descubrir un cielo que cose distancias y fortalecer el lazo de la cercanía. Construir juntos el presente y dejar para la trastienda del pensamiento lo que deja de sumar. Atesorar la esencia y buscar intimidad. Aupar al tropezar y erigirse en fortaleza a sabiendas de tu debilidad. Descansar en brazos candorosos. Los que siempre están. Los que nunca fallan. Vivir la vida sabiendo que hay alguien más. Tener raíces sólidas y hacer familia allá donde vas. Sentirse reina clandestina o capitán general en el reflejo de un cristal.*

*Recorrer el mundo de la mano y en la misma dirección. Imaginar proyectos y llevarlos a cabo. Disfrutar segundos y soplos de ternura de altísima categoría que, en cuanto te descuidas, se van. Escuchar música o ver películas tumbados en el suelo. O en la alfombra. O en el sofá. Cuidar las formas y ser terriblemente elegante en el hablar y en el escuchar. Echar de menos y mandar besos virtuales. Preocuparse de manera cariñosa. Mirar hacia la luna y poner en valor la adjetivación poética. Tapar el cuerpo cuando vence el sueño y despertar con tiernas notas emplazadas en algún recóndito lugar. Perderse y encontrarse en sueños y en situaciones. Sentir pulsiones en el estómago. Discutir y no fallar en la comunicación. Luchar por lo que uno quiere. Dar sin esperar. Conciliar emoción y deseo. Conservar secretos, regar emociones y recibir caricias sin demandar. Reír a carcajadas, a menudo, sin saber por qué y sin poder parar. Pasear por la orilla de la playa una tarde de verano y batallar en el agua. Reparar rasguños con besos, valorar y empatizar. Sobre todo, empatizar.*

*Secar con hombros lágrimas saladas. No lastimar. No recelar. Vigilar expectante cómo cicatrizan las heridas con las agujas del reloj. Animar a superarse en cada una de las estaciones. Inclinarsse al refinamiento en el hacer y en el andar. Intentar ser mejor persona. Tener más detalles. Dibujar sonrisas. Perder la cuenta de los besos asimétricos o*

*acompañados. Adorar los surcos que aparecen con los años, admirar la madurez del otro ser y encontrar en él la estética que da valor a tu transitar. Dar seguridad. Consolar con palabras de fe. Pedir sólo lo que cada uno puede dar. Lanzar piropos y dejarlos ser varitas mágicas que te hagan brillar. Perdonar y pedir perdón. Compartir tardes de cultura. Atreverse. Saber cuándo hablar y cuándo callar. Ser valor y conciencia mutua. Resaltar lo mejor de cada uno, sentirse vivo y, juntos, alcanzar la felicidad.*

*El amor del bueno, desde una perspectiva abstracta, no se describe. Sólo sé que hay que querer mucho a uno mismo para poder querer a los demás. Y hoy lo estás describiendo a la perfección. Si alguna vez os preguntáis qué es el amor, acordaros de este momento, de todo lo que habéis pasado juntos y acercaros. Mairéad y Brian, dejados demostrar y concretar.*

Acabada mi intervención, mientras Brian y Mairéad secaban con un pañuelo la emoción que asomaba por sus ojos, el sacerdote inició la celebración del sacramento del matrimonio preguntándoles si iban a casarse libremente, con el objetivo de buscar la felicidad mutua y acatar los mandamientos de Dios. Tras el consentimiento, Mairéad y Brian entrelazaron sus manos al tiempo que el sacerdote les preguntaba:

—Brian, ¿quieres recibir a Mairéad como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y, así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, quiero, entonó pausado Brian.

—Mairéad, ¿quieres recibir a Brian como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y, así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero, afirmó risueña.

—El Señor, que hizo nacer entre vosotros el amor, confirme este consentimiento mutuo que habéis manifestado ante la Iglesia. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre, aseveró Joseph.

Tras ello, Mairéad y Brian se colocaron uno a otro las alianzas mientras el cura decía:

—El Señor bendiga estos anillos que vais a entregaros uno al otro en señal de amor y de fidelidad.

—Mairéad, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti.

—Brian, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti.

Convertidos ya en marido y mujer, Edwin y Evie leyeron las peticiones por el nuevo matrimonio, por los fallecidos y por los necesitados. A continuación, el sacerdote procedió a la celebración del sacramento de la Eucaristía.

Y así, mientras Mairéad y Brian recibían la comunión, primero, y después los asistentes, Rufus Wainwright empezó a entonar una versión propia del

Hallelujah de Leonard Cohen para la emocionada novia; una canción que rescata palabras escogidas como «*love is not a victory march. It's a cold and it's a broken Hallelujah*» («el amor no es una marcha victoriosa. Es un frío y es un roto aleluya»). Y entre suspiros ahogados, todos a su manera lloraron de felicidad, ante un atento Brian que no dejaba de mirar deslumbrado a su preciosa mujer.

Tras este momento emotivo donde los haya, Joseph dio las bendiciones finales y deseó la mayor de las felicidades para la recién estrenada pareja. Brian abrazó a su *ginger woman* (mujer pelirroja) y la besó con todas sus fuerzas mientras le acariciaba la barriga y anunciaba, sutilmente con unos gestos muy paternos, el embarazo de Mairéad.

## 24

### Sueños

El sol brillaba de manera inusual en Glasgow cuando James, el padre de Brian, ejerció de gaitero y acompañó al recién estrenado matrimonio hasta la salida del templo por el pasillo central. En el exterior, toda la familia y todos los amigos hicimos nuestra particular bendición del enlace lanzando un sinfín de arroz y pétalos de rosas sobre los más que enamorados.

Después, Jamie le entregó a su mami una herradura boca arriba en señal de buena suerte. Y Mairéad hundió su cabeza en el cuello del pequeño. No podía existir en el mundo un amor más grande que ese.

Tras esta tradición nupcial y, cual galán cinematográfico del viejo Hollywood, Brian ayudó a subir a Mairéad en su coche, mientras una nube de flashes y medios de comunicación venidos de diferentes lugares trataban de capturar el momento y robar unas palabras con las que edulcorar un titular. Tras la atención a los medios, Mairéad y Brian se fueron a su casa a celebrar con todos y cada uno de nosotros uno de los días más felices de su vida.

En la puerta de entrada de la casa, para dar la bienvenida a los asistentes, las gemelas Cara y Caitlin habían escrito unas estrofas del druida y *filidh* (poeta) más antiguo de todos en la mitología irlandesa: Amairgen, y que no eran más que un antiguo mantra védico, que se erigió en la base de toda la poesía celta, por el que Mairéad sentía especial deleite:

Soy el viento en el mar.

Soy la ola del océano.

Soy el rugido del mar.

Los padres de Mairéad, Conor y Blanca; los de Brian, James y Emma; sus abuelos, nuestros abuelos y todas las damas de honor fuimos dando la bienvenida a los asistentes al banquete, mientras estrechábamos manos y repartíamos besos.

La llegada de los invitados se fue combinando con entrantes a base de jamón y queso ibérico servidos por camareros escoceses –ataviados con su *kilt* también—. Esta seducción inicial del paladar se aderezó con vino de Rioja y se armonizó con la ayuda de un cuarteto de violinistas, que dieron comienzo a uno de

los ágapes más copiosos que había presenciado Glasgow hasta la fecha.

El banquete en sí fue glorioso. Primer plato, segundo, tercero, cuarto –perdí la cuenta– y postre. No faltó el marisco, pero tampoco la carne o el haggis, plato escocés nacional, que tibio, jugoso y con especias, no entraba precisamente por los ojos, pero compensaba con creces los estómagos más exigentes. Un inconmensurable placer gastronómico que acompañó platos con verduras, ensaladas, purés y dulces que elevaron a los presentes al séptimo cielo.

Y además, cómo no, hubo música y amor. Mucho amor. Mientras los invitados degustaban un manjar cuidado al detalle, Kyle, Matthew y Robin, subieron al escenario improvisado en el jardín de la casa y entonaron con su teclado, su batería y su guitarra electroacústica, *Pictures of you*, de The Cure; una de las canciones favoritas de la novia, cuyos últimos versos encajaban a la perfección en un marco único como era ese jardín de esa casa victoriana, donde las flores y la luz nos transportaron a una época medieval.

*There was nothing in the world  
that I ever wanted more  
than to feel you deep in my heart.  
There was nothing in the world  
that I ever wanted more  
than to never feel the breaking apart  
all my pictures of you.<sup>9</sup>*

Con los pelos de punta, no por el frío sino por la música, Evie y Edwin comenzaron a repartir a los invitados el último disco de The Shout firmado por los miembros de la banda y por la propia Mairéad, como detalle del enlace. Era su particular manera de hacer algo bonito por los novios pero con sobriedad.

Posteriormente, tras darle un último bocado a la tarta nupcial, Brian se levantó y, con Jamie en brazos, brindó con todos los presentes por su queridísima esposa, por su nuevo hijo adoptado –Brian había iniciado los trámites para adoptar a Jamie, darle su apellido y criarlo como hijo propio– y por el bebé que estaba en camino.

Justo en ese momento, supe que venía la sorpresa que se habían preparado el uno al otro y que me habían prohibido confesar a nadie.

Así, mirándola encandilado, Brian dejó a Jamie en su silla, sacó un papel guardado por si se le despistaba la memoria y recitó, sin fisuras, *Postscript*

---

<sup>9</sup> No había nada en el mundo / que deseara con más fuerza / que sentirte en lo más profundo de mi corazón. / No había nada en el mundo / que deseara con más fuerza / que no sentir nunca la ruptura / de todas tus fotografías.

(Colofón), un poema precioso del irlandés Seamus Heaney, que tanto significaba para ella:

*And some time make the time to drive out west  
into County Clare, along the Flaggy Shore,  
in September or October, when the wind  
and the light are working off each other  
so that the ocean on one side is wild  
with foam and glitter, and inland among stones.  
The surface of a slate-grey lake is lit  
by the earthed lightening of ock of swans,  
their feathers roughed and ruffling, white on white,  
their fully-grown headstrong-looking heads  
tucked or cresting or busy underwater.  
Useless to think you'll park or capture it  
More thoroughly. You are neither here nor there,  
a hurry through which known and strange things pass as  
big soft but etings come at the car sideways  
and catch the heart off guard and blow it open.*

Su traducción, en español, sería algo así como:

*Y algún tiempo lleva al tiempo de salir en coche hacia el oeste  
hacia el condado de Clare, a lo largo de la costa Flaggy,  
en septiembre o en octubre, cuando el viento  
y la luz el uno de la otra se desprenden  
de modo que el océano se muestra enfurecido a un lado  
con fulgor y espuma, y tierra adentro entre las piedras.  
La superficie de un lago de color gris pizarra es alumbrada  
por el aterrizado relámpago de una bandada de cisnes,  
sus plumas erizadas y despeluchadas, blanco sobre blanco,  
sus cabezas bien adultas de testarudo aspecto  
escondidas o encrepadas o afanándose bajo el agua.  
Inútil pensar en aparcar y capturarlo  
más cabalmente. Uno no está aquí ni allí,  
una prisa a través de la cual pasan cosas conocidas y extrañas  
mientras al coche de costado le llegan grandes zarandeos suaves  
que cogen el corazón desprevenido y de un soplo lo abren.*

Enmudecida, boquiabierta y dichosa, Mairéad se levantó y lo besó en los

labios húmedos y dulces para, posteriormente, alzar su copa, pedir un brindis por su flamante esposo y recitarle una cita de John Keats, un poeta británico del Romanticismo:

*I almost wish we were  
butterflies and liv'd but  
three summer days.  
Three such days with you I  
could fill with more delight  
than fifty common years could  
ever contain.*<sup>10</sup>

Llegados a este punto, ya nadie pudo reprimir sus sentimientos. Y, por unos instantes, se hizo el silencio, hasta que Mairéad se colgó su guitarra y le cantó, con la voz entrecortada, *Tha Mo Ghaol Air Àird A'Chuain* (Mi amor está en alta mar), una canción gaélica de Julie Fowlis que hizo suya. Pura magia. Hechizo intencionado que los transportó a las Seychelles, el lugar donde iban a viajar, para «que todas las noches sean noches de boda» y para «que todas las lunas sean lunas de miel», tal como versaba Joaquín Sabina en su canción *Noches de boda*.

Al acabar, todos aplaudieron entusiasmados y boquiabiertos al descubrir el instrumento que tenía nuestra amiga en su garganta y que sólo unas pocas personas conocíamos. Brian la besó deslumbrado, la levantó mientras ella se asía a su cuello muerta de vergüenza y la sacó al centro del jardín para dar comienzo a una fiesta espectacular donde no faltaron bailes, canciones improvisadas por los cantantes allí reunidos, risas compartidas, farolillos voladores que lanzamos a un cielo abierto con los mejores deseos para la pareja y un festival pirotécnico de fuegos artificiales que puso el toque valenciano al evento, mientras sonaba el *Auld Lang Syne* de Robert Burns y brotaban, de nuevo, emociones generalizadas, en este último baile donde todos danzamos formando un círculo.

Así, tras este espectáculo de luz, música y color, Liam me agarró de la mano y mirándolo embelesado, a él y a la niña de mi vida, que dormía plácidamente en su carrito, agotada tras tanto jolgorio, me di cuenta de una gran verdad: que el amor puede estar en cualquier lugar del mundo y que puede mostrarse de mil y una maneras como en el precioso final de *Love Actually*; que tal vez se encuentre más allá de las Highlands, pero que sólo en esta tierra que han poblado vikingos y celtas, entre otras civilizaciones, se pueden vivir romances en los que el día se acorta, la vida sonrío, el cielo se vuelve rosa, el frío se acalla con el calor de los

---

<sup>10</sup> Casi desearía que fuéramos / mariposas y sólo viviéramos / tres días de estío. / Tres días así contigo, yo / los llenaría de más deleite / que el que cabe en cincuenta años.

cuerpos y las luces se apagan para encender los sueños.

## Agradecimientos

Durante la travesía que emprendí hace un año para escribir estas páginas, siempre tuve el apoyo incondicional de los míos, de los que siempre han estado y de los que siempre estarán: mi familia. A todos vosotros: Mamá, Papá, Lorena, Ramón, Migue, Eva, Telma y, cómo no, a mi marido, Guillermo, y a mi hija, Teresa, gracias. Sois lo mejor que me ha regalado la vida y ha sido una bendición recibir vuestros consejos, vuestras orientaciones y vuestro aliento. A ti, muñeca, siento haberte descuidado unas cuantas horas para cumplir este sueño del que ya formas parte. Tu paciencia y tu impaciencia infantil han contribuido a mejorar notablemente este libro. Te quiero mucho. Os quiero mucho. Y a ti también, abuela, que tan presente te he tenido a la hora de escribir este libro, así como a mi tía abuela y a mis otros abuelos que me cuidáis desde el cielo.

También quiero agradecer a mi amiga en mayúsculas, a Mariado, su compañía en esta aventura que hemos recorrido juntas desde que empezamos a esbozar la idea en una de nuestras quedadas en nuestro punto de encuentro favorito. Gracias por animarme a escribir de nuevo y a rescatar palabras hermosas, por aceptar ser mi musa, por prestarme pedazos de ti, por tu estoicismo para recibir con agrado y entusiasmo cada uno de los cientos de borradores que te he pasado sin quejarte ni un sólo día. Gracias por ilustrarme y ofrecerme clases avanzadas de Historia irlandesa y escocesa sin las que no podría haber afrontado este trabajo y, mucho menos, concluirlo. Aquí tienes tu historia de amor literaria. Unas líneas más para sumar al compendio de relatos que conforman tu vida. Te la regalo, con todo el amor del mundo y desde lo más profundo de mi corazón, para que la disfrutes. Gracias por ser y por existir. Cualquier error histórico que haya quedado en la obra, sólo es cosa mía.

Y a ti, Anna, gracias por tu amistad, por el cariño que me trajiste desde Polonia hace ya unos años y por nuestras conversaciones en inglés. Hablar en otra lengua es una manera de ver la vida con otros matices. Y los tuyos, en cualquiera de todas las que manejas, son pura belleza.

Asimismo, quiero dar las gracias a mis otras dos amigas, Beatriz e Isabel, por haber estado a mi lado alentándome para sacar la mejor versión de mí misma. Gracias por hacerlo todo tan fácil, dejándome ser la persona que soy. Gracias por haber leído este manuscrito y regalarme ese tiempo que tanto nos falta para

ofrecerme vuestras consideraciones.

Por último, gracias a todos los escritores y a todas las escritoras que, con vuestros libros ejemplares, despertasteis en mí el gusto por las palabras cuando todavía no alcanzaba el metro de altura. He crecido con vuestras obras, tantas y tan variadas. De alguna manera, también me habéis animado a crear mi propia novela a partir de una filia singular por Irlanda y por Escocia. Sigo aprendiendo de la vida y de vuestros trabajos cada día. Sin vuestros libros o, mejor dicho, sin libros, el mundo estaría perdido.

Este libro se terminó de imprimir  
en Almería en el mes de febrero de 2017

